Jacob, Jacob

Valérie Zenatti

armenia
narrativa

JACOB, JACOB

VALÉRIE ZENATTI

Traducción de Iballa López

armaenia

www.armaeniaeditorial.com

Título original: *Jacob, Jacob*

Edición original: Éditions de l'Olivier, Paris, 2014
1.ª edición: octubre 2017
1ª edición ebook: agosto 2021

Esta obra se benefició del apoyo de los Programas de ayuda a la publicación del Institut français

Diseño de cubierta: © Armaenia Editorial/Valérie Zenatti
Fotografía de solapa: © Patrice Normand, 2014

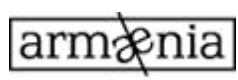
Copyright © Valérie Zenatti, 2014 © Éditions de l'Olivier, 2014

Copyright de la traducción © Iballa López Hernández, 2017

Copyright de la edición en español © Armaenia Editorial, S.L., 2017, 2021
Armaenia Editorial, S.L.
www.armaeniaeditorial.com

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-18994-08-1



Oh, sí, era así, la vida de aquel niño había sido así, la vida había sido así en la isla pobre del barrio, unida por la pura necesidad, en medio de una familia inválida e ignorante, con su sangre joven y fragorosa, un apetito de vida devorador, una inteligencia arisca y ávida, y siempre un delirio jubiloso cortado por las bruscas frenadas que le infligía un mundo desconocido.

Albert Camus, *El primer hombre*[1]

I

Un deseo confuso e imperioso lo ha llevado hasta allí, hasta la cima de la montaña rocosa, en medio del polvo manchado de excrementos de pájaro, entre los cedros y los cipreses negros que atraen la mirada y la retienen unos segundos antes de dejarla marchar hacia la llanura aplastada por el sol. En la distancia, las cascadas parecen inmóviles, velos de espuma pintados con el único propósito de destacar las chorreras que corren por las gargantas. Más abajo, en saledizo, el precipicio acoge macizos de nopales en sus flancos y a continuación se eleva en absoluta desnudez: de repente la roca parece cortada por una hoja misteriosa y se superpone en láminas pardas. Otro movimiento del rostro, y sus ojos distinguen el puente. Sólido nexo tendido entre dos torres de piedra blanca que confiere ese carácter de fortaleza a la ciudad y la une al hospital y, algo más allá, a la estación, el monumento a los muertos y el cementerio.

Jacob consulta el reloj de pulsera que le regalaron por su decimotercer cumpleaños. Este le da un aire más desenvuelto que los relojes de bolsillo de sus mayores, los cuales imponían lentitud, exigían una parada para sacarlos, mientras que al suyo basta con echarle una ojeada. Hace seis años que las manecillas le dan la hora; el segundero es irritante y fascinante, siempre demasiado presuroso, acelerando el paso del tiempo, cuando a él le gustaría detenerlo; a menudo sueña despierto, piensa en el primer día que cruzó el puente colgante con Abraham, es posible, por cierto, que no fuese la primera vez, pero ese es el primer recuerdo que guarda de ello. Se había detenido para mirar hacia abajo, su hermano le tiró de la manga, ven, es peligroso, no te asomes, pero Jacob se sintió absorbido por el vacío que había debajo de él, minúsculo y poderoso, dominaba la ciudad y las gargantas, le resultaba embriagador estar allá arriba, a él, que por lo general tenía que levantar la cabeza si quería ver algo más que las rodillas de los adultos, las patas de las mesas o las salpicaduras que ensuciaban los muros de la calle; entonces extendió los brazos para tocar el cielo y descubrió el delicioso miedo que atenazaba a cuantos pasaban por el puente, tan extraordinario que hacían falta cuatro nombres para designarlo: el puente colgante, el puente Sidi Mcid, el puente del Rhumel y la pasarela del vértigo.

Jacob se estremece, le da la espalda a la llanura, la cual le ha bastado mirar para sentir bajo sus pies; vacila entre descender la cuesta a toda prisa o caminar despacio bordeando el hospital, cruzar el puente con paso ágil, tomarse un descanso, estirar el tiempo, hacer que cada milímetro del paisaje penetre en él, aunque sabe que nunca podrá abarcarlo por completo. Ya lo ha intentado, se queda mirándolo intensamente y luego cierra los ojos, trata de recordar lo que ha captado, pero siempre se le escapa algún detalle, y además, en contra de lo que cabría pensarse, el paisaje nunca es idéntico, la luz se las ingenia para pintar las piedras en tonos que van del plateado al negro, y los días en los que el cielo, aún empapado, apenas comienza a recuperarse de la tormenta, un resplandor dorado salpica las paredes del precipicio.

Las visiones que se atropellan en su mente lo llenan de una excitación casi insoportable, la belleza solemne del lugar le ensancha el pecho, echa a correr por la pasarela de metal en dirección a la torre oeste, un camión pasa por allí ocasionando un estrepitoso entrechocar de chapa bajo las ruedas y transmite un segundo estremecimiento a Jacob, que baja a la ciudad acompasando sus zancadas regulares al ritmo de la respiración, las palabras le martillean las sienes, cuando las notas, del examen final, de bachillerato, lleguen, ya me habré, ido, los entrenamientos, la instrucción, lo llaman instrucción, con dieciocho años, pasaré, de instruirme a la instrucción, pero no tiene nada que ver, no volveré, a sentarme, a escuchar al señor Baumert, leer a Hugo, Balzac, Flaubert, nunca más el latín, *dominus, domine, dominum, domini, domino, domino*, el latín, como un juego, como una lengua que se divierte, que sorprende a mi padre, que le arranca una sonrisa a mi madre, ¿para qué sirve el latín?, para ser una persona instruida, para comprender el francés, de otro modo, es la lupa, que permite distinguir, las sutilezas de la lengua, dice el señor Baumert, es el sol, que hace brillar, las joyas de la lengua, es otra manera, de expresar el mundo, distinta de la del árabe, la lengua de mi madre, la de mi padre, de la del francés, la lengua que vino a hablarse aquí, hace casi cien años, la lengua del norte que decidió, mezclarse, con la del sur, conjugaciones complicadísimas, futuro anterior, imperfecto de subjuntivo, tiempos que apenas dominan los habitantes de las callejuelas angostas del populoso barrio judío y árabe en el que Jacob choca ahora con mujeres que dudan entre diez telas para tapizar un sillón, confeccionar vestidos de novia, cortinas, ¿raso o algodón?, ¿lisas o con bordados dorados?, y atropella a los zapateros más pobres, cuyos puestos se reducen a una maleta abierta encima de una mesa, las herramientas alineadas junto a una montaña de tapas, y que remiendan los zapatos deprisa y por un módico precio, sus gritos se pierden un poco más allá, amortiguados por los sacos de arpillera que

contienen kilos y más kilos de especias, pimentón, canela, comino, pimienta, cúrcuma, polvo de rosa, granos de alcaravea y cilantro, clavo de olor, arañuela y menta seca despiertan el apetito en el estómago de Jacob, que se desliza entre los clientes que salen con parsimonia de las joyerías, a una joyería no se va una sola vez, sino cinco o seis, todo se sopesa, se medita, ¿acaso la joya que se quiere regalar pesa demasiado o no lo suficiente?, ¿trasluce una riqueza que se vive mal, que se envidia, o pura tacañería?, a su paso, Jacob arranca jirones de conversación que le permiten adivinar las angustias de los futuros compradores, cruza a la carrera la calle de La France, arteria principal del barrio, orgullosa de su Monoprix y de sus Galeries parisiennes, enfila la pendiente hasta llegar al número 15 de la calle de Le 26e de Ligne, donde algo, un movimiento en el aire, una sombra que se desplaza de un muro a otro como Peter Pan, alerta a Lucette, que anda enfrascada tendiendo la ropa en la azotea de enfrente, la muchacha apenas tiene tiempo de asomarse a la barandilla para ver a Jacob entrando en el edificio, desearía inmovilizar en sus ojos la silueta, el pantalón gris y la camisa blanca, la frondosa cabellera por la que sueña pasar la mano para peinarla, despeinarla, la nuca en la que le gustaría estampar un beso, y es que a Lucette también le da por soñar despierta a menudo, Jacob, mientras tanto, sube la escalera saltando los peldaños de cuatro en cuatro, abre la puerta del segundo piso y se lleva por delante a Madeleine, su cuñada, que está colocando la loza en el aparador adosado a la pared de la entrada, estruendo de platos, el más grande se hace añicos al caer al suelo, otro se aleja hacia la cocina dando vueltas como una peonza, titubea ante la juntura de una baldosa, oscila y luego se bambolea en posición horizontal; Madeleine contempla los cascos de loza con la barbilla trémula, se lleva las manos al vientre, donde dos corazones laten, se alborotan al percibir la tensión que invade el habitáculo, lo siento, se disculpa Jacob, perdón, y se agacha para recoger los pedazos, no, eso no te corresponde hacerlo, hijo mío, dice Rachel, que ha acudido corriendo y con una breve mirada le indica a Madeleine que limpie el estropicio, ¡volando!, que ya son las siete y media y los hombres están al llegar.

En un rincón de la estancia, Fanny y Camille, las hijas de Madeleine, juegan con dos cordones. La mayor forma figuras que la pequeña ha de reproducir. Círculo, cuadrado, triángulo, una cabeza, una casa, un abeto como el de la ilustración del libro de la escuela. La mayor se aplica, la pequeña se distrae con más facilidad, alza la cabeza al oír el estrépito del plato roto y ve refulgir los ojos de su madre con demasiada intensidad antes de que esta doble el pesado corpachón y se arañe la palma de la mano con una esquirla de loza; a Camille se le incendian las mejillas, pega un brinco para ir en ayuda

de Madeleine, que le dice, no, te vas a cortar, deja, ya lo hago yo, ve a jugar con tu hermana, pero la niña insiste, estar con los mayores es más divertido, más interesante que seguir los movimientos aplicados de Fanny, así que recoge con sus dedos regordetes los fragmentos irregulares y blancos y los coloca unos encima de otros partiendo del de mayor tamaño, parece una construcción de azúcar glas, Camille se contiene para no llevarse un pedazo a la boca y mordisquearlo, nota cómo el aliento cálido y entrecortado de su madre le llena la oreja, pero no se atreve a mirar el rostro congestionado por el esfuerzo y se inclina hacia la enorme tripa en la que, según le han dicho, crecen dos bebés; se pregunta si a veces les dará por pelearse, si se atizarán para quedarse con el mejor sitio. Cuando nazcan dejará de ser la más pequeña y ya nadie le dirá: «Baja los ojos cuando te habla un adulto», claro que sí, sí que se lo dirán, su propia madre agacha la vista cuando se dirige a su marido o a su suegro, y la voz se le estría de filamentos roncos que a ella la intrigan y la entristecen. Ven, le dice Jacob, te voy a enseñar a volar, y se tiende boca arriba en el mismísimo suelo, flexionando las piernas para acoger el vientre de la niña, que se hunde suavemente en sus rodillas, a continuación la agarra por las muñecas y levanta de golpe las piernas hacia el techo para propulsarla en el aire a la par que grita, ¡el avión va a despegar!, y sus labios rugen, el avión está volando, su voz modula sonidos sibilantes, cuidado, se avecina una tormenta, y agita las piernas en el aire para hacer que Camille, que ríe a más no poder, se bambolee. Rachel esboza un mohín, Jacob ya no está en edad de jugar a esas cosas, acaba de cumplir diecinueve años, pero tendido de esa manera sobre las baldosas del salón parece un crío, le va a dar lumbago y no podrá ingresar en el ejército. Atrapa la idea que se le acaba de cruzar por la cabeza, la aísla del flujo de pensamientos, la examina. Lumbago… Pensándolo bien, no estaría mal. Jacob no se iría. Quién sabe qué harán con él, adónde lo mandarán; un lumbago y lo declararían inútil, como ocurrió con Abraham en el pasado por motivos de salud que nadie se molestó en explicarles; su pequeño, su benjamín, se quedaría en casa a su lado, unos años más en la tibieza de su regazo antes de que se apodere de él otra mujer, a la que más le valdrá quererlo, mimarlo, ¡más!, ¡más!, grita Camille sin percatarse de que Fanny la observa frunciendo las espesas cejas con expresión amarga. A ella también le gustaría despegar, no sentirse atada al mundo y volar por encima de Jacob, feliz este al ver que a su sobrina se le contraen los rasgos de miedo fingido y genuino placer, alborozado por el poder aéreo que de pronto le ha sido concedido, ¡más!, ¡más!, se desgañita Camille, pero unos pasos recios en la escalera apremian a las mujeres a acelerar sus gestos y a Jacob a volver a adoptar una postura decente, por lo que improvisa un aterrizaje forzoso y se yergue fingiendo hurgar en el

bolsillo del pantalón. La puerta se abre y aparecen Haïm y Abraham. El mismo cabello corto y castaño, la misma mirada adusta, el mismo bigote de puntas dignamente curvadas hacia arriba y, sin embargo, tan distintos. El padre es grueso, con los años se ha ido ensanchando como el tronco de un árbol, sesenta y tres capas de grasa indican su edad, la estancia merma en cuanto entra en ella, también se oscurece. Su hijo mayor es en cambio esmirriado, los delicados rasgos de cuarentón evocan una belleza posible, factible, si no fuese por ese gesto de preocupación que los endurece y el doloroso corte en la comisura de los ojos. Llegan de la zapatería, de la calle de Richepanse, la jornada ha sido mala, los clientes, empobrecidos por las repercusiones de la guerra, se han decantado por los zapateros callejeros en lugar de acudir a dos auténticos artesanos que se toman el tiempo necesario para coser el cuero sin debilitarlo ni romperlo. Por fortuna, la sopa está lista y los efluvios de carne cocida, comino, tomate y cilantro los relajan un poco. Madeleine se hace cargo de las chaquetas, que ellos se empeñan en ponerse incluso cuando hace calor, es la elegancia de los pobres. Ella les alarga un aguamanil y una jofaina, ellos se lavan las manos y se sientan a la mesa junto a Jacob y Rachel, las niñas aguardan su tazón sobre unos almohadones en los que también se sentará la madre. Madeleine sabe que debe servir el caldo de la parte superior de la cazuela a los hombres, es más sustancioso, más sabroso. Le pone un pedazo de carne a cada uno, el cuarto será para Rachel; ella y sus hijas se conformarán con el caldo aguado; con algo de suerte, un minúsculo trozo habrá ido a parar al fondo de la cazuela y podrá reservárselo a su hijo mayor, Gabriel, pero ¿dónde rayos se mete Gabriel?, ruge la voz de Haïm.

Todas las miradas se vuelven hacia Madeleine, que cabecea sin apartar la vista de la cazuela como si tuviese la esperanza de ahogarse en ella. Abraham da un puñetazo sobre la mesa y suelta un juramento que, aunque dirigido a Gabriel, insulta a su esposa como mujer y madre. El rubor colorea las mejillas de Madeleine, se extiende por su frente, su padre nunca le habló en ese tono a su madre, menos delante de nadie, y al pensar en sus padres, en su difunto padre, en su madre a cientos de kilómetros, se le forma un nudo en la garganta, presa de una crispación que viene siendo habitual desde hace diez años, ella lo llama *ouahch*, pues no conoce ninguna palabra en francés para expresar la tristeza ligada a la añoranza.

Rachel se lamenta, *ya rabbi sidi*, ¿dónde se habrá vuelto a meter ese crío? Apenas ocho años y ya está hecho un gamberro que se pasa la vida holgazaneando por ahí. Jacob asegura que lo vio marcharse a casa de su amigo Maurice a hacer los deberes. Miente. Están a finales de curso y los maestros ya no mandan deberes a esas alturas, pero los dos zapateros no caen en la cuenta, para ellos la escuela sigue siendo

un mundo oscuro e indescifrable, lo único que saben es que los profesores son personas cultivadas, lo cual les otorga una forma de supremacía; se expresan deprisa con palabras incomprensibles y tienen el semblante de la gente segura de sí misma; pueden permitirse sonreír y conservar la calma, el poder está de su parte, tanto es así que la señorita de Fanny ha decidido que la niña repetirá curso porque encontró manchas de grasa en un libro que la cría tomó prestado de la escuela. A Camille le apeteció hojearlo después de comer unos pasteles, no se había lavado las manos, impaciente por ver las ilustraciones. Cuando Madeleine se percató de ello, trató en vano de limpiar la grasa, vertió sal sobre las páginas manchadas y sostuvo el libro abierto por encima de la estufa, de nada sirvió: Fanny repetirá a pesar de sus buenas notas, a pesar de su seriedad y su obediencia, que tanto contrastan con la rebeldía de Gabriel. Abraham y Haïm suspiran. Quieren comer en paz y abandonarse al calorcillo de la sopa, al tabaco que pronto liarán en gruesos cigarros de color marrón, quizá también al licor de ciruela que les regaló un cliente de la metrópoli antes de la guerra, una botella fina y alargada como el cuello de un cisne, santificada por el mero hecho de llegar de tan lejos. Haïm la saca del aparador dos veces al año, para el Año Nuevo judío y en alguna ocasión especial, como la de esta tarde: Jacob ingresa en el ejército, pero la ausencia de Gabriel rompe esa concatenación perfecta —la sopa, el tabaco, el licor—, alguien va a tener que ir a buscar a ese crío. Jacob se levanta, Rachel protesta, te marchas mañana, tienes derecho a comer algo caliente antes de irte, quién sabe qué te van a dar de comer, además, he comprado melocotones para el postre, unos señores melocotones, de esos caros y jugosos, no es bueno interrumpir la digestión así, en plena comida, que luego duermes mal, pero Jacob la aparta cariñosamente y sale en busca de Gabriel, su sobrino, que por la edad podría ser su hermano pequeño. A principios de primavera, Jacob le enseñó a hacer cabrillas en la piscina natural Sidi Mcid. ¿Para qué sirve hacer rebotar las piedras en el agua?, le preguntó Gabriel. Para nada, le contestó Jacob, pero si sostienes la piedra en la mano el tiempo suficiente, si la aprietas para notar cómo sus dos caras lisas penetran en tu carne, es como si pasase a formar parte de ti, y cuando rebota en el agua es casi como si fueses tú quien tuviera el poder de hacerlo, ¿sabías que los católicos dicen que Jesús caminó sobre las aguas?, curioso, ¿verdad?, y Gabriel se puso enseguida a buscar los mejores guijarros. Los primeros se hundieron lamentablemente. No pasa nada, ya verás como lo consigues la próxima vez, le dijo Jacob, nadie lo logra a la primera, pero Gabriel prosiguió los lanzamientos, negándose a rendirse, con toda la voluntad de sus ocho años concentrada en la mirada y en el brazo. Quería experimentar lo que Jacob le había contado, quería correr sobre el agua y, al trigésimo

intento, o tal vez fuese el quincuagésimo, lo logró: la piedra se transformó en una rana saltarina y horadó en cuatro ocasiones la superficie lisa del agua, ¡muy bien!, gritó Jacob, eres todo un campeón, y una sonrisa de orgullo iluminó el rostro del niño.

Los pasos de Jacob cortan el silencio en las callejuelas de persianas echadas, los vendedores ambulantes se han volatilizado, no se ve un alma, tras los postigos las familias se reúnen alrededor de la mesa, un aire fresco y seco se ha adueñado de la ciudad, y el sol empieza a apretar con fuerza en ese comienzo de verano, aunque de noche la temperatura cae en picado, puede descender veinte grados, a veces más. Jacob sabe que solo el azar, al que llaman suerte o mala suerte según el día, le permitirá dar con Gabriel, pero aun así va a buscarlo hasta la plaza Négrier, donde suele haber chavales jugando al fútbol delante de la sinagoga. No hace mucho, tal vez cuatro años, él también corría por la plaza en pos de un balón, les hacía pases a sus amigos, trataba de meter un gol entre dos chaquetas colocadas en el suelo, alzaba el puño derecho cuando lo conseguía, agachaba la cabeza moviéndola de un lado a otro cuando fallaba el disparo, les chocaba la mano a sus compañeros sin sonreír o, a lo sumo, amagando una sonrisa, dándoselas de hombre, hasta que un buen día dejó de jugar. Al principio ignoraba que no habría próxima vez, no había sucedido nada en concreto, el placer había desaparecido como si lo hubieran arrancado de su cuerpo de adolescente de un tirón. Jacob se pregunta: ¿Qué es lo que tiene hoy importancia para mí y ya no la tendrá dentro de cuatro años?, ¿los estudios, quizá? El señor Baumert lo anima a seguir estudiando, le dice que con su facilidad para el francés y sus excelentes notas en Historia, él también podría llegar a ser profesor, o tal vez redactor en un periódico, o incluso presentarse a unas oposiciones y trabajar en la Administración. Jacob no está seguro de que se pueda ser tan distinto de sus padres y sus hermanos. Abraham es zapatero como el padre; Isaac, empleado en una tienda de ultramarinos; Alfred hace negocios en Argel, nadie sabe de qué tipo, nadie entiende con qué se gana la vida; de vez en cuando va a verlos, extrae un fajo de billetes con ademán de mago, lo coloca sobre la mesa y, tras extender las piernas y cruzar las manos detrás de la nuca con fingido desenfado, mira a Abraham de arriba abajo para apuñalarlo en silencio, y eso que este es el mayor, el que ocupa el primer lugar, el más respetable, pero puede que sea por eso mismo por lo que Alfred siente necesidad de humillarlo. Mira la de billetes que les doy a nuestros padres, ni siquiera me molesto en contarlos, me los saco del bolsillo como calderilla de la que uno se deshace. Jacob no sabe muy bien lo que le ha llevado a pensar en sus hermanos. La palabra no evoca en él juegos, peleas, trastadas tramadas al alimón, ni complicidad; Abraham le lleva diecinueve años; Isaac, diecisiete, y

Alfred, trece, por lo que para él son algo así como unos tíos, adultos de rostro severo a quienes les preocupa mucho más su propia supervivencia cotidiana y su reputación que un niño, porque eso es lo que sigue siendo para ellos, un niño, como Gabriel, a quien se siente más cercano que a sus hermanos, Gabriel, que no está en la plaza Négrier. Un buitre sobrevuela la ciudad entre chillidos amenazadores, Jacob alza la cabeza y divisa la sombra fea y oscura del ave subiendo hacia el peñasco grande, se le llena la boca de un sabor amargo, escupe en el suelo, el sabor persiste, emite en su pecho unos efluvios acres de zozobra, el muchacho se da media vuelta corriendo, ansioso de pronto por volver al sofocante piso para ahogar ese amargor en la sopa caliente y quizá disolver en esta la súbita ansiedad que, intuye, podría convertirlo en estatua de piedra de rendirse a ella.

Menea la cabeza antes de sentarse a la mesa, el humeante plato reaparece como por efecto de un sortilegio, no ha sido necesario que Rachel mirase a Madeleine para que esta lo mantuviese caliente a la espera de su regreso y volviese a servirlo con presteza, nada más abrirse la puerta. A Haïm y Abraham se les ha ensombrecido el semblante. A Jacob le gustaría relajarlos. En ocasiones cuenta historias que suscitan hilaridad en su familia, imita a sus compañeros de clase o a sus profesores, y su madre ríe de buena gana cuando pone acento parisino y la trata de usted como acostumbra la gente de alcurnia, Madre, ¿tendría usted la amabilidad de decirme dónde se encuentra mi pantalón, por favor?; a Rachel siempre se le fruncen las arrugas de las mejillas, entonces él se vuelve hacia Madeleine para darle el besamanos, y usted, querida cuñada, ¿cómo ha pasado el día?, y a ella se le tiñe la frente de rubor. Mediante la gracia de las palabras de Jacob, el tono distinguido con que las esculpe y los delicados gestos de que las acompaña, la vivienda se transforma en el Palacio de Versalles, y ambas mujeres quedan fascinadas por la luz que inunda repentinamente el salón y entrevén una vida quimérica en la que los hombres les hablarían como si las consideraran criaturas valiosas, dignas de respeto y amor; Jacob podría insuflar eso en la estancia, una bocanada de risa y de delicadeza que retiraría esa piel de temor o de enojo que cubre el rostro de los suyos, pero esa noche también a él le apetece estar en silencio, y qué le va a hacer si dicho silencio posee una consistencia cenagosa.

Las niñas empinan el tazón de sopa para beber hasta la última gota, se han quedado con hambre, pero no lo dicen, Fanny permanece con la vista gacha, a Camille se le van los ojos tras los platos de los hombres y Rachel, que han vuelto a servirse. Madeleine reparte su tazón entre ellas, no, hijas, de verdad que ya no tengo hambre, he comido suficiente, susurra mientras unas gotas del líquido salpican la tela del almohadón. Se vuelve con rapidez hacia la mesa, pero nadie,

excepto Jacob, se ha dado cuenta de nada porque en la escalera retumban las pisadas fuertes de un niño, la puerta se abre, Haïm y Abraham se yerguen, ¿dónde te habías metido?, no aguardan la respuesta, que no se producirá, Gabriel tiene los puños apretados, un gesto obstinado en la frente y un brillo en sus ojos francos, como diciendo a su abuelo y a su padre, me importa un comino lo que esperéis de mí, me importa un comino vuestra autoridad, prefiero estar en cualquier sitio antes que aquí, no podéis impedírmelo, pero las manos de los zapateros se abalanzan ya sobre sus brazos, Madeleine les dirige una mirada suplicante que ellos ignoran, se vuelve hacia Rachel, que pone cara de sentirse fatigada e impotente, Jacob sigue tomándose la sopa, su pierna izquierda se mueve nerviosa bajo la mesa. Dos *djinns* parlanchines se revuelven como llamas en su cabeza y se pelean por tener la última palabra, venga, levántate, es tu última noche aquí, no te harán nada, diles que esa no es manera de tratar a un niño. Los golpes, por ahora, se limita a recibirlos, pero pronto los devolverá. El otro *djinn*, prudente, obliga a Jacob a bajar la vista hacia el plato. No vayas. No sirve de nada. Tal vez lo dejen en paz por esta noche, pero mañana le atizarán el doble, y entonces ya no estarás aquí para defenderlo. Déjalo correr, no provoques una riña inútil, tienes unas ganas tremendas de irte a la cama y aguzar el oído hacia los pensamientos nocturnos, que eclosionan como flores de pétalos anchos y morados gracias a la oscuridad; no deseas los gritos de tu padre, las lágrimas de Madeleine, que tiene la garganta atenazada de tal modo que no deja pasar ningún sonido, también ella ha apartado los ojos, resignada, sería terrible darle falsas esperanzas y saber que mañana, cuando te hayas ido, sufrirá aún más. Y Jacob hace caso a esta última voz, aunque se maldice por no atreverse a ofrecerle ayuda a su sobrino, por discreta que sea, pero, cuando al fin vuelve la cabeza hacia la puerta, es demasiado tarde, Abraham y Haïm empujan a Gabriel pasillo adelante, bajan las escaleras que el niño acaba de subir con sus musculosas piernecillas, hasta el sótano, lo arrastran hasta el sótano. Haïm lo inmoviliza contra una escalera de mano, Abraham lo ata con una cuerda, ya verás cómo se te quitan las ganas de andar dando vueltas por ahí como un golfo, la fuerza con que lo sujetan, enardecida por la fría rabia, es tal que al niño se le rasga la manga de la camisa, nota cómo se le forma una bola de lágrimas en la garganta al pensar en su madre, que tendrá que zurcir el desgarrón, se muerde los labios hasta hacerse sangre, cuenta los golpes de cinturón que se abaten sobre su espalda, uno, dos, tres, hasta diez, esta noche solo diez, los hombres están deseando volver al piso para beber, Gabriel no acierta a ver quién de los dos, su padre o su abuelo, desahoga en él su doloroso placer y su rabia, ambos se dan media vuelta y se marchan dando un portazo. Una rata le roza la pierna, él

no grita, fija la vista en un punto de la oscuridad del sótano, sus ojos son balas, y el punto, su abuelo; le dispara ráfagas enteras, luego ametralla a su padre hasta que los ojos, abiertos desmesuradamente, se le cansan tanto que ya no sabe si los tiene abiertos o cerrados, si duerme o está despierto, de todas formas, qué más da, en la oscuridad del sótano, realidad y pesadilla se confunden.

En el piso, Madeleine se afana, con ayuda de sus hijas recoge la mesa, pronto la correrán hacia un rincón para extender los colchones de las niñas, el de Jacob y el que ella comparte con Abraham. Los hombres fuman y beben a pequeños sorbos de sus minúsculos vasos de licor de ciruela. Camille mira con embeleso los reflejos que danzan entre el cristal y el líquido transparente, parece fuego en el agua, le gustaría decírselo a Jacob, tal vez él le explicaría cómo es posible, pero la voz estentórea de Haïm no deja meter baza, este abre una botella de vino además de la de licor, cruza con sus hijos un par de palabras sobre la experiencia que el benjamín se dispone a vivir. El ejército transforma a los gallinas en leones, dice apretándole el hombro a Jacob con su ancha mano, a los niños en hombres, añade, reforzando la frase mediante una segunda presión, te enseña lo que es la vida, dice Abraham a modo de conclusión, con un velo de pesar en los ojos. En esas frases resuena el eco de las que se pronunciaron cuando Isaac se fue a hacer el servicio militar, cuando Alfred lo siguió, los dos hermanos nacidos entre Abraham y Jacob regresaron tal cual habían sido siempre, ni más valientes ni menos mentirosos, ni más generosos ni menos jactanciosos, con un poco más de vello, tal vez, y la barba más tupida por haber tenido que afeitarse todas las mañanas.

Rachel envuelve a Jacob con una mirada que a ella le gustaría que fuera orgullosa, pero sus párpados, demasiado inquietos, revelan su desazón. Ya hace cinco años que estalló la guerra en Europa. Los estadounidenses acaban de desembarcar en Normandía, la radio cuenta a diario el avance de los aliados, las victorias se suceden, sin embargo, Rachel teme que se esté ocultando el número de muertos y heridos, nadie se preocupa por las madres de esos muchachos, el corazón se le para dolorosamente cuando piensa, a lo mejor mandan a Jacob a Normandía. Le pela un melocotón esforzándose por sonreír, lo corta en tiernos gajos, centelleantes a causa del zumo que resbala por los dedos de su hijo. Madeleine no despega los labios, tampoco es que se le pida que hable, ella también está preocupada, la marcha de Jacob supone la pérdida del único ser tierno y alegre de la casa, su cuñado, al que ama como a un hijo, sin confesarse que podría haberlo amado de otro modo. Acuesta a las niñas en el colchón, venga, es hora de dormir, Fanny encaja el rostro macilento en el hueco del codo y cierra los ojos en el acto, siempre finge quedarse dormida antes de

conciliar el sueño, a veces permanece largo rato así, pero los adultos están contentos y le dicen a su hermana, mira con qué facilidad se duerme Fanny, enseguida, sin dar la lata. Camille no deja que su madre se marche. Espera, tengo que decirte algo. Madeleine suspira, no ve el momento de acostarse, cada segundo que retrasa su descanso es como una gota de plomo que le taladra el cráneo. ¿Qué?, ¿qué quieres? ¿A mí también me encerrarán en el sótano si me porto mal?, le gustaría preguntar a la niña, pero enmudece al percibir un atisbo de sufrimiento en los ojos de su madre, por lo que murmura, no, nada, se me ha olvidado. Madeleine no insiste y se levanta para ir a fregar los cacharros. Primero los tres vasos de los hombres, a continuación, los platos, por los que sus manos se deslizan con gestos fatigados pero precisos, rastreando los restos de grasa, signo de infamia para cualquier mujer en la que recaiga la responsabilidad de la limpieza; detonante de la cólera de los hombres, encargados de velar por el buen orden del mundo. La comida se ha pegado al fondo de la cazuela, ella la restriega imprimiendo a sus manos las últimas fuerzas de la jornada, se le resiste una mancha, un montoncito marrón y rugoso con el que logra acabar, tras someter la cazuela a una presión aún más fuerte, el recipiente reluce al fin, Madeleine se siente orgullosa de su meticulosidad, nadie podrá acusarla nunca de rendirse ante una mancha. Rachel echa un vistazo satisfecho a los utensilios, envuelve unas galletas saladas en un paño y se lo alarga a Jacob, toma, cógelo, tengo demasiadas, contesta Jacob, me has dado comida para seis meses. Pues claro que no, mira, todavía te queda un huequecito ahí. Mete el bulto entre las camisetas interiores y los calcetines y la maleta de Jacob queda llena a reventar. Madeleine les ayuda a cerrarla colocándose encima con todo su peso antes de desplomarse en el colchón, donde Abraham se le une poco después, no la toca cuando está encinta, al menos por ese lado puede estar tranquila, pero los cuerpecillos se agitan en su vientre, intrigados por la repentina inmovilidad del habitáculo, ondulan y se estiran como si quisieran tomar posesión de él en su totalidad. Madeleine se niega a pensar en los dos bebés que reclaman su atención, no la necesitan, son tan insignificantes como dos gatitos ciegos; cuando la visión de Gabriel en el sótano, con las ratas, se adueña de su mente e intuye lo que Haïm y Abraham le han hecho —está segura de que ya ni siquiera piensan en ello—, unas lágrimas silenciosas ruedan por sus mejillas, llora sin producir el más leve ruido, lleva once años haciéndolo.

Echado en su colchón, Jacob sabe que Madeleine está llorando, precisamente porque respira con sigilo. Mañana, otras respiraciones sustituirán a las de los niños, uniformes y ligeras, y a las expiraciones profundas de su hermano, que parece querer exhibir, incluso mientras duerme, un poder que no tiene. Camille no volverá a despertar a

Jacob cuando se levante de improviso, cruce recta la habitación hacia la puerta de la entrada, zarandee el picaporte, pronuncie una sucesión de palabras incomprensibles con gesto terco y los ojos abiertos de par en par, como si de pronto la estancia se hubiese transformado en un abismo en el que se agitan sombras endiabladas, y siga insistiendo, parlamentando con la puerta hasta que Jacob o Madeleine la cojan de la mano y la acompañen hasta el colchón, asegurándole que no pasa nada, que es de noche y hay que dormir. En ocasiones forcejea y a Madeleine le aterra la idea de que los demás se despierten, pero esa noche Jacob no duerme y es él quien se levanta de un salto tras ella tan pronto como percibe el roce de los piececitos regordetes sobre las baldosas, la cría mueve la cabeza de un lado a otro con toda la seriedad de sus cuatro años, negándose a volver al colchón junto a Fanny, de modo que él se la lleva al suyo susurrándole al oído, ahora vamos a dormir y mañana subiremos a un avión, estaremos en el cielo, arriba, muy arriba, y veremos a la gente abajo, pequeños como saltamontes, como hormigas, quizá. El movimiento del avión la tiene fascinada, lo ve volar por la habitación, se encarama a un ala, el aparato gira despacio y la vuelve a conducir hacia el sueño. Jacob aspira su aroma a leche y canela, y de pronto la idea le atraviesa la mente, fulgurante, como un fogonazo que lo ilumina por completo desde dentro, como la revelación de una posibilidad inimaginable segundos antes: un día será padre y prodigará a sus hijos los gestos que su padre jamás ha tenido con él, presiente que los lleva en los músculos, condensados, sin que nadie lo sepa, en sus brazos, que rodean a Camille, cuya respiración, al cabo regular, le acaricia la mejilla.

A su pesar, las lágrimas le surcan el rostro cuando ve a Jacob saliendo por la puerta del piso. Rachel lo detiene, lo rocía con agua de azahar, coloca su pulsera de oro y varios luises en el umbral y vierte un poco de agua. Camina sobre el oro mojado, Jacob, mi vida, sal y vuelve a entrar, así regresarás con buena salud, que Dios te proteja. Jacob obedece de buen grado, aun cuando le cueste creer en esas historias de protección divina asociada al agua y el oro. Le da un beso a Madeleine, Camille y Fanny, le revuelve el pelo a Gabriel y le guiña un ojo, lo han sacado del sótano para la ocasión. Pórtate bien, cuando vuelva iremos a escalar los peñascos del Rhumel, entretanto quédate con esto, y le desliza en la mano un guijarro plano, increíblemente liso, le da un abrazo a su hermano, a su padre, os escribiré, volveré de permiso en menos que canta un gallo, no os preocupéis por mí.

Con la cabeza tendida hacia el final de la calle como si estuviese esperando a otra persona, Lucette lo acecha de reojo. Jacob la deja atrás rápidamente, apresurado por llegar al cuartel, por meterse de

lleno en su nueva vida, puesto que así ha de ser. Se muere de curiosidad por descubrir lo que esta le depara, está impaciente por dejar la maleta, que tanto le pesa ya en el brazo. Lucette se siente decepcionada, ni siquiera la ha buscado con la mirada, cuando lo normal es que intercambien una sonrisa por la mañana. La muchacha reúne el valor necesario y arranca a correr tras él, le deja caer la cartera justo encima de los pies, uy, Jacob, perdona, no te había visto, se me hace tarde para llegar a clase. Jacob la recoge y se la alarga, demorándose en el rostro de mejillas redondas que se alza hacia él, en los ojos color avellana que se atreven a afirmar, me gustaría pasarte la mano por el pelo, besarte la nuca. Lucette frunce el entrecejo, pone cara de estar pensando, pero ¿no era hoy cuando te ibas al ejército, Jacob? Sí, por eso yo también tengo prisa, hoy no puedo permitirme llegar tarde. Buena suerte, que vuelvas sano y salvo, termina diciendo Lucette, que se siente estúpida al pronunciar esas palabras propias de una madre, de una abuela. Nunca le ha dicho palabras de amante a ningún chico, y eso que conoce muchísimas, las ha ido atesorando en el pecho igual que si fueran montones de piedras preciosas e inútiles, si no le confiesa ahora mismo a Jacob lo que sus ojos dicen, pronto será demasiado tarde, habrá desperdiciado la última oportunidad de tender un hilo sólido entre él y ella, el vínculo que les permitiría cartearse, soñar durante horas con las frases del otro, con las que uno se dispone a formularle. Meses más tarde, los padres de ambos decidirían hablarse, barajar la posibilidad de una unión entre los dos jóvenes antes de que estos hicieran alguna tontería; a decir verdad, a Lucette le gustaría adentrarse de inmediato en la senda de las tonterías, no es el palio nupcial ni la visión de un traje blanco lo que destila en su vientre un reguero ácido y le contrae los muslos, sino la piel de Jacob, lo que le ha dado por imaginar después de que sus brazos se rozaran en la cola del vendedor de helados el verano pasado, Lucette se pone colorada cada vez que recuerda el tacto de la piel bronceada, del levísimo vello castaño, que le acarició el antebrazo unos segundos. Jacob se despide diciéndole algo que no acierta a oír, ella se lo queda mirando mientras se aleja, sin apartar los ojos del cabello que dentro de unas horas cortarán muy corto, casi al rape, qué guapo es Jacob, incluso de espaldas, y Lucette ya no sabe qué hacer ante esa evidencia que le enternece el corazón, se lo deshace a ratos y le endurece los pechos; y aún menos cómo hará para seguir en pie cuando Jacob doble la esquina de la calle Damrémont, que bordea el cuartel.

Marcan sus apellidos en un registro, tratan de disfrazarlos de soldados, ellos se ponen el uniforme caqui y se disputan el único espejo de cuerpo entero de la sala para admirarse, los ojos brillantes al

descubrirse transformados de esa forma merced a una camisa, un pantalón, un color. Algunos hinchan el pecho, aún más seguros de sí mismos con el envoltorio viril, otros nadan en la ropa; la camisa, demasiado grande, les forma un grotesco michelín al remeterla en el pantalón, que les baila en las caderas. Eh, que no estamos en Galeries parisiennes, les espeta el soldado que sigue repartiendo los uniformes sin tomar en consideración la talla de cada uno, dejaos de remilgos que si no, os aplastarán así de fácil, y hace como que mata un mosquito de un revés. Las maquinillas se ponen manos a la obra, los rizos caen en una lluvia parda, castaña, rara vez rubia, y se acumulan sobre las baldosas blancas en montones vaporosos y tristes, les entregan una cadena de la que cuelga una placa de identificación, apellido, número de registro, dos elementos necesarios para identificar a un muerto, las placas se superponen a las medallas de nacimiento, a las Vírgenes con un Cristo rellenito entre los brazos, a las estrellas de David, a las letras hebraicas *het* y *yod*, que significan vivo, brillan sobre sus pechos al aire, lampiños, velludos; en el cuello de sus camisas, aún almidonadas; se sorprenden acariciando la plaquita de metal, como para acostumbrarse a ella; aprendiéndose ya de memoria su número de registro. A Jacob le asignan el 45 93 001073. Un recluta le explica el significado de esos números. El 45 corresponde a las dos últimas cifras de su año de nacimiento, 1925, a las que se suma 20, y a Jacob le sorprende, ¿por qué veinte exactamente?, ¿será para hacer referencia a la juventud de todos ellos? 93 es el número del departamento de Constantina. Los números siguientes son fruto del azar, lo designan a él en concreto, a él, el soldado Jacob Melki, que reconoce al otro lado de la estancia a dos compañeros del instituto de Aumale en medio del grupo de judíos, musulmanes y franceses de Francia, intenta abrirse paso para reunirse con ellos, pero un sargento da la orden al centenar de muchachos bullangueros de callarse y montar en unos camiones entoldados, los cuales se ponen en movimiento como bestias de carga que hubieran permanecido demasiado tiempo inmóviles, empiezan a ganar velocidad, se alejan de los críos que corren para tocar sus manos de soldados, se dirigen hacia el sur. Constantina, ocre y blanca, apiñada en torno a su peñasco, orgullosa de su puente colgante y de los otros cinco puentes tendidos a su alrededor, ciudad fortaleza enamorada de las gargantas que la hienden en dos, desaparece súbitamente tras rebasar una curva, como si solo hubiera existido en sus juegos, alegrías y terrores de niños.

El camión engulle el polvo rojo del camino para escupirlo al instante. Estamos atravesando el Aurés, dice una voz. Nos dirigimos al Sáhara, dice otra. ¿Alguien tiene un cigarrillo?, pregunta una tercera. Zarandeados por los barquinazos del camión, los jóvenes reclutas caen

unos encima de otros, rompen a reír, eh, tú, apártate, que yo prefiero a las mujeres, estás gordo, pesas una barbaridad, tu madre te ha dado demasiado de comer, te sentará bien el cambio de cocinera. Se dan de codazos y de bofetadas, alzan la barbilla girando la cabeza con aire confiado, desafiante, se pasan los dedos cada dos por tres por el cráneo recién afeitado, es una sensación curiosa, el pelo transformado en un cepillo que les raspa la palma de la mano, eh, tú, ¿cómo te llamas?, ¿de qué barrio eres?, los apellidos llueven y se cruzan en el aire, Melki, Bonnin, Ouabedssalam, Attali, Haddad, calle Richepanse, calle Damrémont, calle Caraman, calle de Le 26e de Ligne, Bellevue, Le Coudiat, Bonnin es quien pronuncia el nombre del barrio burgués de Constantina, la parte europea, construida sobre una colina despejada y tranquila, los muchachos dicen de dónde vienen, no saben adónde van, juegan a ser soldados apuestos, pero el calor bajo el toldo los embota e impone el silencio, que ya se ha adueñado de los que callan, de los que saben que están fuera de lugar entre esos jóvenes, en el ejército, sea francés o no, aunque les avergüence el solo hecho de pensarlo; circulan durante horas entre el cielo y los peñascos, por un paisaje desolado que los constriñe a esa recién estrenada soledad. Cuando el sargento que los acompaña levanta la lona encerada durante una parada en mitad de ninguna parte, notan enseguida la quemazón del sol; se alinean para aliviarse, los chorros marrones despiden un olor dulzón, persistente, trazan figuras abstractas que fluyen en oscuros regueros sobre la arena, e incluso ahí, en medio de ese paisaje digno del Gran Cañón, que ninguno de ellos ha pisado nunca, gana el que mee más lejos.

¿Cómo hacen los demás para dormir?, se pregunta Jacob con los dientes castañeteando en esa tienda de campaña en medio del desierto, ¿cómo hacen para acallar las preguntas? ¿Qué lo ha preparado desde que nació para estar ahí? ¿Los huesos de albaricoque convertidos en tabas, las cometas confeccionadas con cañas, papel de periódico y harina y agua en lugar de cola?, no, ¿los libros que sacaba de la biblioteca del colegio, la música, los cigarrillos que fumaba a escondidas en las cuevas, las chicas, a las que miraba como un misterio aterrador y encantador?, no, ¿las peleas, los rezos, los platos de fiesta, las caídas sufridas en los peñascos del Rhumel, las heridas en las rodillas, los rasguños en las manos?, no, nada lo ha conducido hasta ahí de manera natural, ni siquiera haber jugado a los soldaditos con sus amigos o haber imaginado que estaban en un campo de batalla, recreando Verdún las más de las veces, o los Dardanelos. Les encantaba aquella palabra que tanto repetían los ancianos, hacían literalmente gárgaras con ella, deleitándose al marcar la erre atrapada entre las dos des, antes de suavizarla con la última sílaba, que echaba

a volar bajo la lengua. Bastaba con decir a voces ¡Dardanelos! y allí estaban. Tú eras un soldado alemán, ¡pum!, yo te mataba, estás muerto, venga, ven, vamos a comprarnos un *créponné*[2], le he birlado cincuenta céntimos a mi hermano. El sabor del limón helado invade el paladar de Jacob, aviva el recuerdo que anida en sus papilas, ¿cómo hacen los demás para dormir?, vuelve a preguntarse. Él no lo consigue, pese a la instrucción, que hace que el pecho le estalle, lleno a rebosar de un aire abrasador que no logra regular; le desgarra los músculos, reacios ante la perspectiva de tensarse, pero que aun así se tensan; pese a las humillaciones del sargento primero, que parece que nunca ha sido niño, o tan solo un niño cruel, que nunca ha tenido dieciocho años, sino siempre treinta, que dice, corred, cuerpo a tierra, dice, escalad, dice, disparad, dice, en pie, dice, con lo blandengues que sois, no vais a aguantar, con lo necios que sois, todos la vais a palmar, ese es su vocabulario, nadie le ha oído nunca articular un gracias, tal vez un buenas noches, y pensar que hay hombres que no han pronunciado determinadas palabras en toda su vida… Jacob ya no logra calcular cuánto tiempo llevan ahí acantonados, reducidos a unos números de registro que resuenan en el campo, lejos de todo cuanto se asemejaba a la vida pero que probablemente no lo fuera más que lo que están soportando, sucios y sudorosos, en mitad del Ahaggar; tal vez cincuenta días, cincuenta días y cincuenta noches que han enturbiado el recuerdo de su vida anterior desde las pastas y las empanadas preparadas por sus madres, que engulleron las primeras noches para hacer más soportable la asquerosa comida; no queda nada que permita establecer un vínculo entre el antes y el ahora, el sabor de lo que comen ha cambiado, los olores de cilantro, agua de azahar, comino, de los cuerpos de sus familiares antaño entremezclados se han evaporado de golpe, reemplazados por las cálidas y húmedas vaharadas de sus pies, por el sudor agrio que les chorrea por las axilas y les hace cosquillas de las costillas a la cintura durante la revista, paralizándolos un instante ante la sorpresa del placer, palabra, sensación olvidada, como todo cuanto ha desaparecido, ahogado por la carne y las patatas hervidas, el arroz sin condimentar, apenas con una pizca de sal. No es una página nueva lo que se ha abierto ante ellos, como dijo el primer día el comandante de la base con voz metálica, sino un mundo nuevo. Regla n.º 1, no tomar nunca la iniciativa de hablar, regla n.º 2, no cuestionar nunca una orden, regla n.º 3, nada de hacerse el listo, regla n.º 4, llegar con puntualidad, siempre, en el segundo preciso, ya no hay tiempo para soñar, nunca, quizá sea esa la razón por la que los ojos de Jacob permanecen abiertos de noche. Han cambiado su cuerpo, desarrollado su musculatura, lo han ensanchado, robustecido, se ha vuelto duro y flexible a la vez, la transformación no le ha cogido de nuevas, pero no

creía que pudieran cambiar su mente, todo sería como en casa desde el día en que descubrió que nadie podía leerle el pensamiento, que había una voz que solo él oía. Esta había comenzado por decir, no me gusta el guiso de cardo, los cardos son para las mulas, además, no me gustan las muecas estúpidas de la tía Yvette, esa manera suya de mirar a todas partes como una lechuza loca, no me gustan los gritos de mi padre, ni su mano, que se abalanza sobre cualquiera que lo ponga furioso, que lo provoque, que se atreva a llevarle la contraria, no me gusta el miedo que advierto a veces en el rostro de mi madre, no me gusta este piso lleno de gente a todas horas, de ruido a todas horas, y la voz agregó, prefiero el colegio, el señor Bensaid es más bueno que papá, la señorita Rouvier es más bonita que mamá, y no sucedía nada malo, no le castigaban, todo permanecía dentro de su cabeza, eran palabras silentes, hacía todo cuanto se esperaba de él, no interrumpía a los mayores, y menos aún les llevaba la contraria, ayudaba a su madre a cargar las cestas hasta el mercado, acompañaba a su padre y a Abraham a la sinagoga, hacía los mismos gestos que ellos, en ocasiones le acariciaban la cabeza diciéndole que era un buen chico, jugaba con el polvo que danzaba en los rayos de sol mientras se hacía preguntas sobre lo que el ojo ve pero la mano nunca logra prender. Jacob sale de la tienda de campaña frotándose los brazos para calentárselos y enciende un cigarrillo americano que le ha dado Bonnin. Si el sargento primero o el brigada pasan por ahí, fingirá que vuelve de las letrinas. Las sombras de las tiendas dibujan marcas negras en el campamento, su disposición regular le oprime el pecho, parecen tumbas en el recuadro de un cementerio, piensa y pugna por ahuyentar esa imagen macabra de su mente. No es propio de él, no se pasa el día pensando en la muerte como algunos en su casa, su edificio, su ciudad, que no tienen más que esa palabra en la boca y van por ahí escupiéndola como una serpiente fina y negra, que me muera ahora mismo si no digo la verdad, no volveré a hablarle hasta mi muerte, mi muerte te pesará en la conciencia, todo ello dicho con un tono terminante que pretende ser indiferente pero rezuma rencor. A él lo que le gusta es hallarse entre cielo y tierra, en el puente Sidi Mcid, ahí donde el tiempo parece suspendido, lo mismo que la pasarela, mientras abajo los segundos corren con el agua del río, entonces se siente quieto y en movimiento a la vez, presa de una vivificante sensación de gozo y terror, inmerso en un tiempo sagrado, tal vez Dios sea el tiempo del mundo, mucho más vasto que el suyo. También le gusta nadar en la piscina olímpica o en las gargantas, tensando y relajando los músculos alternativamente hasta que deja de sentirlos, hasta que pierde conciencia de ser un cuerpo de hombre en una superficie líquida y él mismo se convierte en agua, elasticidad, espuma. Como todo hijo de vecino, a veces ha ido a la piscina para

coquetear con las chicas, las ha invitado a un créponné, a una limonada, o se ha subido al trampolín ignorando las miradas que siente puestas en él y acechan la figura perfecta de la flecha humana en el aire, pero lo que de veras le embriaga es la sensación del agua sobre la piel, también la música, ya sea la que producen el martilleo de los darbuka y el canto de los violines, en el caso de la andalusí, o la que brota de las trompetas, los pianos y las guitarras de las canciones francesas. Le gustan las palabras cuando son cantadas, se diría que muestran un sentido más profundo, más preciso; le gustan las notas y los ritmos que expresan todavía más, que le llegan directamente al corazón, a las tripas, que van a buscarlo y lo impulsan a bailar. De niño, durante las bodas y los Bar Mitzvah, se cimbreaba ante las mujeres, estas daban palmadas a su alrededor entre risas golosas, algunas se sumían en un trance cuando los violines, los laúdes y los tamboriles emitían aquellas notas obsesivas que se adueñaban de sus cuerpos, se los apropiaban durante horas, les arrancaban los deseos y los dolores silenciados para abandonarlos una vez exangües y exprimidos, y entonces los ojos extraviados de las mujeres ya no reflejaban más que un brillo oscuro que lo dejaba fascinado. Más tarde, tras cumplir trece años, se unió a los hombres. La música y el agua son sus dos elementos, es lo que echa en falta aquí, en el campamento, por no mencionar otro vacío que siente y para el que no dispone de palabras. Le gustaría acordarse de un poema, ha aprendido un porrón de ellos, pero desde que han llegado al Ahaggar como soldados del ejército francés, el recuerdo de los poemas se le ha encasquillado, las palabras se le traban, bullen en desordenada zarabanda; se acuerda sin embargo de quienes los escribieron, Hugo, Rimbaud, Baudelaire, ve incluso sus caras, pero solo las caras, como si el sol del Ahaggar, las órdenes del sargento primero y las noches glaciales pudieran hacer desaparecer sus escritos. Y eso que el señor Baumert les contó que la poesía lo resistía todo, el tiempo, la enfermedad, la pobreza, la memoria que flaquea; que quedaba grabada en uno como una marca que nos gusta acariciar, pero este no es lugar para los versos, desentonan con los uniformes, quedan reducidos al silencio por las armas y ese nuevo lenguaje suyo de frases breves pronunciadas a voces. El señor Baumert les mintió, o se equivocó, las horas que pasaron memorizando poemas no les han servido más que para sacar buenas notas, y al sargento primero le importan un rábano sus notas, de hecho, por lo que se ve, en él es costumbre zaherir un poco más a los que llama cabeza dura y antes eran alumnos estudiosos. Prefiere a los soldados que dicen frases plagadas de faltas, excepto a los musulmanes, a quienes llama moracos, a estos los corrige carcajeándose, les pone motes que le causan regocijo, Fátima, Borriquito, Bab El-Oued, y cuando percibe un

rubor extendiéndose por las pieles morenas, le dice al soldado humillado poniéndole la mano en el hombro, es broma, que sé que tienes sentido del humor, eres buen chaval, estás luchando por Francia y Francia te lo pagará.

La brasa del cigarrillo enrojece por última vez, se ha consumido enseguida, le gustaría encender otro, observar tranquilamente cómo el humo le calienta la garganta, pero tiene los bolsillos vacíos. Se reúne con los demás en medio del silencio turbado por los gañidos de los zorros del desierto, dentro de la tienda de campaña, Attali batalla con la almohada tratando de extenderla con esmero, Haddad ronca, pese a que lo niegue todas las mañanas poniendo cara de escandalizado, Ouabedssalam hace pausas tan largas entre cada respiración que se diría que está exhalando su último suspiro, Bonnin, los ojos entornados, agita la mano en la entrepierna, solo así logra quedarse dormido, dista de ser el único en ese mundo en el que las mujeres apenas existen y el deseo por ellas se hace insoportable; en el que todos han perdido su nombre y se los llama por el apellido o el número de registro, como si eso los convirtiera en hombres listos para el combate. Así que, cuando los segundos de insomnio resuenan en su cabeza como la partitura de una derrota, y la ansiedad por el día que despuntará tras la noche en vela le oprime el pecho, para arrullarse y lograr al fin conciliar el sueño, Jacob repite su nombre por lo bajo, Jacob, Jacob, Jacob.

Al alba, tras la izada de bandera, las carreras entrecortadas de las botas, el café cargado y el pan gomoso, bajo un cegador cielo azul real que parece más inalcanzable que nunca, el sargento primero les anuncia que partirán para luchar por la liberación de Francia. Tienen el inmenso honor de incorporarse al ejército b, dirigido por el general Jean de Lattre de Tassigny, pero eso, por supuesto, sus cabezas de chorlito son incapaces de comprenderlo. El rostro de los soldados permanece impenetrable, han aprendido a controlar los labios, los músculos faciales, los párpados, enrojecidos a causa de la arena. Las manos de Bonnin y Haddad se crispan alrededor de sus armas, Attali endereza la cabeza, Ouabedssalam, en la última fila, empuja una piedra con la punta del pie izquierdo y destapa un escorpión que se ha introducido en una cavidad arenosa y que fallece bajo su talón. ¿Trae eso buena o mala suerte?, se pregunta Jacob, a quien se le ha acelerado la respiración al pensar en Francia, la de verdad, la metrópolis soñada, cuya geografía administrativa se sabe de cabo a rabo, los reyes, las canciones, ese país invisible, y sin embargo tan presente, que está a punto de materializarse ante él.

Arrimándose a los muros a fin de rehuir el sol de agosto, Rachel se persona en el cuartel de Constantina para pedir noticias de su hijo. Hace casi dos meses que se fue, ¿por qué no ha vuelto, cuando al hijo de la señora Dukan ya le han concedido un permiso? Le ha llegado una carta de él en la que una de cada dos frases ha sido tachada con rotulador negro, sin señas ni nada, Gabriel solo alcanzó a leer «estoy bien, me acuerdo de vosotros, os mando un beso a todos, a cada cual por su nombre, vuestro hijo y hermano Jacob», eso no son noticias de verdad. ¿Dónde está Jacob?

La secretaria consulta un fichero. Está en Touggourt. ¿En Touggourt? ¿Está segura, señorita? La señorita asiente con energía, no tiene motivos para mentir, en la ficha pone Touggourt y ella lee Touggourt. Rachel le da las gracias y se vuelve repitiendo en su mente el nombre de la ciudad como un encantamiento, una plegaria, trotando a pasitos rápidos hacia la zapatería, cuya puerta abre con todas sus fuerzas al tiempo que anuncia a su marido y a su hijo, que se han quedado de una pieza al verla aparecer tan erguida, tan decidida, voy a ver a Jacob, está en Touggourt. No es buena idea, replica Haïm, las carreteras son peligrosas, sobre todo para las mujeres. Pero no para una mujer de mi edad, responde ella con un cabeceo. Espera un poco, ten paciencia, volverá. ¿No te acuerdas?, Alfred regresó al cabo de tres meses, Isaac también, así es el ejército, asegura él encogiéndose de hombros, y reanuda su trabajo, fijando clavos sobre una tapa en un perfecto semicírculo. Abraham no sabe qué pensar. Su hermano es un extraño para él, cierra la descendencia de Rachel y Haïm por el extremo opuesto al suyo, inasible como el rabo de un lagarto. Tan joven, tan distinto a todos ellos. Habla prácticamente como un francés de Francia, tiene una mirada dulce, alegre, el cuerpo espigado, podría ser uno de esos hombres que parecen mujeres y de los que se burla la gente, pero no, su hermano, tan diferente aunque lleven la misma sangre, la de Rachel y Haïm, y nada en sus rostros, en sus ojos, siquiera en sus voces, permita suponer que son hermanos, es un hombre. Le gustaría tener el valor de su madre, que ha dicho voy a ver a Jacob sin formular la frase con tono interrogativo, prescindiendo del permiso de su marido, al que teme el resto del tiempo, pero él, Abraham, se sabe incapaz de abandonar la zapatería, no podría enfrentarse a la mirada de su padre si decidiese empujar la puerta para acompañar a su madre hasta Touggourt; conoce la pequeña ciudad, pernoctó en ella hace veinte años, cuando él y Haïm iban de pueblo en pueblo remendando los primeros zapatos que los pobres se ponían, conserva el recuerdo de una plaza inundada de sol y de arena y niños negros con los pies descalzos observándolos entre risas, amagando a veces un gesto obsceno antes de salir por patas, eso ocurrió hace muchísimo tiempo, antes de que naciera Jacob, que

ahora es soldado y al que hoy no irá a ver con su madre.

Rachel llega al segundo piso del número quince de la calle de Le 26e de Ligne dejando la huella de sus zapatos en el suelo, que Madeleine está cepillando a gatas. Hija mía, saca todo lo que tengamos en las alacenas, las rosquillas de anís, los mantecados, los pastelitos de sémola y también un poco de pan, bizcochos de almendra, empanadas, mételo todo en dos cestas, es para Jacob.

Madeleine tarda largos segundos en erguirse sin perder el equilibrio. Está a punto de salir de cuentas, según sus cálculos, dentro de dos, tres semanas, expulsará a los bebés que crecen en su interior, se alimentan de ella, permanecen tranquilos durante el día y se agitan por la noche, sus movimientos la han convencido de que se trata de dos varones. A la espera de descubrirlos, se siente muy pesada, cuando se apoya en los brazos para levantarse, unas cuerdas se tensan en su vientre, le da la impresión de que arrastra tras de sí un arado, bueyes, piedras, pero hace el esfuerzo por Jacob, no lo maldice por añadir otra tarea a las miles que le corresponde hacer cada día, por el contrario, musita plegarias silenciosas mientras envuelve las vituallas y las acomoda en las cestas, desea que Jacob esté protegido, es el más bueno de la familia, cuando baja las escaleras tarareando canciones de Salim Halali o de Cheikh Raymond, todas las puertas se abren, resuenan exclamaciones, también bendiciones. Jacob tiene una voz conmovedora, en árabe, en francés, se conoce todo el repertorio de Piaf, canta incluso en inglés y, cuando lo hace, se diría que es estadounidense. Eso es lo que piensa Lucette, la hija de Maurice y Mathilde, a los que la gente suele llamar cariñosamente Marjouf y Maissa; nunca pierde ocasión de verlo, atrapa su imagen como otros se dedican a cazar mariposas, es astuta, siempre se las ingenia para escucharlo sin llamar la atención, mirando hacia otro lado, al suelo, el cuerpo tendido hacia aquel que sus ojos rehúyen. La víspera de su partida al ejército, lo esperaba ansiosa apostada en la azotea, se asomó tanto para verlo que estuvo en un tris de caerse, ha de extrañarlo, todos lo extrañamos, piensa Madeleine. Gabriel tiene un aspecto más sombrío que de costumbre, aprieta los puños hasta cuando duerme, Fanny escribe su nombre, se esmera, trazos gruesos, trazos finos, puede pasar horas y horas haciéndolo, nunca está satisfecha con la j mayúscula, Camille lo busca, de noche se levanta de un salto, trota con paso decidido hasta el sitio donde se colocaba el colchón de Jacob, contempla las baldosas con sus grandes ojos perplejos, ¿cómo es posible que una persona desaparezca de una vida, de una casa, y por qué? Madeleine trata de meterla de nuevo en la cama, pero la cría se niega a moverse, señala con su minúsculo dedo índice el lugar donde debería estar Jacob y sin embargo no está, pronuncia frases incomprensibles en esa lengua cuyo secreto conoce, la lengua de los

sonámbulos, que solo se oye en medio de la noche, que no se escribe, una mezcla de sílabas suaves y entrecortadas, de interrogación y determinación que ninguna gramática ni etimología son capaces de explicar.

Madeleine cubre los mantecados con unos paños, envidia a Rachel por obrar de ese modo, va a ver a su hijo, nada puede detenerla, ni siquiera Haïm, que se parece a ese tal Iósif Stalin, cuya foto vio ayer en el periódico que envolvía el pescado. Ojalá ella pudiera enfrentarse a Haïm y a Abraham con el mismo ímpetu cuando le pegan a Gabriel. Madeleine, hija, ¿ya están listas las cestas?

Rachel se pone unas enaguas blancas y otras azul cielo, se coloca las mangas, un pañuelo sobre el cabello, que no ha vuelto a teñirse con henna desde que Jacob se fue, deja sus joyas en un joyero, coge dinero de él y le da un beso a Madeleine, que vierte agua en el umbral. Rachel pisa el charco, entra, vuelve a salir, se le antoja inconcebible pasar por alto el ritual, marcharse en paz, regresar en paz, ahuyentar a los demonios que acechan y están deseando abalanzarse sobre ella espoleados por una mirada, es lo que recibe el nombre de mal de ojo, sabe que la gente le envidia el hijo de su vejez, por lo que es preferible ser riguroso con todo lo que pueda protegerlos a los dos.

En la plaza de La Brèche, se monta en una carreta que la conduce a la estación y allí compra un billete para Touggourt. En el tren abraza con fuerza las cestas como si abrigara a sus hijos con el cuerpo. Pero niños de verdad, no esos hombres que le sacan varios palmos, de manos anchas, voz grave, pasos fuertes. Recién nacidos frágiles a los que sabe qué gestos prodigar. Darles el pecho, arroparlos con el arrullo, ponerles los pañales, masajearles el cuerpo con aceite de oliva, lo ha hecho con todos, con Abraham, Isaac, Alfred, Jacob, Jacob. El primer Jacob, cuyas fechas de aparición y desaparición en la vida están grabadas en una lápida del cementerio judío que se eleva sobre la estación, en el sector de los niños, donde las tumbas semejan cunas. 1920-1923. Un niño sorprendentemente tranquilo, con los ojos abiertos como platos, que comía poco y se quedaba mirando los rostros de la gente con tanta intensidad que les hacía sentirse incómodos. Una mañana, se despertó llorando y no hubo manera de calmarlo. No quería beber ni comer, se removía en sus brazos, sus rasgos reflejaban un terror que la dejó petrificada. Rachel colocó azúcar y habas bajo la cuna, le aplicó cataplasmas en el minúsculo pecho, intentó hacerle tragar un poco de leche caliente con miel, tostó unos granos de lavanda en unos cuenquitos antes de acudir al dispensario, y luego al hospital. El hueco de sus brazos acogió el cuerpecito trémulo de fiebre que los médicos, que tanto saben, no

supieron salvar. Frente al diminuto ataúd, una vecina le dijo, era un ángel, Dios ha querido tenerlo a su lado. Rachel no se avino a doblegarse ante el destino, del que dicen que está *mektoub*, escrito, y volvió a ponerle el nombre de Jacob al recién nacido que llegó dos años después, por sorpresa, casi de manera vergonzosa. Ya peinaba canas y le habían salido arrugas de cuarentona cuando los pechos volvieron a hinchársele, anunciándole que estaba esperando otra criatura; disimuló el embarazo tanto tiempo como pudo, ocultando la tripa bajo amplias enaguas, estaría en boca de todos, la gente diría a sus espaldas que seguía haciéndolo con Haïm. Ella esperaba dar a luz a una niña, eso le garantizaría tener compañía hasta el final de sus días, pero se ve que solo estaba hecha para engendrar varones; sus labios se mueven para rezar en árabe e invocar la bendición divina sobre ellos.

En el cuartel de Touggourt apenas se molestan en responder a la mujer que se expresa a medias en francés y a medias en árabe, pasa del usted al tú de manera incoherente, llama «hijo mío» al teniente que se ha detenido unos instantes para atenderla, conmovido; le recuerda a su abuela corsa, la mujer está buscando a su hijo, es tirador, Jacob Melki, tiene una voz preciosa y el pelo castaño, una cicatriz en la cabeza, en el lado izquierdo, se golpeó con la esquina de la mesa cuando tenía un año y medio, era un niño bueno pero también rebosante de vida, se había puesto a bailar y a dar palmadas y perdió el equilibrio, así fue como se dio, le salió mucha sangre, una herida en la cabeza sangra muchísimo, corrí con él en brazos hasta el dispensario, sin parar, sin respirar, ahora es soldado francés, ¿sabes dónde está, hijo mío? El teniente le pregunta a Rachel la fecha de ingreso de Jacob, ella no entiende la palabra ingreso, él le explica, ¿qué día entró su hijo en el ejército? El 22 de junio, se marchó a las nueve de la mañana, no he vuelto a verlo desde entonces, lo echo mucho a falta. El teniente teme que Jacob esté a punto de desembarcar en Provenza, pero no se lo menciona a Rachel, cree que le hará feliz saber que podrá encontrarlo en algún lugar, vivirá unos días más imaginándoselo cerca y no al otro lado del mar, frente al enemigo alemán, cuya crueldad, se cuenta, no tiene límites; coge un impreso de la armería y lo hojea reconcentrado, lee en voz alta, Jacob Melki, sí, aquí está, se encuentra en el cuartel de Aumale.

El cuartel de Aumale, como el instituto de Aumale, eso es buena señal, piensa Rachel, a Jacob lo protege el duque de Aumale. Tenía unas notas buenísimas, siempre era uno de los primeros de la clase, primer premio de recitado y segundo premio de redacción, y eso que estuvo dos años sin ir a clase después de que lo expulsaran en 1941 porque Francia había decidido que los judíos de Argelia eran

indígenas de nuevo. El director del instituto convocó en su despacho a Jacob y a otros alumnos, los nombres de estos tenían una sonoridad que no dejaba lugar a dudas sobre su condición de elementos irremediablemente ajenos a Francia. Lo lamento, dijo, son las directrices, los chicos judíos ya no tienen derecho a asistir a nuestros centros. Jacob se lo quedó mirando igual que si le hubieran descubierto una joroba, bajó la cabeza murmurando, pero ¿cómo vamos a hacer para estudiar?, el director abrió los brazos y lanzó una mirada de soslayo al retrato del mariscal Pétain, colgado cerca de la ventana. Por la tarde, el profesor de inglés, el señor Adda, llamó a su puerta. A Rachel le daba apuro recibirlo en un piso tan pequeño, donde chocaban unos con otros; mandó a Madeleine y los niños al dormitorio, el señor Adda fingió no darse cuenta de nada, se sentó en una silla como si estuviese en el salón de fiestas del ayuntamiento y dijo: ese decreto es infame. Todos asintieron enérgicamente con la cabeza, sin entender, intuyendo que no podían sino estar de acuerdo con la palabra y el tono categórico que la impregnaba. A nosotros también nos han echado del instituto, no quieren saber nada de los judíos, ni como profesores ni como alumnos, así que hemos decidido seguir impartiendo clases a los chicos, será en mi casa, vendrás a las nueve todas las mañanas, puntualizó mirando fijamente a Jacob, les demostraremos que los judíos aspiran a la cultura por encima de todo. De ese modo, estudiando unas horas al día en el piso del señor Adda, hacinado en el comedor junto con sus compañeros, Jacob había aprendido todo el plan de estudios de segundo[3] con los ojos clavados en la alfombra, imantados por su dibujo, y al año siguiente, cuando volvió al instituto tras el desembarco de las tropas estadounidenses, hasta le dieron el primer premio en inglés, de tanto cantar en esa lengua, acabó dominándola, probablemente eso le permita a mi Jacob, mi vida, encontrar un buen puesto de trabajo, que Dios lo proteja dondequiera que esté, en el cuartel de Aumale, Francia ya no lo rechaza, al contrario, lo considera lo bastante francés para vestir el uniforme de su ejército, le ha limpiado la vergüenza de haber sido expulsado del instituto. Y Rachel le pregunta al teniente si puede enviar un telegrama a Constantina de su parte, para informar a los suyos de que aún no tiene pensado regresar, no hasta que haya podido darle un beso a Jacob. El oficial apunta la dirección, calle de Le 26e de Ligne, número 15, el nombre del padre, Haïm Melki, y le estrecha la mano a Rachel, que vuelve a la estación de Touggourt, donde le comunican que es demasiado tarde, el último tren acaba de salir. Está sola en la ciudad, por nada del mundo se le ocurriría buscar un hotel, nido de degenerados y timadores, así que le pregunta a un vendedor de verduras, ¿dónde queda la sinagoga de Touggourt? *Yahoud*, inquiere él en árabe, sí, contesta Rachel, ¿y tú? El vendedor se queda

mirando la línea tras la que desaparece el sol. Hace mucho tiempo, los abuelos de mis abuelos, y antes aún, eran judíos, ¿qué haces aquí sin tu marido? Estoy buscando a mi hijo, es soldado, estaba aquí, se ha ido, tengo que esperar el tren de la mañana para reunirme con él. Ven a mi casa, hermana. Y Rachel se sorprende siguiéndolo, sin más preguntas, entrando en una choza con suelo de tierra batida, donde su esposa da de mamar a un niño de dos años sentada en una estera. El hombre le explica a esta última el objeto de su presencia, la mujer inclina varias veces la cabeza en dirección a Rachel, sus labios sonríen, no así sus ojos. Él le pide a un chiquillo que está limpiando lentejas que traiga una jarra, una palangana con agua, fruta y galletas de anís para la invitada, nadie habla, las palabras resultan superfluas en la oscuridad naciente. Son ángeles, piensa Rachel, Dios me los ha enviado para que pueda descansar con tranquilidad, y los ángeles no hablan, lo sabe todo el mundo. El niñito, pegado a su madre, la mira de hito en hito a través de dos rendijas negras, tiene poco más o menos la misma edad que Gabriel, pero la frente no le arde de rabia, y cuando oscurece, esto es, minutos después de la llegada de Rachel, ayuda a su padre a extender las esteras en el suelo y recitan plegarias que a Rachel le cuesta comprender. Se acuesta vestida de pies a cabeza, al igual que sus anfitriones, también se pone a rezar, Dios mío, protege a todos mis hijos, protege a Jacob, que solo tiene diecinueve años, haz que pueda verlo mañana, que pueda besarlo en la frente, y se queda dormida hasta el alba, se despide entonces de sus anfitriones alargándoles un billete que ellos rechazan, se muerde los labios temiendo haberlos ofendido, pese a que ha puesto cuidado en precisar, es para los niños, para comprarles algo de ropa, zapatos, pero la cara del hombre se ha ensombrecido. Ella los bendice, a él, a su esposa, a sus hijos y a toda su descendencia, que gocen de buena salud, consigan un buen partido y se ganen la vida con honradez, va hasta la estación, compra otro billete de tren, cruza el desierto hacia el norte, Touggourt-Biscra, tiene hambre, pero se niega a tocar las vituallas para Jacob, bebe en las fuentes de las estaciones cuando el tren realiza una parada, le compra una torta y un poco de leche cuajada a un vendedor árabe por unas pocas monedas. Es la primera vez en su vida que viaja sola, podría tener miedo de equivocarse, de no ser capaz de llegar a destino, no sabe ni leer ni escribir, pero la certeza de que abrazará a Jacob al final de su periplo le insufla una fuerza que no creía poseer, Biscra-Msila, lo único que le incomoda es el aseo, el vagón, más caliente y húmedo que un *hamam*, está saturado de olores íntimos que hacen que se le crispen las ventanas de la nariz, se enjuaga bajo los brazos y entre los muslos en cuanto tiene oportunidad, pero no es un aseo en condiciones, le gustaría estar limpia para volver a ver a Jacob, le gustaría estar fresca cuando lo

estreche entre sus brazos, quiere que se sienta orgulloso de ella, aunque se arrepiente amargamente de haber dejado que las canas ganasen terreno desde la partida de Jacob, qué le vamos a hacer, la verá tal y como es, vieja, preocupada, afectuosa, Msila-Aumale, cada vez está más cerca de él, sonríe, el campesino que va sentado frente a ella cree que la sonrisa le está dirigida, se pregunta, ¿cómo es posible que una mujer de su edad se atreva a abordar así a un hombre?, permanece ceñudo, ¿qué se cree, que se muere de ganas de seguirla?, no se le acercaría aunque le pagase. El tren aminora la marcha, Rachel se apretuja contra los demás pasajeros frente a la portezuela, que alguien ha abierto pese a que el vehículo sigue en movimiento, todos comparten el temor de no disponer de tiempo suficiente para apearse en la estación. Un aire abrasador e hinchado de arena se cuela con fuerza por el pasillo del vagón, Rachel cierra los ojos, trastabilla, le pisan los pies, pugna por mantenerse erguida, por no parecer un animal entre una manada, eso nunca, se dirige hacia las carretas apostadas delante de la estación con andares de jovencita, llévame al cuartel de Aumale, le pide al cochero con una voz que a ella misma le resulta desconocida.

El cuartel de Aumale rebosa de franceses y estadounidenses, los idiomas de estos se superponen, en ocasiones conectados por la buena voluntad de un intérprete. El centinela mira a la mujer de la pañoleta humedecida de sudor, que aferra sus cestas como si llevara un tesoro. Vengo a ver a mi hijo, Jacob Melki. ¿Qué regimiento? No lo sabe, hace ya dos meses que se fue de Constantina y no ha vuelto a casa de permiso, no es normal, un teniente de Touggourt le ha dicho que está en el cuartel de Aumale, vamos, aquí. El centinela está fatigado, impaciente por que llegue el relevo, por cerrar los ojos durante una hora antes de cumplir su turno en la cocina, le ordena que espere sin ofrecerle asiento ni un vaso de agua. Rachel deposita las cestas y se enjuga la frente; puede permanecer de pie un rato más puesto que va a ver a Jacob. La sombra de la garita se alarga en el suelo, alcanza el bordillo de la acera, donde se pudre un corazón de manzana, y el centinela le señala al fin a su relevo, un soldado pelirrojo de ojos verdes y delicada piel que prefiere la sombra al sol, los libros a las armas, las mujeres y los niños a los soldados, que la deja entrar en el cuartel explicándole despacio el camino que ha de seguir hasta la oficina de reclutamiento. Aun así, Rachel se equivoca, se pierde, hace acopio de valor para pedir indicaciones. A la derecha, señora, en el primer piso, al final del largo pasillo, la última puerta de cristal a su izquierda. En la oficina que le han indicado, un soldado con gafas atiende apenas a su consulta, la manda a la planta baja, a la oficina número 28, ¿es a mano derecha o izquierda, hijo?, que Dios te

bendiga, dice Rachel, cuyas últimas palabras acaban de estrellarse en la puerta que el soldado le ha cerrado en las narices. Los reclutas y los oficiales andan todos muy atareados, atropellan a la desorientada señora de sesenta años sin verla, no se quede ahí, señora, ¿no ve que molesta? Rachel se percata de que ese ajetreo no es habitual, incluso en un cuartel, sus oídos captan palabras que revolotean a su alrededor, retazos de frases, de informes, oye antes de comprender, antes de que una secretaria que de repente siente lástima por ella le diga, pero, señora, su hijo se fue hace tiempo, está desembarcando en Provenza con nuestras fuerzas, pero si quiere puede,

Rachel ya no oye nada, suelta las cestas, se apoya en la pared, la barbilla sacudida por irreprimibles temblores. No llore, señora, puede estar orgullosa de él, repite la secretaria, ganaremos la guerra, la campaña de Italia es todo un éxito, su hijo está luchando por la patria. Rachel resiste para no dejarse aspirar por el agujero que se ha abierto bajo sus pies, alza los ojos claros hacia la secretaria, le tiende las cestas, tenga señorita, cógelas, dáselas a los demás soldados, hija, *rabbi aïchek*, que al menos a ellos les aproveche.

Antes de salir del cuartel de Argel, Jacob posó con sus camaradas delante de una réplica del Normandie y le mandó la fotografía a sus padres, tras escribir en el anverso a toda prisa: «¡Que viva el ejército francés! De izquierda a derecha, mis compañeros Ouabedssalam, Attali y Bonnin, creo que a mí me reconoceréis, no he cambiado tanto. Un beso a todos, a cada uno por su nombre. Vuestro hijo y hermano Jacob». Ouabedssalam, serio y sombrío, se agarra a la borda de mentira con la mano derecha y posa la otra sobre el hombro de Attali, que tiene un cigarrillo en la mano derecha y la izquierda apoyada en el hombro de Jacob, que ha cruzado las suyas por encima de la borda y sostiene asimismo un cigarrillo, su cuerpo parece relajado, distendido, irradia seguridad; a su izquierda, Bonnin sale con un aire un tanto temeroso, en absoluto bélico, no luce la seguridad del uniforme, al contrario que los demás, cuyas miradas están teñidas de una virilidad insolente, da la impresión de que está ahí para recordar que van disfrazados, que no puede ir en serio eso de mandar a unos críos de dieciocho años al frente haciéndoles cantar La Marsellesa justo antes. Haddad no aparece en la foto, no quiso hacérsela, aseguró que daba mala suerte.

En Philippeville, los días de verano, se marchaban por la mañana encajonados en el automóvil de Isaac y regresaban por la noche sin el lastre de un generoso pícnic, lo llamaban irse de vacaciones. Rachel no se quitaba ni una sola prenda de ropa en la playa, y en sus ojos se sucedían la reprobación hacia las mujeres en traje de baño y el gozo

de ver a sus hijos conducidos hacia las olas por una súbita embriaguez; incluso Abraham parecía feliz aquellos días. El mar estaba azul, caliente, no era aquel manto negro que llevaba entre sus pliegues buques de guerra gris claro que, tan pronto como el sol se ocultaba, se revestían de un gris antracita. Sin luz no hay colores, piensa Jacob, a quien le sorprende acordarse de esa frase pronunciada por su profesor de ciencias. Attali acaba de vomitar por tercera vez, Ouabedssalam no ha dicho ni pío desde que embarcaron, Haddad ha desaparecido, alguien afirma que lo vio tirarse por la borda cuando salieron del puerto de Argel, Bonnin silba, dice, por fin volvemos a Francia, vamos a demostrarles a esos boches de lo que somos capaces, escupe en el suelo, las palabras parecen provenir de otra boca, lo mismo que el escupitajo, hasta ahora se le veía muy tímido, pero ha sido embarcar en el Gloire y el endeble de Bonnin se ha enardecido.

Las sombras de los barcos giran lentamente a su alrededor. No se dirigen a Génova, como cree el enemigo, sino que van a sorprenderlo en Provenza. Jacob no sabe si siente miedo, lo han convertido en soldado, la palabra comporta otra forma de moverse, vestirse, comer y dormir, de emplear su cuerpo y sus fuerzas, y pronto significará matar o que lo maten. Le gustó verse reflejado con el uniforme en un escaparate de Argel durante el permiso que les concedió el comandante antes de marcharse, aunque todavía no sabían que se marcharían. En la plazoleta Bresson, frente a la ópera, las chicas se les acercaban con indolencia, ellos fingían no verlas y a veces se daban la vuelta y las sorprendían entre risas sofocadas, con la mirada aún enganchada en ellos, entonces les lanzaban un guiño; se sentían como los reyes de la ciudad, igual de misteriosos e irresistibles que los vaqueros de La venganza de Frank James. Le gustó que el vendedor de limonada les regalase las bebidas e insistiese en que se tomaran un anisete, los soldados de Francia tenían derecho a relajarse, una copita nunca le ha sentado mal a nadie, al contrario. En el quiosco de música, un hombrecillo con gafas, todo vestido de blanco, cantaba canciones realistas al tiempo que jugaba con su canotié. Más allá, apoyado en una palmera, había un adolescente de cuerpo enjuto que lo miraba con un deseo más manifiesto que el de las chicas de la plazoleta, y Jacob se quedó cortado unos instantes antes de volver la cabeza para tararear con el cantante, pero los ojos del muchacho siguieron ahondando su huella en la nuca, en la curva de su espalda, ¿en qué notamos esa clase de cosas, una mirada que se clava en nosotros, incluso de espaldas?, no había explicación.

Tumbado en cubierta, Jacob trata de rememorar el calor que pasó aquel día, el reconfortante frescor del anisete en su garganta, la alegría de la muchedumbre e incluso los rasgos enigmáticos del muchacho, pero se siente aletargado y su cerebro a duras penas logra

transmitirle algo que no sea el zumbido sordo de esa noche, en la que el mar parece más poblado que la tierra, más de mil buques hacen la ruta con ellos, decenas de miles de hombres, cuando se detiene a pensar en ello, le da la impresión de que encoge hasta convertirse en un grano de arena en la inmensidad, la cabeza le da vueltas, es todo y nada a la vez. Para ser todo en vez de nada, tendría que haber notado contra él a una de esas chicas de Argel, una boca sobre su piel, unos brazos rodeándolo, tal vez los de Lucette, no, Lucette no, la conoce de toda la vida, podría ser su hermana, aunque el día de su partida, el temblor que recorrió el rostro de la muchacha y la hizo tartamudear expresaba algo distinto. Ve a ver a las chicas, le había dicho su padre dándole un billete después de los exámenes finales de bachillerato, pero se los había gastado en Chez Alex con sus amigos, no podía, no quería estar en los brazos de una mujer a la que no conocía de nada, desvestirse delante de ella, dejar que le tocase el bajo vientre, donde con demasiada frecuencia parecía avivarse aquella agradable quemazón, no sabía si tenía ganas o si le repugnaba. De noche, a veces percibía movimientos bajo las sábanas, a pesar de que Abraham y Madeleine procuraban hacer el menor ruido posible, oía gruñidos refrenados, se daba la vuelta y recitaba de memoria todas las tablas de multiplicación, del derecho, del revés, deteniéndose aun así de vez en cuando para espiar los suspiros reprimidos, el chapoteo de las carnes al juntarse. Comprendía y, sin embargo, no comprendía lo que estaban haciendo, hasta el día en que sus dudas quedaron despejadas y lo supo, era el secreto de los hombres y las mujeres cuando caían las prohibiciones; el contacto que suscitaba tantos cuchicheos entre las mujeres, risas entre los hombres, miradas extraviadas en vasos de alcohol, desembarcamos dentro de tres horas, se dice, otra noche más en vela y nunca he dormido con una mujer, pero pronto sabré qué es la guerra, que comienza con fuertes bombardeos en las azuladas costas de Provenza, silbidos, explosiones en cadena, estelas de atronador estruendo, la artillería y la aviación bombardean las baterías alemanas, las nubes de polvo se tragan el paisaje, que empezaba a perfilarse con el alba, las ondas expansivas los atraviesan y se les acelera el corazón, se les estremece el pecho, las órdenes vociferadas por el comandante se repiten en cadena, dentro de treinta minutos, quince, diez, aprestad los fusiles, comprobad las municiones, en filas de dos para desembarcar por las pasarelas, les reparten un poco de algodón que meterse en los oídos a fin de prevenir la sordera, están de pie, apretujados los unos contra los otros, hacinados en la proa del buque, intercambian miradas de chavales que se disponen a hacer una jugarreta, borrando de antemano las consecuencias, los guiños se multiplican como un enjambre de mariposas sobre sus rostros bien afeitados, en los que se aprecian espinillas, rasguños, poros dilatados,

cutis de melocotón, todo saldrá bien, estamos juntos, permaneceremos juntos, no somos nosotros quienes han de morir, sino los boches, saldremos con vida de esta. Están listos, ansiosos por desentumecerse las piernas, por abandonar el Gloire, pero la espera es interminable, se prolonga más de diez minutos, patalean de impaciencia, entonan el canto que murmura en su rincón el cocinero, un excombatiente de la Gran Guerra, tratando de alzar sus voces de bajo por encima del fragor que aplasta los pinares, Somos los africanos, llegamos de un lugar lejano, venimos desde las colonias, para salvar a la Patria, Hemos dejado todo atrás, padres, chozas y demás, y en el corazón tenemos un ardor invencible, pues queremos llevar con orgullo y bien visible la hermosa bandera de nuestra Francia entera, y si alguien se atreve a tocarla, ahí estaremos nosotros, dispuestos a morir a sus pies, Resonad tambores por nuestros amores, por el país, por la Patria, morir en un lugar lejano, somos los africanos, hasta el momento en que el grito ¡Desembarco! los libera y desencadena un clamor alimentado por sus voces, Desembarco, Desembarco.

En Cavalaire, tras las nubes de polvo hechas jirones, el turquesa y el esmeralda de las aguas rivalizan hasta la línea que trazan bruscamente las rocas rojas de los acantilados, unos pinos corren por la cresta, casi se diría que están en Argelia, si bien algo indefinible indica que no es así, pero Jacob no sabe decir qué es, la luz, la tonalidad de las rocas, su tamaño, la conciencia de que se trata de Francia, se queda sin aliento; un segundo antes de que desaparezca de su vista ese paisaje que lo invita a la ensoñación, hay que correr por la pasarela olvidando el peso del petate, protegiendo el fusil, hay que recorrer los últimos metros en el agua caliente, que vuelve los uniformes pesados, son decenas, centenas los que corren ahora por la playa de arena fina al son de los bombardeos de artillería que continúan al este, ¡adelante!, grita su comandante, y la orden se propaga de hombre en hombre dándoles una inédita sensación de poder, son uno y cientos a la vez los que han dejado de pensar y avanzan veloces, nueve kilómetros a pie no suponen nada, ¡demostradme lo bien que corréis!, grita el comandante, y gana el que corra más rápido bajo el sol de Provenza, donde los grillos se han callado, aterrados por los bombardeos, inmóviles todos los animales e insectos porque ninguna señal, ninguna sacudida telúrica profunda les había prevenido de que la tierra temblaría.

Las retinas de Jacob distinguen un letrero, Ramatuelle, Saint-Tropez, dieciocho kilómetros, casas de piedra, tejados con tejas color carmín, pinos, olivos, un campo de lavanda que atraviesa despavorido un conejo que no encuentra la madriguera o que, curioso, temerario, ha decidido participar en la carrera de la 3.ª División de Infantería argelina, para la cual el desembarco no comienza por un combate,

sino por una formación en Gassin, donde el cuartel general prepara el asalto que liberará Toulon, capital del departamento de Var, piensa Jacob de forma mecánica, estrechando contra sí su Mas 36, tratando de aquietar la respiración. Apenas si les dejan beber un agua caldorra, comer unas pocas galletas, las raciones del ejército b no han llegado todavía a la base, donde las radios crepitan; les dirigen hacia Bormes-les-Mimosas. Ha anochecido y el calor acumulado a lo largo del día ha atraído la tormenta, la lluvia azota a los soldados, les corta las mejillas, les clava agujas en los ojos, esta vez recorren treinta kilómetros a pie. De vez en cuando, un relámpago ilumina sus siluetas de insectos gigantescos, y el estrépito, la lluvia, la luz que los baña y los paraliza crea en ellos la ilusión de hallarse en mitad de un sueño, en un lugar en el que una brujería desconocida desataría todas sus fuerzas, Dios mío, Dios mío, repite Jacob, Dios mío, Dios mío, murmuran sus compañeros, es la única palabra que les asoma a los labios, sienten Su presencia muy cercana, solo Él es capaz de orquestar semejante espectáculo, pero por la mañana escampa y Dios parece haber desaparecido. Atraviesan Bormes-les-Mimosas con los fusiles en ristre, el pueblo está desierto, los aldeanos, encerrados en sus casas, aguardan el momento en que un oficial francés les anuncie que los han liberado realmente, pero el comandante de la unidad no les da esa alegría, teme que lo retrasen los abrazos, los bailes, el vino que saldría de las bodegas, debe conducir a sus hombres al combate, más lejos, Bormes-les-Mimosas tendrá que esperar un poco para proclamar su dicha. Jacob lee lechería, carnicería, panadería, es su lengua, los mismos letreros que en Argelia, después de todo tal vez sea Francia la que se parece a Argelia y no al revés. Attali le pregunta al comandante si pueden pararse un momento para mear, ni hablar, contesta el oficial, mea mientras caminas, pero eso es imposible, mi comandante, no puedo controlar todos los músculos a la vez. Va a conseguir que lo arresten, piensa Jacob, en clase con un comentario de ese tipo le habría caído una buena, pues mea en treinta segundos y luego nos das alcance, le responde el oficial. Otros dos muchachos se detienen con Attali, es para ponerle pañales, mi comandante, y se echan a reír, toda la formación se relaja, en realidad, la guerra no es tan terrible, se parece como dos gotas de agua a la instrucción, es hasta más agradable, el entorno es bucólico, el comandante, más humano que el subteniente, ya están llegando a La Londe-les-Maures[4], caramba, pero si es tu pueblo, le grita Bonnin a Ouabedssalam, es tu tierra. Ouabedssalam se encoge de hombros y vacía la cantimplora, se nota la garganta aún más seca, le gustaría sumergirse en el mar en vez de caminar por una carretera como un borrego, pero hoy bañarse significaría desertar. En la linde de un pinar, en las estribaciones de Hyères, los reciben unos gi[5]. Juntos se lanzarán al ataque contra los

alemanes que resisten en esa zona, escondidos en sus blocaos. Las fuerzas se dividen en grupos de diez, en los que se mezclan tiradores con bazucas y soldados armados de fusiles, los bazucas para resquebrajar el hormigón, las balas para desgarrar las pieles, los hombres avanzan en semicírculo hacia los boches, a los que los estadounidenses llaman *germans*, Jacob pega un mordisco a una barra de chocolate que le tiende un gi y responde con un segundo de retraso a la señal dada por el comandante, se sobresalta. Los obuses que explotan en los blocaos precipitan el avance de sus tropas, los soldados alemanes se cuelan por unos túneles tratando de escapar y aparecen en la maleza, a escasos metros de ellos, cual marionetas controladas por hilos invisibles. Jacob carga el fusil y dispara. Una bala, dos, tres, cuatro, deja de contarlas, como tampoco cuenta los cuerpos que se derrumban ante él, abatidos en plena carrera, no dispara a hombres, dispara a sombras que debe eliminar sin reflexionar, su mano izquierda encuentra los cartuchos como si fuera el único gesto que hubiese hecho nunca, sus ojos localizan a los soldados que debe derribar, su índice derecho aprieta el disparador en el acto, no imaginaba que sentiría esa tempestad en el pecho, la resonancia de las explosiones lo eleva, no ve a los compañeros que caen en sus filas, solo tiene ojos para los que visten ese uniforme negro que suscita en él un odio inesperado. Junto a él, Attali y Ouabedssalam también disparan a discreción, descargan ráfagas de balas, expulsan su flamante violencia, poderosos, poderosos, Jacob divisa a Bonnin escondido detrás de una roca, con los dientes castañeteándole, Bonnin, ven, pero Bonnin no se mueve. ¿Te han dado? Bonnin no contesta, tiembla, ven, anda, nos los vamos a cargar a los boches esos, no te quedes ahí, ven con nosotros, y Jacob dispara a otro alemán al mismo tiempo que levanta a su compañero con la mano libre, tira de él por el pinar, que empieza a arder bajo el efecto de las explosiones, el incendio se desata como si llevara días incubándose y hubiera retenido las llamas durante tanto tiempo que ahora se propagan como bailarinas demenciales, los pulmones de los alemanes y de los aliados se saturan del mismo aire ardiente, unos goterones de sudor invaden los rostros de los soldados, que notan cómo el arma se les escurre de las manos y lanzan gritos de rabia para impedirlo, serás cabrón, no es momento de dejarme en la estacada, formas parte de mi cuerpo, tú y yo somos indisociables, mata, mata, que ya me ocupo yo de pasar entre las llamas, de sostenerte hasta que acabe el combate, sin ti no soy soldado, ya no tengo razón para estar aquí dando brincos por las colinas de Provenza, bajo el sol, cuyos rayos no hacen sino aumentar el calor, me arden los párpados, tengo las mejillas abrasadas, agua, dadme agua y seguiré combatiendo día y noche, esas son las palabras que a ninguno de ellos les da tiempo a

pronunciar, pero que su voluntad les insufla, Bonnin se desploma, ¿ha trastabillado?, ¿lo ha alcanzado una bala?, Jacob se lo echa a la espalda, sorprendido por el peso que nota de pronto sobre él, Bonnin es liviano, un palillo, pero su cuerpo tenso le resulta pesado, y los pertrechos añaden unos cuantos kilos más. Jacob aprieta las mandíbulas, baja a todo correr por una pendiente acolchada de agujas de pino y tropieza con una raíz que sobresale de la tierra. Entre las imágenes que se precipitan en ráfagas ante sus ojos, localiza una granja más abajo, agazapada entre la colina y la carretera flanqueada de adelfas y retamas, ha reconocido los uniformes estadounidenses apostados tras la metralleta, cojea y corre a la vez, con la carga a la espalda y la culata del fusil de Bonnin clavándosele en las costillas, grita *French force*!, *French force*!, y el grito le da fuerzas para llegar hasta la granja y echar abajo el portón del establo justo antes de derrumbarse con Bonnin sobre la paja empapada de orina y tan refrescante.

Les dan agua, les felicitan por esa primera victoria, ellos alzan el puño recto hacia el cielo porque saben que es así como deben hacer, porque de pronto se creen capaces de ganar la guerra. Ahora avanzan hacia Hyères. La euforia se ha desvanecido, los cuerpos se arrastran con paso tambaleante por la carretera. Necesitarían un descanso antes de asaltar el Golf-Hotel, desde el cual los alemanes han frenado el avance de los carros de combate que se dirigen a Toulon, pero el tiempo apremia, el comandante quiere evitar a todo trance que el enemigo reciba refuerzos. Las frases secas que emanan de las radios rebotan en los cascos que envuelven sus cráneos doloridos. Dentro de estos, picadillo, calor infernal, hedor de carne achicharrada, de vísceras al aire libre, sabor a sangre, incluso en el caso de los que no han resultado heridos. Aturdidos, se sienten incapaces de expresar mediante palabras lo que acaban de vivir. Ya no se trata de un juego, un entrenamiento, han matado de veras. Se preguntan qué diferencia hay con unos blancos de cartón. Las imágenes del pinar en llamas y los gritos de los heridos les atraviesan la mente y revelan la respuesta. Gargantas abrasadas, lenguas sedientas, oídos sordos, todos oyen explosiones, no saben si estas tienen lugar en su cabeza o a varios kilómetros de distancia.

Bonnin, rezagado, se las compone para recorrer la fila y colocarse cerca de Jacob. Le sonríe, agradecido por lo de hace un rato, cuando Jacob lo arrancó del terror que lo invadía y lo llevó hasta la granja, se sintió protegido por ese muchacho un año menor que él, a salvo sobre su espalda, como a hombros de un padre, confiado, sin tener que tomar ninguna otra decisión, son cosas que no se dicen pero que Jacob entiende, inclina la cabeza ante los agradecimientos mudos de Bonnin

y continúa andando como los demás, con los ojos entrecerrados para filtrar la luz blanca y el polvo que levantan las botas.

El comandante del pelotón observa a sus hombres exánimes, confirma por radio al cuartel general, sí, se dirigen hacia el inmenso Golf-Hotel de hormigón que domina el valle, lo tomarán por el norte y por el oeste, lo harán volar en pedazos, reducirán al enemigo a la nada, pero antes necesitan dormir y comer o enviarán a los soldados a una muerte segura, uno puede permitirse perder hombres por una victoria, pero no por una derrota, le dan la autorización. La palabra «parada» recorre la fila como un estremecimiento, los soldados oscilan, a punto de desplomarse. A la derecha, en el pinar, transmite Attali, que desde el final del combate camina junto al comandante con la expresión cándida y ufana de un muchacho que trata de agradar a su padre.

Los ojos de Jacob se abren, la mirada se le queda prendida en los pinos, se disuelve en el cielo azul, qué suave parece el aire de repente, y el silencio, nada amenazador, solo turbado por el infatigable trajín de cigarras, grillos y libélulas. Una abeja zumba alrededor de su casco, ella también hace una parada entre un campo de lavanda y su colmena, Jacob tiene la impresión de que el animal está tratando de decirle algo. Pero, piensa, si las abejas no tienen voz, no hablan, es el frufrú de sus alas lo que produce ese sonido, y este lo lleva de vuelta a las gargantas del Rhumel, meses atrás, mil años atrás, percibe el fluir del río, se quita el casco, se deja caer sobre la tierra como los demás, a la sombra de un árbol, cierra los ojos. Se aísla en una visión que solo le pertenece a él, para nadar, sentir el sol en la piel, soñar alzando la vista hacia el puente colgante que se recorta en el cielo. Hunde la cabeza en el hueco de su brazo flexionado, la abeja le roza la mejilla, se le posa en la frente y la explora unos segundos, el contacto de las minúsculas patitas le hace estremecerse, acaríciame la frente, sigue acariciándome, pero la abeja, asqueada por el sudor que resbala en hilillos centelleantes por las sienes del joven, alza el vuelo bruscamente.

Pon la radio, hijo, le pide Rachel a Gabriel. No le permiten tocarla cuando los hombres están en casa, pero Haïm y Abraham se encuentran en la zapatería y a él lo han castigado porque ayer robó un puñado de pistachos en una tienda, a Abraham se le congestionó la cara al ver irrumpir al tendero con Gabriel, a quien el hombre sujetaba por el cuello de la camisa y prácticamente estrangulaba, avergonzando al padre delante de dos clientas suyas, encantadas de presenciar la afrenta. El niño estuvo toda la tarde de rodillas, con las manos en la cabeza, de cara a la pared sin poder moverse, nadie le dirigía la palabra, los clientes entraban y salían sin que su presencia

en aquella posición les causara extrañeza, y ya por la tarde, en la habitación de los abuelos, bajo la mirada socarrona de la tía Yvette, su abuelo le arreó veinte azotes, la próxima vez serán cien, ¿sabes contar hasta cien?

Se ha pasado la mañana cargando litros de agua hirviendo para ayudar a Madeleine a hacer la colada, luego se ha doblado en dos bajo el peso de las cubas que tenía que subir a la azotea y ahora se toma su tiempo para girar la rosca del dial. Rachel le acaricia el pelo, animándolo a sintonizar la frecuencia adecuada, él prolonga la búsqueda, postergando el instante en que una voz se estabilice en el aparato, entonces, Rachel le dedicará una mirada gratificante que durará un segundo, tendrá derecho a otra caricia, luego lo apartará, le pedirá que se calle, dejará de existir para ella; ya está, ya ha encontrado la frecuencia. Rachel se tiende hacia la voz que pronuncia entre chisporroteos las palabras patria, liberación, arrojo, héroes valientes, Toulon libre, Marsella libre, el ejército B del general de Lattre de Tassigny acumula victorias, nada puede detener el avance de nuestros soldados contra el enemigo alemán, las palabras recorren miles de kilómetros para proclamar la gloria del ejército francés y sus aliados, la operación Dragoon es todo un éxito, las fuerzas francesas llevan cuarenta días de adelanto respecto a las previsiones estadounidenses. El locutor habla demasiado rápido para Rachel, que escucha inmóvil en el sillón de Haïm, cuando él no está disfruta de la libertad de ocupar su asiento o sencillamente de descansar la espalda, con una mano en la radio para alentar al desconocido a pronunciar el nombre de Jacob, a confirmarle que se encuentra bien, que sigue vivo, indemne, y pronto volverá a casa. En la otra mano sostiene la foto que su hijo le envió antes de zarpar, de él y sus tres compañeros en el Normandie, cree que se trata de un barco de verdad y no de un decorado con una borda de mentira, lo cierto es que no conoce esa palabra, ella diría barandilla. Jacob la mira tiernamente con sus ojos claros y profundos, no se puede negar que posee algo más que el resto de sus hijos, una bondad que nada tiene que ver con la sumisión, una facilidad pasmosa para caerle bien a todo el mundo, para tener éxito allí donde los otros tres han fracasado, en los estudios, por supuesto, pero, básicamente en la vida, fomentando relaciones afectuosas y dulces con los demás, al contrario que sus hermanos, que siempre dan la impresión de estar en guerra unos con otros, consigo mismos, no hay comida de familia o celebración en la que no lluevan los reproches, gastas demasiado, no ayudas bastante a nuestros padres, ¿creéis que esto es un hotel?, le han preguntado varias veces a Abraham delante de Madeleine, que reacciona sonrojándose. Jacob, en cambio, ha terminado el bachillerato, esta mañana llegó la carta con el membrete del Ministerio de Educación, Rachel lanzó varios yuyús

cuando Gabriel se la descifró, enseguida se puso a preparar buñuelos, unos *sfériètes* ligeros que ha puesto a remojar en una ensaladera con almíbar. A Jacob le chiflan, se cogió un empacho por su Bar Mitzvah; cuando el peluquero vino a casa a cortarle el pelo, ya se había comido al menos unos veinte. Hoy, Rachel los ha preparado para celebrar que le han dado el título, debe actuar como si estuviera ahí, como si en breve su voz fuese a resonar en la calle y sus pasos en la escalera, nunca se sabe, el corazón de una madre es capaz de obrar milagros, y los platos que se preparan con amor tienen grandes poderes, es lo que se dice a sí misma mientras bate los huevos con mano briosa, espolvoreando la harina en una lluvia menuda para evitar que se formen grumos. El chisporroteo se intensifica en la radio, da paso a un pitido agudo que despierta a Camille y a Fanny, que dormitaban en el colchón, abatidas por el calor de ese mes de agosto, Ginette llora, es su nueva hermanita desde hace un par de semanas, eran dos en el vientre de Madeleine, pero Ginette volvió sola del hospital, la otra niña murió durante el parto, tal vez sea mejor así porque no habrían sabido dónde meterla y en el piso habría llantos por partida doble. Madeleine se desasosiega, siente en ella la mirada de Rachel reprochándole los gemidos de su hija, aprieta a la niña contra su cuerpo y le mete a la fuerza el pezón en la boca, pero la cría mueve la cabeza a un lado y a otro, se resiste, no quiere comer, no tiene hambre, esa no es la razón por la que llora. Calla, *binti*, murmura quedamente Madeleine meciéndola, sacudiéndola, la vida ya es bastante dura de por sí. Mira de hito en hito a Gabriel, que trata de dar de nuevo con la frecuencia para Rachel, el niño tiene hambre, pregunta si puede comer *sfériètes*, no, le contesta su abuela, hay que esperar a que lleguen los hombres, tómate un vaso de agua para que se te pase el hambre. Gabriel aprieta la mandíbula, se diría que está deseando matar a alguien y no a alemanes precisamente.

Liberaron Toulon, liberaron Marsella, adondequiera que iban los recibían en loor de multitudes, en solo unos instantes pasaban de los combates al alborozo de las calles, del mismo modo que en una película se pasa de un país a otro en menos de un segundo. La primera vez les sorprendió, la alegría, la exultación, los aplausos, los niños, las chicas que se arrojaban en sus brazos, los hombres que les daban abrazos, algunos decían, señalando a los tiradores senegaleses, mira, los africanos, son francamente negros. Querían fotografiarlos, les ofrecían caramelos y flores, ellos sonreían, daban las gracias, descubrían el orgullo de los héroes vitoreados, tenían la impresión de que la guerra se había terminado, de que iban a detenerse allí, pero tuvieron que partir de nuevo, atravesar el valle del Ródano hasta Lyon, que también liberaron, ayudados desde dentro por los miembros

de la Resistencia, y es en una taberna de Caluire donde Jacob conoce a Louise. Ella tiene dieciséis años, aparenta veinte, lleva el pelo corto, rebelde y lleno de sedosos remolinos, ronda alrededor de los soldados mirándolos intensamente con expresión seria, se fija en Jacob, a quien los demás han pedido que cante. Él comienza por su repertorio clásico, Piaf y Chevalier, y luego, como por arte de magia, los soldados musulmanes sacan unos *darbukas* de sus abrigos y se ponen a martillear las pieles tirantes con las yemas de los dedos, se diría que apenas las rozan, pero los tableteos se aceleran y llenan el local. Jacob canta una canción de Salim Halali, «*Dour biha ya chibani, dour biha*», Gira, amigo, Baila y gira alrededor de ella, Es rica la bella, Y muchos te envidiarán, Ensillad mi caballo, Con hermosos arreos, Que mi montura sea digna, De la reina Halima, Ensillad mi caballo, Agua fresca y limón, Que mi montura sea suave, Para la reina Taus, Ensillad mi caballo, Traed los regalos, Que mi montura sea hermosa, Para la reina de las pelirrojas, en la taberna todo el mundo da palmadas, marca el ritmo, los musulmanes permanecen concentrados en sus instrumentos, galopan sobre caballos, y el más mínimo descuido podría acarrear una trágica caída. Los clientes están encantados con ese ritmo que no les deja alternativa, descubren que la música puede hacerles entrar en trance, la voz de ese joven electriza sus emociones y deseos a flor de piel, la gente baila sobre las mesas, sobre la barra, hay parejas besándose en los labios. Louise sigue observando fijamente a Jacob, que continúa con una canción de Cheikh Raymond, Lafayi Surour, sus compañeros se la saben de memoria, les basta con que Jacob dé el título para lanzarse tras él. Cuánto se parece a mi hermano, piensa Louise, ha de ser judío, así que cuando Jacob saluda a la multitud entre Attali y Ouabedssalam, que lo felicitan, Louise se desliza a empujones entre los hombres y mujeres que le cierran el paso, las mujeres en particular quieren acercarse al cantante con cara de ángel, pero nada puede detener a Louise, ha visto cosas peores, se llega hasta Jacob y le tira de la manga espetándole sin más preámbulos, cantas bien, ¿eres judío? A Jacob le sorprende la pregunta, la confunde con un chico hasta que atisba la protuberancia de los pechos por el escote de la camisa, advierte que solo tiene una oreja, una espantosa cicatriz abultada revela la ausencia del órgano en el lado izquierdo. Louise está acostumbrada a que las miradas vayan a posarse ahí, se lleva la mano a la cicatriz instintivamente, ves, a pesar de que oigo a medias sé que cantas bien, ¿me das? Jacob le alarga el vaso de whisky, intrigado por la chica, no obstante, ha visto centenares de chicas desde que desembarcó en Francia hace apenas quince días, se ha hecho a esas pieles más claras que las de Argelia, a ese acento más dulce, más melodioso, un piar de pájaro que va perdiendo sus notas agudas a medida que se acercan al norte.

Permíteme darle un beso al apuesto cantante, dice una chica apartando a Louise. Jacob se deja hacer, son numerosas las muchachas que han posado los labios contra los suyos en todas las ciudades liberadas, no siente nada, es como estrechar una mano, la chica le pregunta cómo se llama en el momento en que Jacob le hace la misma pregunta a Louise, y las dos respuestas se superponen, Louise, Jacob, pero mi verdadero nombre es Léa, añade Louise, aunque ya nadie sabe que me llamo así, ¿salimos? Jacob aparta con un amable empujoncito a la otra chica, que lo tiene enlazado por el cuello, pero inmediatamente se pone a buscar a un nuevo soldado, él y Louise se abren paso hacia la salida. Le ofrece un cigarrillo, ella lo acepta inclinando levemente la barbilla, fuman en silencio, sentados en la acera. Louise tiene una manera imperiosa de exigir su presencia, Jacob vacila, pregunta, ¿quién te lo hizo?, ella contesta, te pareces mucho a mi hermano, ¿dónde está?, sigue preguntando Jacob, no lo sé, ¿estás sola aquí?, sí, ¿y tus padres?, ¿me das otro cigarrillo?, son buenos.

Jacob saca la cajetilla de Camel del bolsillo agregando que son americanos. Bajo el tenue resplandor de la llama, la cicatriz de Louise adquiere un tono rojo ladrillo, sus largas pestañas proyectan delgadas sombras sobre sus ojeras, sus labios palo de rosa se redondean en torno al cigarrillo. Ella le sostiene la mirada, Jacob la escruta, recorre los pómulos altos, nimbados de vello dorado, desciende hacia el cuello grácil, sube hasta los ojos oscuros, desde cuyo fondo lo llama una luz. Louise da una calada al cigarrillo, a continuación lo introduce con suavidad entre los labios de Jacob, se lo vuelve a llevar a los suyos, el juego dura unos instantes, la saliva de ambos apenas se mezcla como para que puedan captar su sabor, pero sí lo suficiente para detectar una humedad diferente, Louise aplasta el cigarrillo en el suelo y se levanta de buenas a primeras, se aleja sin molestarse en comprobar si Jacob la sigue, no tiene ninguna duda al respecto, y en efecto, ahí está él, le rodea la cintura, adivina las caderas puntiagudas de la muchacha a través del pantalón de hombre, parece Gavroche, piensa él, o Éponine vestida de chico para ir a las barricadas. Es la primera vez desde hace meses que el recuerdo de una de sus lecturas acude a su memoria de forma espontánea, sin que lo haya buscado, unas palabras de Víctor Hugo se cuelan en su mente:

> De la penosa vida en los albores
> tú no sabes la infancia lo que es bella;
> niña, no ansíes nunca salir de ella
> y llegar a esta edad de los dolores
> en que es el alma sucesivamente,
> o rebelde o sumisa

en que tan tristemente
a menudo es la risa
más amarga quizá que el mismo llanto.

La voz de Louise se une a la suya y prosigue, como si llevasen mucho tiempo perfeccionando ese dúo:

Tu edad despreocupada
es tan dulce que pronto se la olvida.
Se pierde en nuestra vida
cual se deshace brisa perfumada
o alegre voz que huye debilitada,
se pierde como alción sobre los mares.[6]

¿Sabes lo que es un alción?, se preguntan al mismo tiempo, con la voz teñida del mismo orgullo de saber. Louise esboza una sonrisa, siguen descendiendo hacia la ciudad, toman por un pasaje que se interna entre los edificios descubriendo patios interiores gigantescos y tenebrosos como grutas que dejan impresionado a Jacob, los llaman *traboules*, le explica Louise, me han salvado la vida. Jacob no trata de averiguar cómo, ha caído en la cuenta de que no obtendrá respuesta, quizá más tarde, por el momento, Louise se orienta en el laberinto cual experta comadreja, acelera, obligando a Jacob a hacer lo mismo. Este renuncia a enlazarla por la cintura, ya no parecen dos jóvenes amantes de paseo, sino más bien dos soldados recorriendo a grandes trancos un cuartel general, Louise sube los peldaños de una escalera cuyos desconchones de yeso dibujan nubes leprosas aquí y allá, al llegar a un rellano, empuja una puerta y Jacob la sigue.

La lámpara de petróleo ilumina débilmente una silla, una mesa, un estrecho camastro de hierro, una bicicleta arrimada contra la pared, varias prendas primorosamente dobladas en el suelo. En la pobreza de la habitación, lejos del gentío, a Louise se la ve más menuda y de pronto aparenta su edad. Jacob se siente violento, no sabe cómo han llegado hasta ahí, ni por qué, sí, ambos saben bien por qué, pero no lo han formulado, ella le dice, siéntate. Él se despoja de la guerrera y se acerca la silla, no, en la cama, él obedece, el somier emite unos gemidos sofocados, encima de este reposa un colchón hundido, aunque a Jacob se le antoja mullido, había olvidado que uno puede volver a la misma habitación todas las noches y acurrucarse en la misma cama. Louise se arrodilla para desatarle los cordones de las botas, él se siente incómodo, ella percibe el envaramiento que se ha apoderado de él, se justifica, no sé por qué, pero me divierte desatar los cordones. Él contempla los dedos ágiles que se afanan con las correas, turbado por sus movimientos decididos, se pregunta si acaso

también le va a quitar los calcetines y a desvestirlo por completo. Pero la muchacha se sienta a su lado en cuanto termina, él le coge las manos, se inclina para besárselas y se queda ahí, con la cabeza recostada sobre su regazo, atento al vientre que se eleva con cada inspiración dispuesto a acogerlo. Un gesto de él, quizá de ella, se dejan caer hacia atrás y se tumban, abrazados muy estrechamente el uno al otro, la angostura de la cama no les deja otra opción. El olor de sus ropas se mezcla, aceite, sudor, jabón blando, sus alientos se confunden, alcohol y néctares de juventud, permanecen varios segundos sin moverse, después sus manos se aventuran por el rostro del otro para dibujar los rasgos que hasta ahora se han limitado a contemplar, descubren la textura de sus pieles. Él le besa los dedos otra vez, es cuanto se atreve a hacer, pareces un pajarillo, un tordo, Louise, ¿conoces la canción que lleva tu nombre?, no, no la conoce. Jacob se incorpora ligeramente apoyándose en los codos, *Every little breeze seems to whisper «Louise», Birds in the trees seem to twitter «Louise», Each little rose tells me it knows I love you, love you*, canta despacio, pronunciando con claridad el nombre de Louise, transformando la jovial melodía en un canto profundo y grave. Pero si te he dicho que ese no es mi nombre, me llamo Léa, ¿conoces alguna canción que hable de alguna Léa? No, no se le ocurre ninguna, y se la ve tan decepcionada que le gustaría inventar una, pero no le vienen las palabras, puede cantar o quedarse callado, se quedan callados.

Ella en el hueco del hombro de él, ambos inmóviles, saborean el silencio en pareja, los cuerpos acoplados, ¿de dónde eres?, pregunta Louise, él responde, de Constantina. ¿Dónde está eso? En Argelia. Lejos entonces. No tanto, solo tardamos en venir un día y una noche en barco, yo también pensaba que Francia quedaba lejos. ¿Cómo es? Él dice, la ciudad está construida sobre un peñasco y rodeada por un río extraordinario. Hay un sitio en el que brotan manantiales de agua caliente en unas piscinas de piedra, te sientes como un rey en su bañera. Por encima, unos puentes salvan el río, hay seis. El más alto es el puente Sidi Mcid. A veces hay nubes por debajo de él. Estás en medio del vacío, pero no caes. Tienes miedo, pero no te pasa nada. Vas de un punto al otro, atraviesas el cielo, crees que puede derrumbarse, que va a derrumbarse, sobre todo cuando pasa un coche o un camión, tiembla, y tú tiemblas con él. Louise lo interrumpe, me gustaría ver un puente como ese algún día, ¿has matado a muchos alemanes? No lo sé, creo que sí, responde Jacob, a quien le gustaría eludir las preguntas del mismo modo que ella. Se pregunta, ¿qué vamos a hacer ahora?, ¿besarnos?, ¿y luego? Por encima del hombro de Louise, clava la mirada en la bicicleta, escudriña el cuadro oxidado, el sillín despellejado por un lado, eso le reconforta. Jean-Claude, el hijo del vendedor de discos, le prestó varias veces la bicicleta,

Constantina es la ciudad ideal para dar paseos en bici, hay pendientes de vértigo, él experimentó el despegue antes de la caída, se levantaba, ni siquiera le dolía, las ruedas de la bicicleta, tumbada en el suelo un poco más allá, seguían girando, y volvía a subirse a ella, le gustaría montar en bici con Louise por las calles de una Lyon liberada, él pedalearía en bailón y ella se aferraría a su cintura, sería más sencillo que estar en una cama sin saber muy bien qué actitud adoptar, sin saber gran cosa de ella, y esa oreja, ¿quién se la habrá cortado?, ella le ha dicho, eres judío, te pareces a mi hermano, luego ella también ha de ser judía, le sorprende, no se parece a las judías de Constantina. Su cuerpo huesudo, su tez pálida y sus grandes ojos oscuros, casi sin expresión o, en todo caso, tan cargados de expresiones diferentes que no traslucen ninguna, atribuyen una nueva imagen a la palabra chica. Ella le pasa los dedos por el pelo, le ha crecido desde el desembarco, los mechones castaños vuelven a ondulársele ligeramente, Jacob cierra los ojos, el contacto de los dedos de Louise sobre su cráneo le produce escalofríos, se te ha puesto la piel de gallina, ¿tienes frío?, pregunta ella, no, contesta, y el murmullo es tan discreto, tan educado, que la sombra de una sonrisa asoma a los labios de Louise, y ahora sí que se siente capaz, parece fácil. Cubre los labios de la chica con los suyos, sus lenguas se juntan, los pensamientos que lo paralizaban, desterrados por esa nueva sensación, se deslizan por el resquicio inferior de la puerta de la pequeña habitación y se disuelven en los *traboules*. Louise le desabrocha la camisa, entierra la cara en su pecho, él introduce la mano por debajo de la camisa de ella, la pasea por sus caderas, sus costillas, siente por primera vez la redondez de sus pechos, su tersura, desearía pegar la cara a ellos, se atreve, trémulo, y ese contacto hace que la sangre le circule con más fuerza, se siente arrastrado por un impulso asombroso, la estrecha contra sí, pero no todo lo fuerte que querría, sus bocas se vuelven a confundir. Así que esto es el amor, las lenguas que apaciguan una sed insospechada, así que esto es una mujer, un cuerpo que nos urge estrujar para sumergirnos en él e inundarlo a la vez. Las manos de ambos tratan de asir al otro, hombro, espalda, rostro, torso, sus dientes entrechocan, se quedan inmóviles durante un segundo, se ríen juntos de su torpeza, la complicidad prevalece sobre el apuro, se aferran el uno al otro, Louise, Jacob, no, llámame Léa, Léa, Léa, repiten sus nombres entre dos besos. Es la primera vez que tengo a una mujer entre los brazos, piensa Jacob, ¿acaso es mi piel lo que se me antoja tan suave e ignoraba que lo fuese, o es la suya, o bien el milagro de ambas reunidas?, no puede contestar, ya no puede pensar, las palabras lo abandonan en desorden con un rumor de alas sorprendente, se le vuelve a endurecer el sexo, Louise desciende la mano hacia su bajo vientre y lo guía dentro de ella, él gime al descubrir ese contacto que lo pilla completamente

desprevenido, se separa para entrar mejor en ella, sentirla, sentirla de nuevo, húmeda y tierna; lucha, temeroso de perder sus facultades, pero cuáles, no lo sabe, teme perderlas sin más, que le pueda ese insólito deseo entre las piernas, quiere conservarlo dentro de él, en su cuerpo enloquecido, también quiere deshacerse de él, llegar al final de esa carrera, de todos modos no decide nada, embargado por la oleada de sensaciones que lo recorre de la raíz del pelo a la punta de los pies, Louise lo abraza contra sí como si no fuese a soltarlo nunca.

Pasan toda la noche como si se hallasen en la cala de un barco, acunados, adormecidos, despiertos, besos, caricias, frases sin principio, sin fin, no se acordarán de cuanto se han dicho, palabras de sueño, de fiebre, pero la ternura de sus gestos se les queda grabada a fuego, modela sus cuerpos, imprime en ellos su huella. Al alba, Jacob vuelve a perderse en Louise, su humedad le produce vértigo, la muchacha no cierra los ojos, es la primera en descubrir esa expresión suplicante y turbada en su rostro, ignora que será la única, y de súbito, aparecen en él atisbos de asombro y todos los músculos se le relajan bruscamente, ella lo recibe en su interior, inundada por un cálido orgullo.

Unos pocos minutos, eso es lo que les queda para darse besos de pajarillo, Jacob besa la finísima piel que rodea la cicatriz de Louise, ella le aprieta la cabeza en una súplica muda, él posa los labios en los hinchados pliegues, roza los surcos, cubre de dulzura la espantosa herida, a todas luces cosida con premura. Louise cierra los ojos agradecida. No se dicen que volverán a verse, saben que sería una mentira triste y vana.

Cuando él sale por la puerta y se vuelve una última vez para sonreírle, ella le dice, mata alemanes, Jacob, mátalos a todos, que no quede uno solo, prométemelo, incluso si te va la vida en ello.

El frío y la lluvia caen sobre ellos, el bosque de los Vosgos ofrece un lúgubre tono otoñal, y la certeza de que los combates serán más encarnizados que en Provenza se instala en sus pechos. Todos están vivos de milagro, Attali, Ouabedssalam, Bonnin y Jacob, ateridos y vivos, hambrientos y vivos, han avanzado tan rápido que el avituallamiento llega penosamente, las raciones no bastan para calmar su apetito, que crece a medida que el frío se les va metiendo dentro. La próxima batalla será decisiva, les han anunciado, tendrán que liberar Alsacia. Desearían creerlo, aunque llevan repitiéndoles la misma cantinela desde la víspera del desembarco. De Lattre de Tassigny los felicitó en Lyon, le estrechó la mano a Bonnin, que se hallaba en primera fila en la gran plaza, los demás estaban detrás, les dijo, hacéis honor a Francia, cuento con vosotros, como prueba de ello, en adelante se os llamará primer ejército, luego les dio la espalda,

y hoy, el cielo gris y la lluvia pesan sobre ellos como plomo. Attali ha dejado de gastar bromas acompañadas de mímicas equívocas sobre el encuentro amoroso de Jacob; Ouabedssalam, más taciturno que nunca, contempla con aire de reproche el barro en el que se hunden sus pies, a Bonnin le castañetean los dientes, piensa en Haddad, que saltó del barco en el puerto de Argel, ¿lo habrán capturado?, ¿lo habrán condenado a muerte o estará a salvo, culpable y feliz por haber escapado de aquello que solo él presentía?

Jacob trata de evocar el rostro y el cuerpo de Louise. Hace siete días que no se ha lavado, el uniforme le irrita la piel, endurecida por el frío, no podría abrazarla de esa guisa, está demasiado sucio, de todos modos ella se ha vuelto tan irreal como las semanas transcurridas desde que abandonó el cuartel de Constantina; cada nuevo día borra el anterior, lo sume en una confusa nebulosa. El único momento en que posa las manos en su rostro y piensa besándolas con disimulo, son las manos de Louise, es por la noche, antes de dormirse; no experimenta nada comparable a lo que sintió estando con ella, pero al menos así le parece tener la prueba de que una noche estuvieron abrazados uno contra el otro, uno dentro del otro.

Cuando se internan en el bosque, el sargento primero les hace señas para que procuren no hacer ruido. El silencio es más angustioso que los combates, nunca refleja quietud, sino amenaza, el enemigo parece recobrar fuerzas a medida que se bate en retirada, lo imaginan replegado más al norte para atraerlos con más facilidad a una trampa helada, su superioridad es incontestable, conoce al dedillo el terreno que ellos descubren conforme avanzan, esa Francia que no se reduce a París, con el cual sueñan, adonde, se dicen, irán tras la victoria, la de verdad, la definitiva, porque a pesar de todo, les da por soñar, de noche, alrededor de una hoguera, y a veces también después de un combate, cuando en realidad se sienten derrotados aunque hayan ganado, pero los muertos en sus filas les recuerdan que para algunos la victoria constituye una derrota, lo saben, piensan en ello a la par que se prohíben a sí mismos recordar a los compañeros desaparecidos, eso sería ceder a la llamada de una tristeza insondable y caer en la locura que en ocasiones se apodera de un soldado y lo precipita hacia un campo plagado de minas o apunta su arma hacia su sien, han visto ese tipo de cosas, han llegado a mojar el pantalón antes de un combate y han notado entre los muslos el calor que los devuelve a la infancia, a las noches gratas y vergonzosas en las que empapaban las sábanas, todo eso lo saben, se lo guardan para sí, sus narices heladas ya no alcanzan siquiera a distinguir el hedor a orines que les impregna la ropa, las únicas palabras que son capaces de pronunciar son, antes, ¿te acuerdas de cuando nuestras madres nos mandaban a encargar cocer el pan a la panadería?, al panadero se le ponía la cara tan roja

con el calor del horno que lo llamábamos ir al diablo, y la escena brilla en sus cabezas ocultando el campamento, tan nítida e inaprensible como un espejismo, también dicen después, después de la guerra me comeré una paletilla de cordero, un hambre acuciante les provoca ansias de carne asada justo antes del combate, cuando Jacob tensa los dedos de los pies dentro de las botas para que le circule la sangre, cuando cuenta sus pasos hasta el siguiente árbol, par, sobrevivirá al fuego, impar, sucumbirá a él, los números se suceden, uno, dos, tres, a menudo hace trampas para alcanzar un número par, aligera o aminora el paso, tal vez hacerlo le dé buena suerte a pesar de todo, cuatro, cinco, el corazón se le desboca en el silencio del bosque de los Vosgos, que exhala un perfume a hojas muertas y setas.

El cuerpo de un soldado sale despedido a varios metros de distancia, perfectamente cortado en dos, las piernas despedazadas a un lado, el torso del otro, su rostro quemado ha quedado congelado en una máscara estupefacta, explotan otras minas, los alaridos se suman a los disparos que les lanzan, correr agachado, disparar, no actuar más que por instinto a partir de ahora, no hay otro dios que Dios, salmodia Ouabedssalam mientras carga el fusil, no hay otro dios que Dios, repiten todos sus compañeros musulmanes, y los demás también imploran a Dios, a su madre, cada cual en la lengua de su niñez o de oración. Jacob divisa un haya con el tronco más ancho que el de las demás, se oculta tras ella para averiguar la procedencia de los disparos, un alemán, allí, Jacob dispara, otro bajito y gordo, vuelve a disparar, el hombre recibe el balazo, retrocede, vacila como un tentetieso, otros cinco, diez, se le encasquilla el fusil, tira del percutor como un loco, no sirve de nada, se arrastra boca abajo hasta el busto calcinado del soldado, le arranca el fusil, le registra el cinturón para hacerse con sus cartuchos, le tiemblan los dedos, las balas silban en derredor, su nueva arma está cubierta de sangre, se le embadurnan las manos, pero al menos se trata de un fusil ametrallador, le trae sin cuidado desperdiciar balas, ametralla a los alemanes ante sí como si estuviera dándole una paliza al hombre que le cortó la oreja a Louise, está seguro de que fue uno de los que ahora pretenden matarlo a él también, no se saldrán con la suya; Bonnin, era Bonnin el de antes, Bonnin el tímido, el flacucho, hacía cuanto podía por dárselas de tipo duro, compartía los paquetes que su madre le enviaba, galletas de mantequilla, queso y, un día, unas cerezas en aguardiente con las que se pusieron locos de contento, el azúcar, el alcohol, el sabor de los frutos rojos estallando entre los dientes les hicieron entrar en calor y los revigorizaron, Dios mío, Dios mío, ayúdame a matar y a seguir con vida. Irrumpen refuerzos, tiradores marroquíes con los que se han cruzado un poco más al sur, los alemanes se baten en retirada, ellos cuentan los muertos, los heridos, ¿es posible que esos cuerpos

dispersos como montones de trapos sucios y chamuscados hayan sido sus compañeros? Ouabedssalam ha recibido un disparo en el brazo, da alaridos, ¡no me toquéis!, ¡no me toquéis! Unos soldados gimen en árabe, Jacob ayuda al enfermero a comprenderlos, traduce, tranquiliza, acaricia una frente, no te preocupes, hermano, te vamos a salvar, tiene ganas de vomitar, de llorar, de esfumarse por una cavidad que aparecería milagrosamente entre las hayas para librarlo de su existencia de soldado y conducirlo de nuevo a una vida apacible, tal vez incluso al tedio de las tardes de invierno, pero el bosque lo rodea como una trampa. Con toda la cara pringada de mocos, le propina puntapiés a un árbol antes de caer de hinojos sobre la tierra negra alfombrada de hojas podridas, delante del busto de Bonnin, y vomita al fin.

Siguen avanzando. Jacob, locuaz, habla con Attali para superar el pavor que lo ha sobrecogido. El cadáver de Bonnin es una muestra de que la muerte va estrechando el círculo alrededor de ellos, deben hilar una frase tras otra para ahuyentar esa imagen, ese pensamiento, no dejar ningún intersticio entre las palabras, el pánico puede colarse por la más mínima grieta. Retoman su conversación favorita, les hemos ganado, ¿eh?, ya casi hemos terminado, ¿qué harás después, cuando volvamos a casa?, abrazaré a mi madre, iré a darme un chapuzón en el Rhumel y luego a la plaza de la Brèche, a tomarme un anisete servido con una deliciosa *kémia*[7], comeré todos los platos típicos de nuestra región, todos los platos de fiesta que nos hemos perdido, hace un mes se celebró el Rosh Hashaná, y el Yon Kipur, y el Shavuot, en mi casa han debido de ponerse morados, mi madre prepara arroz con albóndigas, guisantes y alcachofas para el Shavuot, siempre repito, es una tradición, dice Jacob, yo también comeré día y noche, iré a los baños moros, pediré la mano de mi prima Hannah, dice Attali, y tú, ¿sabes ya con quién te vas a casar? Jacob saca pecho, quiero conocer a todas las chicas antes de decidirme por una. Es mentira, no piensa más que en Louise, de quien solo sabe el nombre, Louise le iba mejor que Léa, aunque ella insistiera en que la llamaran así, a Rachel no le agradaría que su hijo se uniese a una mujer con una oreja cortada, y a Jacob se le entenebrece el semblante de repente, ya no oye las palabras de Attali, aparta la silueta de su madre para dirigirse a la joven de costillas finas, hoy he matado a muchos alemanes, Louise, no he tenido piedad con ellos, eran ellos o yo, eran ellos o tú, así que los he matado, uno a uno, descubría su rostro en el momento en que perecían y los olvidaba al instante, ya bastante hay que luchar para recordar los rasgos de nuestros seres queridos.

Vamos a hacer un alto cerca de Burhaupt, anuncia el sargento primero, que se ha vuelto hacia su fila, en la que los muertos,

sustituidos por los tiradores marroquíes, no han dejado espacios vacíos, tenemos que tomar el pueblo por la retaguardia, los alemanes se han replegado en él.

Beben litros de café tras montar el campamento, pero eso no les impide conciliar el sueño. Una nevada precoz cae sobre los franceses, sobre los alemanes, sobre todos aquellos que desearían que no amaneciera nunca para no tener que luchar; sobre todos aquellos que albergan la esperanza de terminar pronto, de volver a hallar su cama, el ritmo regular de una jornada, y que en su fuero interno saben que mañana, la próxima semana, dentro de un mes, tendrán que seguir matando para continuar con vida, para liberar Francia, Europa, territorios tan vastos cuando se los recorre a pie, tiritando de frío. Por una vez, Jacob tiene ganas de dormir, a pesar de la muerte de Bonnin. Sintió algo así como un puñetazo en el pecho al ver aquel rostro carbonizado que clamaba el horror de un hombre convertido en carne pero que, al mismo tiempo, sugería que ya no era él, como si no estuviese muerto, de suerte que podía pensarse que simplemente había desaparecido, tal vez estaba en la enfermería, junto a Ouabedssalam, que apretaba los dientes mientras le extraían la bala del brazo, mientras Jacob hallaba refugio en el sueño.

La fría luz del alba acaricia los peñascos, hace reverberar las superficies lisas, se extiende lentamente hasta las cuevas, que lame sin lograr penetrar en ellas. Dentro, la noche es eterna, la tierra, negra y gélida, un hilillo de agua chapotea procedente del río, hace fresco, incluso en pleno verano, cuando el sol calienta al rojo vivo los tirantes del puente y agobia a los cuerpos que osan enfilarlo. No hay ninguna carretera que conduzca a la pasarela, habría que escalar el peñasco con las manos desnudas, ascender a la cima y cruzar de un punto al otro, del hospital hacia la ciudad, pero ¿por qué obstinarse en subir al puente si no hay ningún acceso?, más vale adentrarse en las gargantas, que el agua ha erosionado pacientemente durante decenas de miles de años, al agua del río no le preocupa el tiempo que transcurre, ella es el tiempo, le importa muy poco saber que el puente pasa por encima de ella, solo existe para los hombres, a quienes hay que llevar sin cesar de la salida a la llegada, atravesarlo puede llevar diez minutos o toda una vida. Jacob echa la cabeza hacia atrás para preparar la ascensión, unas sombras perturban su visión, busca en vano la procedencia de estas, ha de ser la vejez, piensa, lo que proyecta manchas oscuras ante sus ojos, pero un roce en su cabello lo alerta, unos pájaros vuelan por encima de él formando una temblorosa corona negra. Jacob se apoya en las cavidades de la pared, se agarra a sus excrecencias, le encanta desafiar a los peñascos, estirarse hacia arriba cada vez más, pero su

agilidad ha desaparecido, se siente pesado, calcula el trecho recorrido desde lo que le parecen horas, apenas un par de metros, nunca llegará a la cima, se ve tan fatigado que está a punto de renunciar, bien mirado, podría remontar el río hasta las piscinas de agua caliente, sumergirse en la beatitud, pero le sobreviene la angustiosa necesidad de alcanzar el puente entre tierra y cielo, entre ambos lados del precipicio, en el lugar preciso en el que una fisura resquebraja el tablero de metal.

El sol me está cegando, sueña mientras el puente se parte por la mitad en un silencio acolchado, los tirantes se desprenden con suavidad, cual hilos de seda, el cielo parece abrirse y llamar a los pájaros hacia otro horizonte, estos desaparecen formando una estela negra. Han sido ellos, se dice Jacob, ellos quienes lo han destruido cizallando los cables con el pico. Aplastado por un peso invisible, se deja resbalar por la pared, se le despellejan las manos, se las lame hasta saciar la sed, el sabor insípido de la sangre le anega la garganta, el lecho del río está vacío, reseco, en su lugar no queda más que una larga cicatriz, una cinta de tierra cuarteada, picada de regueros de guijarros.

Sigue con la mirada un tordo que da saltitos en la nieve, desconcertado este también por la temprana aparición de la blancura sobre las colinas de Sundgau. El pájaro busca a los suyos inquieto, y Jacob le silba suavemente para reconfortarlo, tranquila, Louise, los encontrarás. Traubach no es más que una etapa de nada antes de liberar Mulhouse, adonde acudirán como refuerzo a la 1.ª División Acorazada. En cuanto divisa las dos posiciones alemanas que señalan la entrada del pueblo, el sargento primero se lleva el dedo a los labios y hace señas para que la sección se divida en dos, seis hombres a la derecha, seis a la izquierda. Attali y Ouabedssalam, declarado apto para el combate a pesar de la herida, se unen a Jacob. Están juntos desde el Ahaggar y son unos para otros la prueba de que ha habido una vida antes de los combates. Avanzan escondiéndose tras los troncos de los árboles, recorren los últimos metros reptando por la nieve para no perder el efecto sorpresa. Jacob atisba unas jaulas de conejos vacías en un patio, detrás de una ventana, un niño levanta una mano en su dirección, chsss, pequeño, no digas nada, una silueta se perfila detrás del niño y lo arrastra precipitadamente al fondo de la habitación antes de cerrar los postigos. Un alemán apostado tras una metralleta gira la cabeza hacia el lugar de donde proviene el ruido, otro empieza a disparar, da comienzo el asalto, Jacob y sus compañeros quitan el pasador a las granadas y las arrojan por detrás de los sacos de arena enemigos, el segundo grupo hace lo propio,

dejan de oírse las metralletas alemanas, no es posible que sea tan sencillo tomar el pueblo. Los hombres de la sección avanzan despacio, apuntan los fusiles a derecha e izquierda, frunciendo los ojos para ver a través de la nieve que vuelve a caer. Se oyen los ladridos de un perro, alguien dispara hacia él, un fuego graneado procedente de todas direcciones se abate sobre la sección, los alemanes se han escondido en las casas y se los están cargando como si fueran presas de caza. Attali corre a refugiarse en el hueco de la puerta de la panadería para localizar la procedencia de los disparos, le falta poco para llegar, pero una bala le atraviesa la espalda, el impacto le hace tambalearse, otra le traspasa el cuello, ¡Attali!, grita Jacob, que lo arrastra hasta el hueco mientras Ouabedssalam lo cubre. Jacob sostiene a Attali, le presiona las heridas tratando de restañar la sangre que mana a borbotones, salpicándolo, chorros rojos, la vida de un hombre, Attali, ¿me oyes? Los labios lívidos de Attali se mueven, pero de ellos no brota sonido alguno, hace muecas, todas las expresiones se reflejan en su cara como en la de un recién nacido, perplejidad, rabia, beatitud, malicia, pavor, Jacob repite su nombre, pero Attali ya no reacciona. «Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es», el segundo en que morimos es infinitamente breve, piensa Jacob, aturdido.

Esa noche dormirán en una cama de verdad. Los habitantes de Traubach se han ofrecido a alojarlos, ayer los alemanes requisaban nuestras casas, así que, ¿qué nos cuesta dejároslas ahora?, les han dicho. Su alegría contrasta con el abatimiento de los soldados, que se sienten obligados a sonreír, a compartir el alivio general, la guerra va terminando a su paso, aunque ellos deban proseguirla, llevarla hasta sus últimos atrincheramientos. Les sirven un plato de comida caliente, una deliciosa carne con salsa, increíblemente tierna, ¿es cordero?, pregunta Jacob, no, carne de cerdo, contesta la señora que los acoge, lo han matado hace un rato solo para vosotros. Jacob y Ouabedssalam intercambian una mirada furtiva. Si rechazan el plato, temen ofender a la señora bajita y rolliza con el pelo recogido en un moño que los alimenta con entusiasmo. Vuelven a sumergir la cuchara en el estofado y tragan sin masticar, obligándose un poco, tratando de olvidar que son sin duda los primeros de un largo linaje en infringir una regla sagrada, pero luego olvidan sus reservas y muerden la tierna carne, casi extrañados de que les esté prohibido comerla.

Toallas limpias, agua caliente, jabón blanco, hacía mucho que no tenían nada de eso. Están tan limpios que se sienten desconcertados, un crucifijo preside la habitación entre las dos camas en las que se dejan caer y se quedan mirando el techo. No pueden decir Bonnin, no pueden decir Attali, no pueden decir caeremos todos, y lo que no

atraviesa sus labios, espesa el aire de la habitación. Ouabedssalam se levanta de golpe, extiende una toalla en el suelo y se prosterna salmodiando en árabe. Jacob no se atreve a mirarlo, duda en salir de la habitación, él también debería rezar, la oración nocturna se llama Arvit, pero no se la sabe de memoria, y los retazos de los que se acuerda no tienen sentido para él. Ouabedssalam al menos se dirige a Dios en una lengua que comprende. Antes, cuando a Attali empezó a caerle saliva de la boca, Jacob pronunció el Shema sin pensárselo, fue superior a sus fuerzas, e incluso le cerró los párpados a su compañero; el tacto tibio y la delicada piel de estos lo volvieron a llenar de pavor. Ouabedssalam también cierra los ojos mientras reza, pero él los abrirá más tarde. Ya no quedan sino ellos dos, y ambos sienten un odio brutal por el otro, quien tal vez sobrevivirá, mientras que él, Jacob, o él, Ouabedssalam, es el siguiente en la lista de los muertos por Francia, o el siguiente al siguiente.

Ouabedssalam ha terminado, dobla la toalla y se acerca a Jacob, que se sujeta la cabeza entre las manos. Le pone una mano fraternal en el hombro, ¿no sabes rezar? Sí, un poco, pero no entiendo lo que digo. Aun así deberías intentarlo, aplaca el fuego que llevamos dentro. Jacob sacude la cabeza, Ouabedssalam insiste. Pues canta, hace mucho que no te oímos cantar, y Jacob lo mira con fijeza. Pese a que le recordaba al tendero de su calle, pese a que tiene ese físico que a él se le antoja característico de los árabes de Constantina, ha tardado en acostumbrarse a su complexión achaparrada, a su frente baja, a esa expresión casi siempre ceñuda; se sentía más afín a Attali o a Bonnin, el pecho se le contrae al recordarlos. Llora o canta, Melki, llevas demasiada desgracia acumulada dentro de ti. Ves, yo he orado por mi hijo, por verlo crecer y que se convierta en un hombre recto, tú también puedes encontrar una razón para rezar, déjame, le dice Jacob.

De noche, las pausas entre las respiraciones de Ouabedssalam siguen siendo larguísimas, cualquiera diría que la guerra no cambia del todo a un hombre. A Jacob le sabe mal haberlo mandado a paseo antes, se reprime para no despertarlo y pedirle perdón, decirle lo que le cuenta a la mujer del moño gris ante una copa de aguardiente de cerezas, ella también está desvelada, una primera noche de liberación hace que a uno se le arremolinen ideas en la cabeza, además, tampoco es que se sintiera muy tranquila con esos soldados de piel demasiado oscura bajo su techo, dos árabes, mucho ha de gustarles el dinero para luchar así, aunque es cierto que son corteses, se limpiaron los pies a conciencia antes de entrar, ella hizo un esfuerzo por olvidar lo que se rumorea de los militares moros, al parecer han robado y violado, se lo ha dicho la granjera, a esta se lo contó su prima, que vive en Bourg-en-Bresse, a la que a su vez se lo contó una vecina cuya hermana es italiana, así que, cuando, nerviosa entre sus sábanas frías, oyó unos

pasos procedentes del comedor, se armó de valor, encendió una vela y descubrió a uno de los soldados, el más joven, sentado cerca de la estufa, apretando algo en el puño derecho, quizá uno de sus anillos, pero era imposible, los llevaba todos encima, entonces había encontrado el dinero que ocultaba en el tarro grande del azúcar. Ella le dijo, voy a prepararme una tisana, ¿le apetece una?, él rehusó la oferta con educación, ella puso a calentar el agua y hundió la mano en el tarro de azúcar, el dinero seguía allí, no le había birlado nada, se volvió hacia el muchacho para sonreírle aliviada y fue entonces cuando se percató de que estaba llorando. Ven, le dijo ella, siéntate a la mesa conmigo, y sacó la botella de aguardiente de cerezas, una tisana se puede rechazar, pero una copita… Jacob obedeció, obedeció es la palabra exacta, deseaba ponerse en manos de alguien, de preferencia una mujer, y esta, Maryse, con su cara ancha y sonrosada, el moño gris y el camisón de lana, le inspiraba confianza. Se sentó frente a ella, abrió el puño y sostuvo entre el pulgar y el índice la placa con el número de registro de Attali, habló, habla, hoy ha muerto un compañero, y hace quince días, otro, no he contado los muertos que he visto desde que desembarcamos, ¿acaso decenas, centenas?, cada vez me digo, no lo conoces, no sabes nada de él, no conoces su voz, no sabes dónde nació, qué le gustaba, qué le atemorizaba de niño, qué quería hacer al terminar la guerra, es como si no hubiera existido. Nos sentíamos capaces de seguir avanzando porque estábamos juntos, Attali, Ouabedssalam, Bonnin y yo, desde el 22 de junio, nos habíamos convertido en una familia, por eso la muerte de Bonnin y la de Attali no son como las demás, es como si hubiese caído un primo o un hermano, como si una parte de nosotros hubiera dejado de vivir. Bonnin tenía más edad, pero me veía como un hermano mayor, porque aquí los años ya no significan nada, siempre estaba cerca de mí durante los combates, buscaba mi mirada cuando dejaban de oírse las armas, como queriéndome decir, ves, esta vez también he logrado sortear las balas. Cuando se me congelaron las manos el mes pasado, me dio sus guantes, aseguró que le quedaban demasiado pequeños, no traté de averiguar si era cierto, no me hice el educado que rechaza un regalo, que dice no, no hace falta. No podía valerme de mis manos, temía no poder volver a disparar, un soldado que no puede disparar es como un paralítico ante una manada de lobos, pero él, quizá fue porque tenía frío en las manos por lo que se metió corriendo en el bosque el otro día, estaba deseando acabar con el combate, llegar al siguiente campamento, acercar las manos a una hoguera, por eso murió, porque me dio sus guantes. Creo que me estoy volviendo loco, me asaltan ideas, como cuando a uno le entra fiebre: mis padres mueren sin que los vuelva a ver, son mayores, me tuvieron tarde, mi padre tiene sesenta y cuatro años; mi madre, sesenta, es una edad en

la que la gente muere, y yo estoy aquí atrapado, no puedo volver a casa, me dicen que no es posible, que tengo que seguir matando alemanes, que tengo que matarlos a todos, hasta que no quede ninguno, así que opto por desertar, como Haddad, que saltó del barco en el puerto de Argel; cruzo el mar a nado hasta Philippeville y cuando llego a Constantina busco el puente colgante, es el más grande del mundo, creo, en Francia no he visto ninguno tan alto. Pero cuando me encuentro a los pies de la ciudad, ha desaparecido, los dos peñascos se hallan frente a frente, como enfadados, y entre ellos no hay más que el vacío, un aire abrasador y seco. Aquí el paisaje es más frío, se parece a la palabra «campiña», que aprendemos en el colegio, con imágenes de valles, setos, iglesias, allí de donde vengo no hay campiña, todo es montaña, peñascos pelados, un río que rodea la ciudad y seis puentes para atravesarlo, convivimos con el vértigo, lo acechamos y lo rehuimos, es un juego que da comienzo cuando cruzas por primera vez el puente colgante, que también llamamos pasarela del vértigo, nunca olvidas ese día, pero, en esas visiones febriles, hasta el puente ha desaparecido, trato de entrar en la ciudad de otra manera, tardo mucho en hacerlo, busco mi calle, todo está igual, sin embargo no reconozco nada, estoy rodeado de gente, pero se diría que soy invisible, en todo caso pasan junto a mí como junto a un perro sarnoso, apartándose. Llego al fin frente a mi edificio, mi madre está en el balcón, le hago señas, no me responde. La llamo otra vez, mamá, soy yo, he vuelto, le digo, pero no me oye, o no me reconoce. En ese momento pienso, todo el mundo se ha olvidado de mí, no puedo subir, no voy a llamar a la puerta porque mi madre ya no sabe quién soy, me voy, estaré siempre solo, no tendré hijos y nadie se acordará de mí ni pronunciará nunca mi nombre, nadie dirá, a Jacob le gustaban los buñuelos, se llaman *sfériètes*, qué nombre tan raro, ¿verdad?, al parecer de niño lo pronunciaba, «seriete», es una palabra corriente, pero ahora al pronunciarla aquí, en su casa, es como si fuese algo que no existiera. En mi unidad, Attali era el único que aún la entendía, pero está muerto, y nadie, excepto yo, conoce ya el sabor de esos buñuelos. Mi madre los emborracha con almíbar; cuando termina, me bebo el almíbar directamente de la ensaladera, me permite hacerlo, tengo suerte, soy el último de la familia, el benjamín, es un buen puesto, nadie me dice nada, le cuento todo esto, pero ya no es cierto, aquí ya no soy hijo de nadie, ya nadie me llama Jacob, sino Melki, o soldado Melki, o número 45 93 001073. ¿Te llamas Jacob?, inquiere Maryse. Sí. Así que eres judío. Sí. La mujer se lo queda mirando con una mezcla de pena y pavor. ¿Por qué me mira de esa manera? Ella mueve la cabeza. A Jacob le gustaría entender por qué la palabra judío parece tan aterradora en boca de Maryse, no sabe cómo preguntárselo, ¿qué les han hecho aquí a los judíos, además de

expulsarlos de la escuela como en Argelia? Contempla entre sus dedos la placa de identificación, dice, Attali también era judío, Bonnin no, los añoro mucho, los echo a falta, ya sé que no se dice así, lo correcto sería «los echo en falta», pero así es como habla mi madre, como habla mi cuñada, Madeleine; es de Túnez, dejó allí a su familia para casarse con mi hermano, no es muy feliz con nosotros, cada vez que celebramos alguna fiesta rompe en sollozos en la cocina, cuando se dispone a preparar un plato de su país, salchicha con arroz, menta y cilantro, se sorbe la nariz y dice, echo a falta a mi familia, ¿cree usted que algún día volveré a verlos?

Maryse afirma con la cabeza a modo de respuesta, vuelve a llenar el vaso de aguardiente de cerezas y lo empuja hacia Jacob. Toma un poco más, te ayudará a dormir, tienes que recobrar fuerzas.

Pero Jacob ya no sabe de dónde sacar fuerzas cuando diciembre llega y los dirige hacia Thann. Ouabedssalam y él caminan codo con codo, pegados el uno al otro entre los tiradores marroquíes, que los han absorbido por completo después de que la sección de tiradores argelinos haya quedado diezmada, comandante y sargento incluidos; se dicen que se equivocaron al creer entrever escenas de su vida de adultos. Se imaginaban en la plaza de la Brèche, en un café con otros hombres, jugando a las cartas, enfadándose —los adultos parecen más importantes, más serios cuando se enfadan—, habrían escuchado la música de Cheikh Raymond pensando en sus respectivas mujeres, en las estaciones, que confieren nuevos colores al mundo, en el nacimiento de un hijo, que transforma una vida, en la muerte de un padre, de una madre, que trastoca la familia, genera desavenencias, liberando las palabras que nunca se pronunciaron en vida de los padres, selladas. Se equivocaron. Su vida será eternamente una marcha por la nieve, sabañones en los dedos, labios agrietados y ese viento gélido que les obliga a avanzar luchando contra él, encorvados como ancianos centenarios a los que se manda a combatir exigiéndoles cada vez más prontitud, más brío, más atención, más muertos en las filas enemigas. Jacob nunca pensó que mataría a alguien, durante mucho tiempo, la muerte tuvo para él el aspecto terrorífico de los pollos a los que, la víspera del Yon Kipur, se hacía dar vueltas por encima de las cabezas antes de degollarlos para expiar los pecados, era el día de los Kaparot, la sangre corría por los pescuezos flacos y blancos, las plumas revoloteaban en el aire, él solía cerrar los ojos para no tener que seguir mirando, pero oía los yuyús de las mujeres que repartían los pasteles, estaban de fiesta, ¿cómo era posible que la muerte pudiese asociarse con una fiesta?, ¿cómo era posible que la sangre pudiese ser una fuente de regocijo, cuando a él todo aquello le hacía estremecerse y deseaba huir o esconderse?, a la sazón ignoraba que mataría sin piedad a decenas de hombres de cuello fornido y ojos

claros, a miles de kilómetros de su casa, en una tierra que nunca había pisado, de la que no guardaba ningún recuerdo, pero cuyo nombre traía consigo imágenes rodeadas de un halo dorado en las que Vercingétorix y Danton se codeaban con Napoleón. Francia era un paisaje de libro de historia, un país de escritores, cantantes de cabaret, mujeres que fumaban cigarrillos sin que se las tachase de vulgares, había descubierto un país completamente distinto, campesinos cuya lengua le resultaba incomprensible, sobre todo en esa región, la gente tiene un acento áspero, las f y las v se confunden. Durante varios años esto era Alemania, nos estaba prohibido hablar francés, les comentó una mujer, tal vez fue Maryse, en Traubach, o Lucie, que les hizo reír a carcajadas cuando imitó a los soldados alemanes en un cabaret de Mulhouse, o tal vez aquella otra mujer en un pueblo donde, a la espera de su llegada, las mujeres cosían banderas francesas a escondidas de los alemanes en las bodegas y los graneros. Había visto aquellas banderas azules, blancas y rojas asomando tímidamente por el hueco de una ventana, vio las mismas en blanco y negro en el noticiario, en un cine de Mulhouse. Aquellos soldados que liberaban Alsacia eran ellos, los mostraban combatiendo, construyendo puentes con el cuerpo de ingenieros militares para permitir el paso de las tropas, circulando en camiones o caminando por carreteras enfangadas cuyas orillas estaban repletas de vehículos alemanes calcinados, con un primer plano de las águilas derrotadas, cuya pintura se estaba descascarillando; los mostraban desfilando por ciudades aturdidas por los combates que se habían librado bajo sus ventanas antes de percatarse de que la Ocupación había tocado a su fin y de aclamar a los liberadores, aquellas imágenes en la pantalla eran y al mismo tiempo no eran ellos, la voz del comentarista se exaltaba tanto que a Jacob le habían entrado ganas de reír.

> *Por los escarpados caminos de los Vosgos, de nuevo territorio francés, prosiguen su avance los carros de combate. Las fortalezas con orugas resquebrajan las carreteras que antaño acariciaban los turismos. ¡Ha dado comienzo la marcha hacia el este!* Unos tanques circulan por el campo. *Allá donde el enemigo resista, se entabla la lucha. En la linde de los bosques, en la desembocadura de los pasos montañosos, la artillería motorizada escupe su fuego. El fragor del cañón rebota de abeto en abeto y, al otro lado de esas colinas, rodará como un enorme grito de esperanza por la planicie de Alsacia. ¡Estamos llegando! ¡Que ya llegan! Las ofensivas se lanzan todas al mismo tiempo. Las últimas espinas pegadas a los costados de Francia se arrancan una a una. Las tropas francesas atacan Héricourt, que entrega a los liberadores la habitual cosecha de prisioneros*. Soldados en la calle, un hombre camina con las

manos en alto, un soldado a sus espaldas. *¡En marcha otra vez, dispuestos a salvar todos los obstáculos! ¡Avanzando siempre, si es preciso, a nado!* Motocicletas y camiones de transporte de tropa circulan sumergidos en cincuenta centímetros de agua. *Ahora le toca a Montbéliard, donde otra muchedumbre aclama a los vencedores y a sus jefes. Montbéliard, donde, una vez más, el uniforme alemán se ha convertido en un uniforme de prisioneros. En la planicie van tomándose los pueblos uno a uno. Los restos de un ejército que no ha podido resistir ni escapar alzan los brazos ante el vencedor*. Por las calles de un pueblo, dos mujeres vestidas de negro avivan el paso al cruzarse con unos soldados que escoltan a varios prisioneros. *En la bodega todavía queda algo con que expresar gratitud a los liberadores, entretanto, la interminable fila verde se extiende por la carretera como la rúbrica de una firma victoriosa*. Un campesino le sirve una copa de licor a un soldado subido en un tanque, a la par que lanza una mirada a la cámara. *Los incendios siguen activos. Pero esos franceses al fin liberados saben que para ellos solo se trata de los últimos rescoldos de la guerra*. Una mujer llora presionándose un pañuelo blanco contra la nariz. *Se reparten entre los civiles las provisiones que iba a llevarse el enemigo, y en los pueblos asistimos a la aparición de las banderas, celosamente ocultas desde hace cinco años. ¡En marcha de nuevo! Y ahora le toca a Mulhouse*. Edificios destruidos. *Mulhouse, una de esas ciudades cuyo nombre hace estremecerlos comunicados. Una vez más, el combate será duro. Hay que liberar la ciudad mediante una última batalla callejera, en la cual el cañón y el fusil se apoyan mutuamente.*

Jacob había estudiado las imágenes con detenimiento, aguardando ansioso el prodigio de verse en la pantalla, no pudo disfrutar de aquel asombroso desdoblamiento, pero se sintió orgulloso porque, en la sala, la multitud se había levantado para aplaudirles, e incluso acarició la idea de no volver a Constantina cuando terminara la guerra, de quedarse en aquel país en el que unos desconocidos lo consideraban un héroe, de volver quizá a Lyon y peinar las calles en busca de Louise; una muchacha a la que le habían cortado una oreja no es muy común, alguien podría indicarle su dirección, vivir aquí, pensó, ver estos paisajes en otras circunstancias, y no helados bajo un sol que no calienta. El cielo es de un azul impresionante, la nieve responde centelleando, el comandante cuenta en voz baja, aquí hacen buen vino, cuando liberemos Thann os aconsejo que lo probéis, incluso aquellos a quienes la religión se lo prohíbe, estoy seguro de que Alá hará una excepción con los vinos de Alsacia. Ouabedssalam sonríe, y Jacob, a quien desde esta mañana le duele el estómago, recupera

repentinamente la esperanza. Las sonrisas de Ouabedssalam son tanto más beneficiosas cuanto que son escasas. Suben de lo más profundo de su ser, nacieron en los brazos de su madre, maravillada por haber transmitido la vida a un niño; con dieciocho años, estaba orgullosa de haberle dado un primogénito varón a su marido pese a sus caderas demasiado estrechas, lo sostenía prieto contra el pecho como un trofeo de piel morena y lustrosos ojos negros, hacía vibrar sílabas melodiosas en su boca jugando con las sonoridades para arrancarle una sonrisa. Ouabedssalam lo ignora, pero en ese momento los ojos se le achican del mismo modo que los de su madre, tomando su forma, son esa alegría y esa bondad las que en ocasiones calientan el espacio a su alrededor alcanzando a Jacob, quien levanta la cabeza hacia las colinas cubiertas de cepas desangeladas, cuyas ramas se retuercen como brazos de ancianos implorando al cielo. Hace un esfuerzo por imaginárselas dentro de nueve meses, ahogadas bajo las hojas de tierna tonalidad verde, combadas por el peso de la fruta acariciada por el sol de agosto. Por el momento, unos patos buscan cobijo en el río helado que atraviesa Thann, antes de alzar el vuelo despavoridos a causa de los disparos que estallan en derredor, comienza otro combate, el último antes de Navidad, les han prometido; se quedarán aquí con el fin de preparar la ofensiva sobre Colmar. Nos gusta celebrar la Navidad en Alsacia, les dijo el comandante, ¿por qué no celebrar la Navidad?, se preguntó Jacob, a fin de cuentas ahora soy un auténtico francés, pero antes de Navidad tienen que liberar Thann, hallar fuerzas ese 8 de diciembre para correr, para localizar a los alemanes, para disparar.

No le da tiempo a disparar, una bala le alcanza la pierna le pulveriza la rodilla izquierda otra le destroza la arteria femoral se tambalea no es posible no me han dado no es nada se desploma se le suelta el casco se hunde en la nieve se golpea la cabeza contra una piedra voy a levantarme dolor en el cráneo quemadura qué agradable un líquido caliente lo envuelve se esparce por su cuerpo el sol se vela de repente unas sombras pasan ante sus ojos los patos tal vez qué tranquilo está todo ¿ya será Navidad o acaso el final de la guerra?

No oye a Ouabedssalam, que grita, ¡le han dado a Melki!, no ve a sus compañeros reptar hasta él para salvarlo, lo suben a una camilla para ponerlo a cubierto, el enfermero de la sección le venda la rodilla, comprime las heridas con las manos, rojas de la sangre caliente de Jacob, que tiene la cara lívida, los labios amoratados, yertos, las facciones juveniles teñidas súbitamente de una gravedad insoportable.

II

El diecinueve de agosto, mientras Jacob avanzaba con la 3.ª d.i.a hacia el norte de Toulon, Madeleine daba a luz a gemelas en el hospital. A la primera no tuvieron tiempo siquiera de ponerle un nombre, murió durante el parto, o quizá antes, el personal del hospital se apresuró a apartársela de la vista y le tendió a la otra niñita como premio de consolación, una muñeca rubia de ojos azules a la que había decidido llamar Ginette. A pesar de la ausencia de Jacob y del espacio que en consecuencia había quedado libre, o tal vez debido a aquella ausencia que para Rachel tornaba aún más difícil la presencia de los demás, el piso del número 15 de la calle de Le 26e de Ligne se había vuelto inhabitable. Abraham, Madeleine y los niños se habían mudado un poco más abajo, a la calle Chevalier, a una habitación con suelo de tierra batida carcomida por la humedad. Es oscura como el antro de un diablo, pero al menos estamos en nuestra casa, se había repetido para sus adentros Madeleine al tomar posesión de ella, con la esperanza de disfrutar de cierta tregua gracias a esas palabras. Pero no fue así, ni siquiera después de que Fanny y Gabriel empezaran el colegio y Camille entrara en la clase de párvulos. Ginette lloraba de continuo. Conforme crecía, su llanto fue haciéndose cada vez más intenso, entre los brazos, contra el pecho de su madre, mecida en una caja que esta había dispuesto sobre el pedal de la máquina de coser. Madeleine pensó que su leche no era buena o que no tenía suficiente, y se resignó a pedir leche en polvo en el dispensario. Era la primera vez que le daba el biberón a uno de sus hijos y se sentía aturullada, la situación le recordaba a la primera vez que se había subido a un automóvil. Se había sentido desconcertada al avanzar sin esfuerzo, sin notar el movimiento en el cuerpo. Ginette siguió llorando y empezó a vomitar. Marie, la vecina, no aguantaba más, todos los días aporreaba la puerta con golpes enérgicos y amenazadores, a veces se apostaba en el patio de luces, que todo el mundo llamaba corral, con los puños en las caderas para, un segundo después, levantar los brazos y abrir las manos hacia el cielo, gritando a fin de que todo el edificio la oyera, estoy hasta el gorro de la hija de Madeleine, no me deja pegar ojo en toda la noche. Fanny y Camille la espiaban por la ventana que daba al patio reprimiendo la risa mientras Madeleine pensaba, es porque me

tiene celos, no tiene hijos, está harta de pasarse la vida sola con su marido, y continuaba masajeando a la niña de los pies a la cabeza con aceite de oliva, insistiendo con sumo cuidado en las articulaciones, como había visto hacer a su madre y a sus hermanas, igual que ella misma había hecho con sus hijos mayores, pero Ginette apenas si se calmaba unos instantes bajo las presiones que le palpaban el cuerpecito desnudo y a continuación rompía a llorar aún con más fuerza, aquello los sacaba de quicio a todos. Fanny y Camille la tomaban en brazos para acunarla, ella profería alaridos, roja, congestionada, agitando las minúsculas extremidades en todas direcciones. Gabriel se tapaba los oídos y se balanceaba adelante y atrás, un día Madeleine lo había sorprendido zarandeando a la niña y murmurándole con tono suplicante primero y luego conminatorio, que te calles, que te calles de una vez, y la señora Attal, la casera de mirada afectuosa y alegre que nunca andaba detrás de ellos para que le pagaran el alquiler, vino a hablar con ella en ese momento, Madeleine, tiene que ir a ver a mi cuñado al hospital, es especialista en niños.

Y la suerte quedó echada, los médicos lo llamaban diagnóstico, la niña tenía un tumor en el cerebro, había que llevarla a Argel para que la operaran. Aquel mes de febrero, Madeleine dejó a los niños con Rachel y se marchó con Abraham, era la primera vez que iba a la capital, la primera vez que viajaba con su marido sin saber que sería la única. No vio nada del mar ni de las blancas avenidas, de los numerosos cafés o los aseos para señoras, más libres y elegantes que las de Constantina. No oyó las melodías de jazz que empezaban a salir de los bares, pasó indiferente junto a los carteles de El coronel Chabert, El hampa de París, Casablanca, Ciudadano Kane, de todos modos, nunca había ido al cine. No tenía hambre, no tenía sed, pensaba en el dinero que se habían visto obligados a gastar en el viaje y se preguntaba cómo harían de vuelta en Constantina para pagar los dos meses de alquiler que debían, llevaba en brazos a su hijita de seis meses, que se desgañitaba, pero ¿de dónde diantres sacaba aquella fuerza, de qué parte de su cuerpo tenso de niña, cuando ella misma titubeaba de fatiga y angustia, presa de sentimientos encontrados hacia los médicos, a los cuales temía? Los pensamientos danzaban en su cabeza como cintas oscuras, nunca se entiende lo que dicen, pueden hacer con nosotros lo primero que se les ocurra, pueden adormecerte y entonces poseen todos los poderes, llegan incluso al extremo de abrirte la cabeza y hacer con ella lo que les cuadre, se rumorea que desbaratan a la gente aposta para hacer experimentos. Pero al mismo tiempo son personas instruidas, y a veces uno de ellos se dirige a ti con tanta amabilidad que se te llenan los ojos de lágrimas. Así que optó por confiar en ellos. Podían salvar a Ginette, a

la que observó alejarse hacia el quirófano, un paquetito minúsculo que pataleaba sobre la camilla, y se puso a rezar en árabe, *Ya rabbi sidi*! Abraham guardaba silencio, incómodo ante aquellos hombres que hablaban demasiado bien el francés, y tan deprisa que solo lograba entender una palabra de cada diez, sumido en una neblina que le embotaba el entendimiento. Se arrepentía de haberse puesto el traje de fiesta y el sombrero para ir a Argel, estaba sudando y se sentía ridículo entre aquellos médicos con bata blanca que no habían podido hacer nada, tan incapaces de salvar una vida, como él de afrontar la suya; recibió la noticia con el rostro petrificado y unas ganas incontrolables de beber hormigueándole en la boca, solo deseaba sentir el alcohol en su garganta, en las venas, la bebida que procura alivio casi de forma instantánea, que enseguida se apodera de los músculos, los relaja. Dejó a Madeleine plantada allí, tras ordenarle que regresara al cercano hostal y lo esperara, que por nada del mundo saliera sola. Ella se encogió de hombros, que vaya a donde quiera, al bar o al infierno, que se refugie donde le venga en gana, con o sin él, se sentía sola en el mundo en esos instantes, culpable, ignoraba de qué, pero aquella muerte era sin duda culpa suya, era ella quien había llevado a la niña en su seno, la había concebido con sus entrañas, con su sangre, «sangre de mi sangre», «carne de mi carne», «ojos míos», aquellas palabras que empleaba para expresar el amor que sentía por sus hijos sin hacer uso de la palabra «amor»; sin percibir su pavorosa sombra, pronunciándolas con un deje de rabia y de desafío en la voz. Los niños venían de ella, eran suyos, al menos ellos no la traicionarían jamás, nunca la dejarían sola como Abraham al día siguiente de su boda, cuando la dejó encerrada en un piso que les habían prestado para la noche antes de marcharse a trabajar, como Abraham cada día que el Señor creaba, como Abraham ese día en que Ginette había muerto sobre la mesa del quirófano, entonces notó que una certeza se abría paso en su interior, su única esperanza de sobrevivir: sus hijos la amarían siempre, la adorarían siempre, y aunque acababa de perder al quinto hijo que había salido de sus entrañas, pensaba en los otros tres, Gabriel, Fanny y Camille, que se habían quedado en Constantina con la familia, deseaba volver a verlos y no separarse de ellos nunca más, los protegería de la muerte y ellos la protegerían de la tristeza. Volvió caminando al hostal cerca del hospital, con doscientos kilos de sufrimiento a cuestas, apenas había oído cuando la enfermera le dijo que la «gente de la comunidad» se haría cargo de las exequias, tanto los judíos como los árabes se apresuran a enterrar a sus muertos, el cuerpo helado no libera el alma hasta que no se halla bajo tierra, el funeral de Ginette se celebraría al día siguiente, no sabía si sería capaz de ir, se sentía mal de tanto arañarse la cara en la habitación del hostal al pensar en la mortaja en miniatura, en el agujero por el que

descenderían a su muñequita rubia, en la tierra que la recubriría.

Abraham caminaba envuelto en el frescor de aquella tarde de febrero mientras descendía por las calles que partían del hospital de Bab El-Oued hacia la *kasbah*. Entró en un bar, pidió una copa sin dirigir una mirada a nadie y, casi de inmediato, pidió otra, sin oír a los hombres que jugaban a las cartas, algunos en silencio, otros a gritos, manifestando todos a través del juego una relación primaria con el mundo y los demás, Abraham siguió bebiendo, se lio varios cigarrillos y a la sexta copa volvió a salir. No conocía la capital ni tenía ganas de conocerla, lo único que podía hacer era caminar, pasó delante de la ópera, en el quiosco de la plazoleta Bresson estaban tocando música. Se detuvo para escuchar, apoyado en una palmera, la cabeza le daba vueltas, las piernas apenas lo sostenían, el aire salobre del mar mezclado con el tufo a pescado frito le revolvía el estómago. Había esperado hallar consuelo en la música, pero la que sonaba no era la de los laúdes que tanto le gustaba, el malouf de Cheikh Raymond que los constantinenses adoraban, sino una fanfarria orgullosa de sus instrumentos de viento, cuya sonoridad resultaba mucho más triunfal que la de los instrumentos de cuerda, los cobres estaban más seguros de sí mismos, todo lo contrario a él, esa noche y en general. Sentía aún en la garganta el sabor del anisete que había tomado para disolver la barra de palabras que no había sido capaz de pronunciar delante de Madeleine, palabras que no lograba hilar en su mente, que ni siquiera se le ocurrían, no sabía que podría haber dicho, ven, acércate, mujer, nos apoyaremos el uno en el otro, seré fuerte por nosotros dos, amaremos a los hijos que nos quedan y les transmitiremos el gusto por la vida, nos amaremos más, de ese modo les daremos confianza y deseos de amar a su vez.

Regresaron a Constantina, destrozados por dentro, si bien sus rostros parecían inalterados de tan marcados como estaban ya por el tormento, ni siquiera una arruga en la comisura de los labios que denotara su dolor; con la mirada flotando a través de la ventanilla del tren, silenciosos, esperando un futuro consuelo, por parte de Rachel en el caso de Abraham, de los niños en el de Madeleine, un abrazo, un contacto breve e intenso que les permitiese llorar en los brazos de otro y aquietara su pena. Pero al entrar por la puerta del segundo piso del número 15 de la calle de Le 26e de Ligne, vieron a Rachel sentada en el suelo, con la ropa rasgada, la frente tiznada de ceniza y las plañideras en corro a su alrededor, improvisando frases que irían a buscar el dolor en lo más profundo de Rachel para sacárselo de dentro; y los niños, intimidados y solícitos, susurraban palabras que los gritos tapaban, abuelita Rachel, ¿quieres agua? Ella no contestaba, se balanceaba de un lado para otro como si estuviese rememorando una canción infantil por la que sentía una nostalgia incurable, emitiendo el

mismo gemido sordo que Madeleine había lanzado en el hotel. Se pararon en seco, desorientados por la necesidad de tragarse la pena que habían arrastrado consigo desde el hospital de Argel, la notaron bajar por la garganta como una bola enorme y grumosa, deglutieron a la vez, cabecearon a la vez. Lo comprendieron antes de que nadie se dirigiese a ellos.

En la enfermería del doctor Worms, en Thann, donde el comandante de su unidad había decidido dejarlo porque estaba demasiado grave para trasladarlo al hospital militar de Mulhouse, el 20 de enero de 1945, primer día de la batalla de Colmar, en la cual no participaría y que duraría tres semanas, los pulmones de Jacob se llenaron por última vez, débilmente, y su corazón dejó de latir. La mujer del doctor Worms, que desde el 8 de diciembre lo afeitaba todos los días para que conservara la cara impecable, le acarició la frente por última vez antes de anunciar la noticia a su marido, agregando, morir tan joven, tan lejos de su casa, qué desgracia, y dedicó un pensamiento a la madre del soldado, que no sabría nada de la agonía de su hijo. A todas luces, el muchacho no era cristiano, había llegado con los tiradores marroquíes, pero aun así ella fue a la iglesia de la Collégiale a encender un cirio para que una llama vacilante facilitara la ascensión de su alma y pronunció una plegaria.

Había vivido diecinueve años, siete meses y diez días, la noticia había tardado más de un mes en llegarles. Un mes durante el cual no había pasado un solo día en que Rachel no escuchara la radio, en que no siguiera el avance del ejército francés, entre cuyos millares de soldados solo importaba Jacob. Un mes durante el cual Gabriel había acariciado en el bolsillo del pantalón el guijarro liso que le había regalado su tío antes de su partida sin decidirse a bajar a las piscinas de agua caliente para hacer cabrillas, convencido de que si aguardaba su regreso para intentarlo, Jacob volvería. Aquella mañana llamó a la puerta un oficial del cuartel Welvert, lo acompañaba una secretaria que le puso la mano en el hombro a Rachel. El oficial masculló un par de palabras incomprensibles, no estaba seguro de que la mujer que tenía ante sí entendiese el francés y, con un gesto que a Gabriel le recordó al de un burgués dando limosna, le alargó el acta de defunción de Jacob, donde podía leerse: «Muerto por Francia», mientras la secretaria le decía a Rachel, cuyos ojos se llenaron de pavor, señora, su hijo ha muerto por Francia. El cuerpo, dijo el oficial, el cuerpo, no Jacob, el cuerpo todavía se encontraba allí porque los combates, que seguían sin él, que no lo necesitaban —pero, entonces ¿por qué lo habían reclutado, por qué lo habían llevado al frente si su presencia no era indispensable?—, los combates, pues, impedían que lo repatriaran, habrá que esperar, les avisaremos, y dicho esto se llevó

la mano a la frente y giró sobre sus talones seguido por la secretaria, que le lanzó una última mirada cargada de culpabilidad a Rachel.

Y la noche de Pésaj, que habían empezado a llamar Pascua para afirmarse un poco más como franceses, un mes después de la visita del oficial, que no conocía a Jacob pero que sin embargo había ido a anunciarles su muerte, el sitio de Jacob seguía allí, un cojín de terciopelo granate dispuesto en el suelo, en el que Camille había querido acomodarse. Madeleine la había asido por la muñeca, no, no, ahí no, y Haïm había llenado el primer vaso de vino para su hijo ausente. A Rachel se le saltaron las lágrimas cuando llegaron al pasaje que siempre cantaba Jacob, el hombre más joven debía formular cuatro preguntas: *Ma nishtana halaïla hazé*, ¿en qué se diferencia esta noche de las demás?, ¿por qué comemos apoyados sobre el codo?, ¿por qué las hierbas amargas?, ¿por qué el pan ácimo? Aquel año, la voz clara de Gabriel, que aún no había mudado, se alzó en lugar de la de Jacob, y Madeleine sintió amor por él, parecía un niño bueno y cándido, y Rachel lo odió al descubrir que cantaba tan bien como Jacob, modulando las palabras de hebreo y arameo como si realmente hiciese las preguntas y aguardase una respuesta, y Camille pensó, ¿cómo es que siempre son los chicos quienes cantan y nunca las chicas?, yo también quiero hacer las preguntas. Rachel llenó el plato delante del asiento vacío en primer lugar, un oloroso caldo de alcachofas, calabacines y habas en el que había desmigajado un pan y agregado el mejor trozo de carne, tierno y aderezado con perejil, que todos envidiaron en silencio. El plato se enfrió antes de que lo tiraran, es pecado tirar la comida, estuvo a punto de decir Haïm, pero se contuvo. Madeleine contemplaba las huellas ensangrentadas de su mano y la de Rachel cerca de la puerta de entrada, se las habían mojado con sangre del cordero pascual antes de ponerlas en la pared, las marcas tenían por objeto proteger de la muerte a los primogénitos. Todos los años realizaban ese gesto creyendo proteger su hogar de la desgracia, sobre todo a los niños, pero, de ser así, ¿por qué había muerto Ginette en Argel y por qué Jacob no había vuelto?, quizá la protección no resultase eficaz fuera de la casa, en una tierra lejana y fría, en un lugar en el que no se creía en Dios de la misma forma, y Rachel, que tenía también la mirada fija en las marcas, se balanceaba despacio, maldiciéndose por haberle puesto el nombre de un hijo muerto a Jacob, había sido una equivocación desafiar de ese modo la decisión de Dios, y pensaba, si hubiera sido delicado de salud como Abraham, no lo habrían aceptado en el ejército y aún estaría aquí, si no hubiera sido fuerte, lo habrían puesto a rellenar papeles en una oficina y aún estaría aquí, si el loco del alemán no hubiera decidido hacer la guerra en Europa, aún estaría aquí, si hubiera sido miedoso y hubiera desertado, aún estaría aquí, si no hubiera sido tan apuesto y

todo el que se cruzaba con él no le hubiera echado mal de ojo, aún estaría aquí, me habría bastado con abrazarlo una última vez, y si no hubiera podido abrazarlo me habría bastado con verlo de lejos, y si no hubiera podido abrazarlo ni verlo de lejos, me habría bastado con oír su voz, y si no hubiera podido abrazarlo ni verlo de lejos ni oír su voz, me habría bastado con verlo muerto al menos, y si no lo hubiera visto muerto, me habría bastado con que me trajeran la última ropa que se puso, impregnada de su olor y de su sangre, me habría bastado con que alguien hubiera venido a contarme cómo murió y me hubiera repetido sus últimas palabras, pero no hubo nada aparte del anuncio, y ahora su cojín estaba vacío, como el corazón de Rachel, que ya no se sentía con ánimos para amar a nadie, para amar la vida, ¿para qué amar si se había de sufrir el desgarramiento?, ¿para qué envejecer si hacerlo implicaba alejarse de Jacob, que tendría eternamente diecinueve años y medio, nunca veinte, nunca más?, ¿por qué no le habían ofrecido, a ella, su madre, que lo había llevado en su seno, la posibilidad de darle veinte años de su vida, de renunciar a los veinticinco años que le quedaban por dormir, preocuparse por las comidas, la limpieza, la colada, por soportar los cotilleos de las vecinas, que si, por lo que se ve, la mujer de Maurice solo lava las sábanas una vez al mes, que si la hija de Fortune no había llegado virgen a la noche de bodas, que si el hijo de Albert no es hijo suyo sino de su hermano, que si los padres de Lucien le pagaron al director del instituto para que le aprobara el bachillerato, que si la mujer del tendero se puso prendas de color rojo apenas enterrado el marido, que si a Leila se le quema la comida cada dos por tres, acaso Dios la había dejado en la tierra para que tuviese que oír ese tipo de cosas?

Y el recuerdo de Jacob estaba tendido como una cuerda invisible entre el 15 de la calle de Le 26e de Ligne y el edificio de enfrente, donde Lucette comía sin apetito la paletilla asada de cordero pascual, aún tenía en los oídos los gritos de las mujeres que rodeaban a Rachel el día del fatídico anuncio. Rachel, en cambio, había permanecido terriblemente callada, y Lucette había comprendido el dolor que hace enmudecer y lo absorbe todo como un agujero negro, porque ella lo sentía también, ¿cómo era posible que el mundo siguiera existiendo sin Jacob a pesar de todas las historias que se había contado a sí misma sobre su regreso? Ella lo habría visto desde lo alto de la azotea y habría bajado presurosa las escaleras. Excepcionalmente, habría acompañado a su padre a la sinagoga para el Yon Kipur y allí estaría él, como un ángel, con su manto para el rezo color marfil listado de negro sobre los hombros, habría reconocido su voz entre todas las demás en el momento en que el fervoroso clamor se elevara en la sala, contéstanos, Dios de Abraham, contéstanos, y tal vez entre el tropel de las últimas horas de la tarde, tras la plegaria de los Cohen, que

arrancaba lágrimas a las mujeres, él la habría visto y habría inclinado la cabeza. Se habría topado con él en la calle de Francia, con un poco de suerte, ella iría con su madre y él con la suya, y les habría estado permitido cruzar unas pocas palabras, las madres habrían captado las miradas, las risas sofocadas con manos nerviosas, habrían hablado de ello al día siguiente envueltas en el vapor de los baños moros, tan propicio para las confidencias, y luego a sus maridos por la noche, los Melki habrían pensado que era una buena idea porque Lucette procedía de una familia honrada, la conocían bien y, aunque su condición de hija única suscitaba dudas sobre la fertilidad de sus antepasados, sus caderas anchas y sus abundantes pechos les tranquilizaban. Lucette estaba convencida de que habría conseguido compartir su vida con Jacob, construirla piedra a piedra, feliz, posesiva y ufana, bendiciendo a Dios todas las mañanas por poder despertar a su lado, rezando por la noche para que lo protegiese de la enfermedad, la maledicencia, la pobreza, los vicios del alcohol y el juego y las miradas de las mujeres que lo hubieran deseado, y lo habría conseguido porque lo deseaba con todas sus fuerzas precipitándose en cascada por su cuerpo cual torrentes. Pero en lugar de cruzar el umbral de aquel futuro que había visto con mayor nitidez que las paredes que la rodeaban, todas las noches, en su cama, luchaba como una posesa por rememorar los rasgos de Jacob, la forma de sus ojos, el perfil de su nariz, el dibujo de los labios, rebuscaba con desespero en sus recuerdos para intentar recomponer su silueta el día de su marcha. Él llevaba prisa, no obstante le había sonreído con amabilidad, de eso estaba segura, pero habría deseado acordarse de lo que él le había dicho mientras se alejaba, pese a que no lo había oído, córcholis, ¿por qué no había acertado a oír las últimas palabras que le había dirigido el único muchacho al que amaba?, ¿era posible que el amor la hubiese vuelto sorda?

Preguntas tendrían todos durante mucho tiempo, aunque apenas se atreverían a formulárselas, y mucho menos a pronunciarlas en voz alta, pero, a veces, una de ellas atravesaba obstinada la escarcha que recubría los rasgos de Jacob e insinuaba: ¿y si estuviera vivo?, ¿y si la información que había recibido el oficial no era correcta?, ¿y si Jacob regresaba?, y la pregunta, lacerante como una herida en la que se sienten las pulsaciones de la sangre, no los dejaba en paz. ¿Y si estaba en algún lugar de Francia, solo, desmemoriado?, son cosas que suceden, los demonios pululan en los campos de batalla, se lo pasan en grande, los muertos y los heridos los alborozan, algunos se cuelan en la mente de los supervivientes para borrar todo o casi todo, eso era lo que le había sucedido al primo de Rachel, Moise. Cuando este había vuelto de la guerra en 1918, tenía una mirada estólida y feliz y no se acordaba de nada, llamaba a sus padres señora y señor, ya no hablaba

árabe y comía con las manos, como un niño, no sabía cómo se llamaba, pero estaba vivo, era lo que contaba, debía su regreso a un compañero que no lo había soltado y se había acordado en su lugar de su nombre y sus señas. De todos modos, ¿qué importancia tenía saber cómo te llamabas y cuándo habías nacido?, allí la gente tenía al menos tres nombres, uno francés para el registro civil, uno hebreo por tradición y uno árabe para la vida cotidiana, y la fecha de nacimiento nunca era correcta. En ocasiones no se trataba del día en el que habías nacido, sino del día en el que te habían inscrito en el ayuntamiento, a veces no se acordaban de si había sido un martes o un miércoles, antes o después de medianoche, así que se elegía el sábado, porque era día santificado, o el día del Yon Kipur o el del Rosh Hashaná, cuando Dios examina el destino de los hombres con más atención y decide quién vivirá, quién morirá, y todos imploran vivir.

Y Madeleine, que miraba a Gabriel con ternura mientras rezaba en silencio, con la esperanza de que ninguna otra guerra ni enfermedad ni mal de ojo se lo arrebatara, también pensaba que quizá Jacob seguía vivo y volvería pronto, o al cabo de largos años, como en la fabulosa historia que su padre les refería a ella y a sus hermanos al caer la noche en su pueblo de Túnez, cuando no quedaba aceite suficiente para encender el candil. No podían seguir cosiendo, no podían hacer nada, así que se sentaban en corro alrededor del hombre de mirada severa pero bondadosa que decía, escuchad la historia de Edmond Dantes, y les hablaba en judeoárabe, érase una vez un muchacho que vivía en Marsella, muy apuesto, un marinero al que todos envidiaban tanto que hicieron que lo encerrasen en una siniestra prisión. Y Madeleine no se cansaba de escucharlo relatar los amores de Edmond Dantes y Mercedes, la larga estancia en el calabozo del castillo de If, el túnel cavado por el abad Faria (su padre lo llamaba el bobass Faria), luego, el regreso de Dantes con diferentes identidades y, por último, la venganza. Y cuanto más pensaba en ello, más le parecía que Edmond Dantes tomaba los rasgos de Jacob, que quizá volvería, porque, al margen del dolor que todos sentían desde la visita del oficial, al margen de la carta del Ministerio del Ejército, no existía prueba alguna de su muerte.

Al volver a casa del dispensario, donde le habían recetado unos reconstituyentes para ayudarla a tenerse en pie, Rachel divisó al hijo de la señora Dukan en la plaza de la Brèche y el corazón le dio un vuelco como cada vez que veía a un muchacho de la edad de Jacob, se preguntaba ¿por qué sigue él con vida, cuando mi Jacob no está aquí, ha desaparecido? Se sentía indigna por albergar esos pensamientos, por el mal de ojo que echaba a su pesar a aquellos muchachos y que los alcanzaba con sus flechas transparentes; se avergonzaba de ello,

pero también pensaba, seguro que ese ha sido menos valiente que Jacob, por eso ha regresado, siempre son los mejores los que nos dejan. Volvió a rompérsele el corazón, siguiendo aquel movimiento pendular que ahora la caracterizaba, pues se recomponía con enorme dificultad para hacerse añicos a la mínima ocasión, el dolor más intenso la embargaba cada mañana al abrir los ojos, cuando tardaba unos instantes en ubicarse en el mundo, en el tiempo, y tenía que hacer un esfuerzo ímprobo para levantar uno a uno sus puntos de referencia y ponerlos en orden. Me llamo Rachel, señora de Melki, estoy en mi casa, al lado de mi marido Haïm, en Constantina, estamos en mayo de 1945. Después, la amarga realidad afloraba a la superficie de su conciencia y la cubría de un velo helado: mi hijo Jacob está muerto, no volverá, no se trata de una pesadilla, es mi vida a partir de ahora, e indefectiblemente el día se oscurecía e impregnaba de melancolía cada uno de sus gestos, le aflojaba las piernas, cuajadas de cardenales de tanto caerse. Ese día, a pesar de los reconstituyentes, se las vio y se las deseó para subir los peldaños de la escalera que conducía al segundo piso y pilló a Gabriel probándose el traje del Bar Mitzvah de Jacob y admirando con orgullo su reflejo en el espejo. Le soltó una andanada en árabe que el niño no entendió, empezó a quitarse la chaqueta suplicándole por dentro a su abuela que no lo delatara, pero Rachel lo detuvo en seco. No te muevas, quédate así. Lo escrutó largo rato, superponiendo el rostro de Jacob al de Gabriel, a quien pidió que se diera la vuelta. De espaldas, oscureciéndole mentalmente el cabello, podía creer por un instante que se trataba de su hijo y no de su nieto, podía mentirse a sí misma, y la mentira le producía consuelo y a la vez dolor. Y Gabriel, petrificado, habría preferido que su abuelo le pegase antes que quedar atrapado en aquella mirada que, de manera inexplicable, lo despojaba de cualquier anhelo, destrozando su corazoncito de niño, amarrado por un amor que no le estaba dirigido. Rachel le espetó con brusquedad, ale, venga, vete a casa, y él se apresuró a quitarse el traje, se puso la ropa bajo la mirada ausente de su abuela y corrió a reunirse con sus amigos en un callejón sin salida cerca de los baños moros, se fumaron unos cigarrillos, el sabor les provocaba arcadas pero hacía despuntar en sus labios una leve sonrisa, algo pretenciosa y fanfarrona. Alguien dijo, hay un desfile para celebrar el final de la guerra, vamos, y se sumaron a la muchedumbre que se apelotonaba en la plaza de la Brèche para vitorear a los soldados, aprovecharon la algazara para birlar alguna que otra moneda de los bolsillos, pero al cabo de un rato Gabriel abandonó la recolecta, cautivado por el desfile, mientras unos susurros a su alrededor propagaban la noticia, al parecer los árabes han masacrado a unos europeos en Sétif y Guelma, será mejor que nos vayamos a casa.

A finales de septiembre, durante la fiesta de los buitres, las rapaces se abalanzaban sobre la tumba de Sidi Mcid, en la cima de la montaña. Cuenta la leyenda que Sidi Mcid era un «negro» que, para satisfacer sus necesidades, se dedicaba a bailar al tiempo que tocaba. Tenía el poder de exorcizar a los poseídos y de sanar a los enfermos gesticulando alrededor de ellos. Antes de morir, invitó a sus adeptos a reunirse sobre su tumba y prometió que les enviaría desde el cielo unas aves que recogerían sus deseos y los transmitirían inmediatamente a Dios. Todos los años, una procesión guiada por unos curanderos que recitaban versículos del Corán acudía a la tumba al son de una música febril y sacrificaba animales. Se lanzaban yuyús y clamores al cielo, y las rapaces que había anunciado Sidi Mcid volaban hacia la multitud. Abraham era un amante de las aves, pero nunca se había unido al cortejo. Aquel rito no era el suyo, las rapaces lo aterrorizaban, y no tenía muy claro que sus deseos fueran a cumplirse. En los momentos de mayor soledad, se dedicaba a observar las bandadas de golondrinas que atravesaban la ciudad para migrar, hacia el norte o hacia el sur en función de la estación; no se cansaba de contemplar sus movimientos nerviosos y rápidos, algo en la manera que tenían de desplazarse por el aire le intrigaba, hasta el día en que comprendió que las golondrinas no planean; a diferencia de las alondras, las rapaces o los mirlos, deben batir las alas cada segundo para no estrellarse contra el suelo. Le habría gustado apresar una o dos, pero no se puede encerrar a las golondrinas en una jaula, así que fue a una tienda de la calle Francia y compró varios hortelanos a precio de oro. Los eligió él mismo por su canto, antes de inspeccionar el plumaje, luego se los llevó a casa, donde los niños lo recibieron con gritos de júbilo. Madeleine se preguntó cuánto le habrían costado los tres pájaros, pero se abstuvo de decir nada, y Abraham colgó la jaula de la persiana, llenó un cuenquito de agua, echó semillas en el comedero, se llevó el índice a los labios para pedir a los niños que guardasen silencio —un gesto, una mirada suya bastaba para callarlos, para meterles miedo, aun cuando aquel día no habría sido necesario— y empezó a modular sonidos breves y luego reclamos conmovedores, para terminar con unos suspiros tenues. Los hortelanos se habían quedado quietos, subyugados por la precisión de los sonidos emitidos, no se habían movido un ápice a fin de empaparse de cada nota. Cuando cesaron los silbidos habían transcurrido varios segundos, perturbados únicamente por los gritos de la vecina, que se quejaba al marido de no aguantar más aquella vida, estaba hasta la coronilla de vivir en el primer piso como una miserable, quería una vivienda en una de las últimas plantas, con agua corriente como toda la gente bien, pero la voz parecía llegar de lejos, de un universo donde no

existía la pequeña habitación en la que dos adultos y tres niños aguardaban deseosos sin saber qué, una esperanza que carecía de nombre. Estaban pendientes del pico de los pájaros y del rostro de su marido y padre, que no habían visto así nunca, sereno y concentrado, como si hubiera aceptado el dolor que lo volvía violento y le hacía volcar la mesa los viernes por la noche, y de pronto el pájaro que se hallaba más cerca de Abraham se enderezó, adelantó la cabeza, abrió el pico y empezó a cantar reproduciendo la melodía humana. Dudó con una nota, Abraham lo ayudó, silbando suavemente, el pájaro recomenzó y los otros dos se animaron y lo acompañaron. El prodigio se consumó ante los ojos y los oídos de Gabriel, Fanny, Camille y Madeleine, un concierto improvisado que derribó las paredes de la pequeña habitación, hizo desaparecer las callejuelas, a los vecinos, la mezquita al final de la calle, los edificios y los seres, que se habían tornado transparentes, borrado, como si nunca hubieran existido, la Tierra había girado sobre su eje, había retrocedido mediante una rotación ligera y elegante hasta alcanzar épocas salvajes, anteriores a la invención del trabajo, el dinero, las clases sociales, las mensualidades del alquiler, antes de la aparición del hombre, del habla, antes de la guerra, cuando el mundo no tenía sentido y nadie trataba de darle uno, y los únicos rumores de que parecía estar colmado eran los chillidos de los animales, el murmullo del agua, el soplo del viento y, a veces, los rugidos que producía la Tierra al temblar.

Tres años después de que terminase la guerra, recibieron una carta dirigida a Haïm, el padre, porque era el cabeza de familia y tenía más importancia que la madre, que había ido de cuartel en cuartel buscando a Jacob durante el verano de 1944. La carta llevaba el membrete del Ministerio de los Antiguos Combatientes y Víctimas de Guerra, negociado de restituciones, depósito de cadáveres de Mulhouse, y rezaba así:

> Señor:
>
> Ha presentado usted una solicitud con arreglo a la ley de 16 de octubre de 1946, a fin de obtener la restitución por cuenta del Estado de los restos del Sr. Melki, Jacob, soldado raso, 3.ª d.i.a., 1.ª r.t.a., inhumado en el cementerio de Bitschwiller, departamento del Alto Rin.
>
> Tengo el honor de comunicarle que los servicios del Ministerio de los Antiguos Combatientes y Víctimas de Guerra han procedido hoy mismo a laexhumación de los restos mortales del Sr. Melki, Jacob. El cuerpo ha sido trasladado de inmediato al depósito de cadáveres de Mulhouse y se le

entregará en la fecha que se le indique posteriormente. En efecto, por razones imperiosas, principalmente la escasez de medios de transporte, que hace ineludible laagrupación de los convoyes, me veo en la obligación de conservar el cuerpo durante algún tiempo a la espera de poder mandarlo a la morgue deMarsella, desde donde se conducirá al lugar de sepultura definitivo sin que usted tenga que realizar trámite alguno. Se le avisará a su debido tiempo de la fecha y hora exactas de la entrega a la municipalidad de Constantina de los restos mortales de su lamentado difunto, al menos con cuatro días de antelación. Dicha municipalidad se encargará de organizar el funeral de acuerdo con usted.

Le ruego acepte, señor, el testimonio de mi más distinguida consideración.

El inspector del departamento

El 20 de noviembre de 1948 se les avisó de la llegada del cuerpo de Jacob, mejor dicho, de sus restos; más de tres años después de su muerte, lo que quedaba en el ataúd cortesía del ejército francés ya no era Jacob, su voz no resonaba en la madera, ni para cantar ni para hablar o decir simplemente, ya está, he vuelto, ha sido difícil, pero lo hemos conseguido, hemos luchado contra ellos hasta el final, hasta el último. En el ataúd, aquella mañana de noviembre, tampoco se hallaban los ojos de Jacob para esbozar un guiño, ni sus manos tersas y aplicadas, que se habían agrietado antes de que la piel se derritiera, lo que les habían entregado eran los restos de «su lamentado difunto», pero Rachel besó el ataúd como si se tratase de su hijo, posando los labios sobre la madera como si besase su carne, y las mujeres a su alrededor lloraban, gritaban, se arañaban la cara, porque era lo que había que hacer, exhibir el dolor, aun cuando pensaran en otra cosa: en su aseo para la boda de su hijo, en la cortina que querían coser para marcar en la habitación una separación entre niños y niñas para evitar que hermanos y hermanas se vieran, se tocaran, experimentaran deseos prohibidos; primas y vecinas tenían otras cosas que hacer, Jacob ya había muerto una vez, lo habían llorado sin el cuerpo y, ahora que estaba de cuerpo presente, debían forzarse a llorarlo otra vez. Hacían tanto ruido como tres años atrás, solo que con menos sentimiento, y los hombres se contenían para no taparse los oídos, ¿por qué aquel reparto tan curioso?, las mujeres gritando y los hombres guardando silencio, como Haïm y los tres hijos que le quedaban, Abraham, Alfred e Isaac; estos llevaban el ataúd de Jacob a hombros, dos sobre el derecho, dos sobre el izquierdo, aturdidos por tener que acompañar hasta la tierra a aquel joven hermano que no

habían visto desde hacía mucho tiempo. A Gabriel le habría gustado sumarse a ellos, demostrar que era fuerte, notar el peso de Jacob en el hombro, pero le habían contestado que aún no era lo bastante grande. Salió antes que nadie del cementerio y corrió hacia el puente colgante para detenerse justo en medio. Unos nubarrones negros tapaban el cielo, armado de toros gigantes, dispuestos a abatirse sobre la ciudad en una maravillosa tormenta que llevaría a Madeleine y Rachel a decir, hasta el cielo llora. Gabriel estuvo un buen rato con la mano metida en el bolsillo, vacilante, calentando por última vez el guijarro liso en la palma. ¿Debía bajar al río o volver a la piscina de piedra adonde Jacob lo llevaba para hacer cabrillas? ¿Y si erraba el tiro? El guijarro se hundiría lastimosamente y la decepción vendría a añadirse a la pena. Lo sostuvo en sus manos, abiertas como una corola, dispuestas a dejarlo volar, pero el guijarro no se movía. Entonces lo lanzó al agua, tratando de acompañarlo con la mirada de cabo a rabo, pero por más que achicó los ojos, no logró seguir su trayectoria hasta el momento en que tocó la espuma y desapareció.

Jacob era fruto del matrimonio concertado entre Rachel y Haïm, celebrado el 17 de octubre de 1906 en el distrito de Guelma, municipio de Tebessa. Haïm era hijo de Abraham, sastre, y Laila, Fitoussi de soltera. Rachel era hija de Israel, sin profesión, y Guemara, Touitou de soltera. Como los apellidos de los abuelos de ambos, cuyas fechas de nacimiento eran anteriores al decreto Crémieux, por el cual se había concedido la nacionalidad francesa a los judíos de Argelia, no estaban inscritos en ningún registro civil, no sobrevivirían a Jacob más de cien años, no obstante, algo más sutil pero igualmente transmisible, si bien carente de interés para la administración, había quedado inscrito en él: la textura de la piel, la tesitura de la voz, la forma de los ojos, una tendencia a la ternura, el enojo o el desasosiego. Jacob estaba hecho de esas palabras que se transmiten de generación en generación, plegarias, bendiciones, exclamaciones, también de los abundantes silencios que suelen rodear al amor y a la muerte, y resultaba curioso que hubiera hallado los dos a miles de kilómetros del lugar que lo había visto nacer, separado de los suyos, mientras defendía a una Europa que había matado o dejado morir a sus judíos, pero que había tenido a bien aceptarlo, a él, para liberarla, cuando tres años antes de su alistamiento no lo había juzgado lo bastante francés para permitirle franquear las puertas del instituto de Aumale. Pero a Jacob no le había dado tiempo de meditar ni de aprehender las cuestiones que aquella situación planteaba. Podían haber sido temas para una redacción, habría reflexionado sobre ello en frío, con la distancia de los años, que atenúa los sonidos, difumina los colores, pero que en ocasiones inmoviliza los acontecimientos y a

los seres en un lugar invisible, libres de toda materialidad, de toda temporalidad, reducidos a su propia esencia de emociones y pensamientos ligados entre sí, de vestigios. Habría hurgado en su memoria en busca de citas aprendidas en clase de filosofía, de retórica, de literatura. Habría vuelto a sentir, de manera más intensa, aquella euforia que se había apoderado de él al descubrir el territorio sagrado de la palabra interior y los caminos que la lengua oral y la lengua escrita podían esbozar para que él los siguiese. Y a medida que el relato de los años de guerra se hubiera ido imponiendo y hubiera revelado las deportaciones, los campos, las atrocidades de aquellos años, el orgullo de haber liberado Europa se habría empañado. Jacob se habría dicho abatido, ganamos la guerra, es cierto, pero llegamos demasiado tarde para tantos y tantos hombres, mujeres y niños. Entonces habría tomado conciencia de haber formado parte de la historia, como actor incontestable pero no tan poderoso como había creído en el pinar en llamas en lo alto de Toulon, cuando había disparado por primera vez junto a los gi y recorrido cientos de metros con Bonnin a cuestas. Se habría preguntado cómo era posible que se hubiera librado milagrosamente de la muerte tantas veces. ¿Acaso podía atribuirse al azar, a la suerte? Tal vez. El descubrimiento del drama telúrico al que él y sus compañeros habían puesto fin se habría producido de manera discontinua, al azar de sus lecturas, de un encuentro, de un recuerdo, porque, incluso después de aquella guerra que habría exigido una redefinición total de las relaciones humanas, nadie fue capaz de detener el tiempo, de imponer el silencio, la reflexión; los acontecimientos se sucedían, la propaganda los escenificaba para los boletines informativos y cada día los movimientos entrecortados de la vida desviaban la mirada hacia otro lugar.

Pero de todas esas cuestiones, así como de la muerte de su padre el 5 de marzo de 1953, el mismo día que Iósif Stalin, con quien guardaba un sorprendente parecido, Jacob nunca supo nada. Y a pesar del tiempo que transcurría sin él y de los acontecimientos en torno a los cuales empezaba a girar la vida de todos, imantada por un nuevo centro de gravedad que los arrastraba en un movimiento que los desgajaría de su tierra, el rostro de Jacob seguía apareciéndose gracias a un sueño de Rachel, Madeleine o Lucette que las llenaba de una alegría intensa. Estaba allí mismo, hablaba, a veces incluso cantaba, lo podían estrechar entre sus brazos, sonreía, y cuando la durmiente despertaba, la presencia de Jacob vibraba en cada célula de su cuerpo, una presencia que parecía muy segura de su existencia y que flotaba en el piso unas pocas horas, rara vez más, antes de alzar el vuelo para regresar al reino del que había escapado. Entonces no quedaba más que su nombre, que se abría paso en la boca de Rachel, como aquel

día en que Camille fue a limpiar a su casa y se quedó ensimismada frente al aparador, la mano detenida en el aire con un trapo del polvo. Qué guapo era Jacob, ¿verdad, hija? Camille apartó la vista de la fotografía y miró a su abuela, cuyas arrugas se crispaban para contener el llanto. No me acuerdo de él, le dijo con suavidad, pero parece buena gente. Era mucho más que eso, corrigió Rachel, era un ángel, seguramente esa sea la razón por la que Dios lo llamó a su lado. Tú lo querías mucho, dormía ahí, no muy lejos de ti, y jugaba al avión contigo. Camille escrutó el afable rostro del muchacho. Más que un ángel parece un chico bonito al que le gusta agradar, pensó. Se le hacía difícil creer que se tratara de su tío, tenía prácticamente la misma edad que él en la fotografía en blanco y negro. Y más difícil aún pensar que se trataba del hermano de su padre, sus facciones no parecían tener nada en común, incluso en la fotografía del instituto, donde Jacob salía más formal, con traje y fina corbata negra sobre camisa blanca, en ella posaba con gesto serio, acaso un tanto triste, pero desprovisto de la violencia que podía deformar la cara de Abraham los días en que se enfadaba, cada vez menos frecuentes desde que le había aquejado la enfermedad y le estaba prohibido beber, lo cual diluía las fuerzas que apretaban sus puños. Se lo veía más triste, más pendiente de los demás, notoriamente desamparado; se pasaba el día tumbado en el colchón, lanzando nuevos retos vocálicos a los hortelanos, con la jaula de estos a su lado. Esa foto es de cuando estaba en el instituto, prosiguió Rachel, era muy buen alumno, podría haber sido profesor, o tal vez hasta prefecto, si los alemanes no lo hubieran matado, malditos sean sus nombres. Camille se preguntó cómo era posible que ocurriera algo así, cómo alguien podía ser tan distinto de sus padres, de sus hermanos. De ella decían que se parecía a su padre, y también a Gabriel, había heredado la frente despejada de ambos, sus ojos rasgados como los de los chinos, aunque los de Gabriel eran de color verde y los suyos avellana; como el de ellos, también su rostro tenía una expresión decidida, una máscara con la que se topaba la voluntad de los demás, pero era una chica y como tal no se esperaba que mostrase semejante determinación. Le ponían a Fanny de ejemplo, no llevaba nunca la contraria, nunca se rebelaba, era como si el cuerpo de su hermana no albergase los mismos órganos que el suyo, tal vez tuviera los músculos más relajados, los huesos menos duros, lo cierto es que a menudo estaba cansada, era trabajadora y estaba cansada, era servicial y estaba cansada, se trataba de una manera de sobrevivir como otra cualquiera, Camille, en cambio, no sabía qué hacer con la agitación que palpitaba en su cuerpo de muchacha de dieciséis años, quizá se había producido algún error durante su concepción, quizá tendría que haber nacido varón. De ser así habría ingresado en el ejército, al igual que Jacob y ahora

Gabriel, habría tenido esa expresión que no permite que los demás hagan demasiadas preguntas, una vida secreta e inaccesible, no habría sido como marcharse de viaje, pero a la postre se habría ido, no habría echado de menos nada ni a nadie, salvo a Madeleine, que no dejaba de repetir que vivía por y para sus hijos, que se mantenía en pie gracias a ellos, que prefería caer enferma en su lugar, Madeleine, que se desvivía por vestirlos decentemente, por alimentarlos como era debido, aun cuando no tuvieran dónde caerse muertos porque Abraham, que ya casi no probaba una gota de alcohol, había acumulado deudas en todos los bares de la ciudad después de la muerte de Jacob, y ella tenía que seguir pagando las letras.

En el otoño de 1956, Gabriel se había dirigido con su unidad a un pueblo en el que los servicios secretos afirmaban que los *fellahs* pasaban una noche a la semana, la del jueves, antes de volver al maquis. La sección había rodeado la docena de casas, estrechando el círculo como un cabestro alrededor del pescuezo de un animal, y fue él, el más ágil, quien dio un brinco para amordazar al centinela. Por más que se había lavado las manos, seguía sintiendo el tacto apergaminado de los labios en su palma, el reguero de saliva que le había escocido cuando el otro había tratado de zafarse y él le había susurrado al oído en árabe: déjate hacer o eres hombre muerto; el hombre se había dejado hacer, pero había muerto de todos modos. Reunieron a los aldeanos ante ellos, hombres de ojos ardientes que se negaban a ceder ante el terror atronador de los soldados, mujeres que apretaban a los niños contra su pecho, ancianos que se asían a los más jóvenes, el rostro surcado por la misma súplica sobrecogedora, no disparéis, no hemos hecho nada, somos inocentes, pero el teniente les había recalcado una y otra vez que al cobijar a aquellos hombres, sus hermanos, sus padres, sus hijos, sus maridos; al darles de comer, todos eran culpables y cómplices de terrorismo. El teniente ordenó abrir fuego, no tardaron más de un minuto, tal vez dos, el pueblo entero había sucumbido, incluidos los burros y las cabras, pero no así los caballos, por los que el teniente sentía verdadera pasión. Habían proseguido hacia la zona prohibida, que el ejército estaba peinando y ellos iban evacuando, pueblo por pueblo, no podéis quedaros aquí, los rebeldes son tan peligrosos para vosotros como para nosotros, sabemos que vienen hacia aquí, que os perdonan la vida a cambio de dinero, pero si no obedecéis, os amenazan, ¿sabéis que han asesinado a un pueblo entero cerca de Batna?, todos la han palmado, hombres, mujeres, niños, les abrieron el vientre a las mujeres embarazadas, les reventaron los ojos a los niños, bueno, basta de detalles, ya es bastante atroz así, hemos venido para protegeros, os vamos a llevar a un lugar en el que la vida es más fácil, ya no tendréis que ir al pozo a por agua,

dispondréis de agua corriente, ¿sabes lo que es el agua corriente?, giras un grifo, así, ¿ves?, un movimiento rápido con la mano y sale agua, podrás ocuparte un poco más de tus hijos, quizá hasta descansar gracias a la modernidad que os ofrecemos, además, tus hijos irán a la escuela, tendrán una educación, tu hijo parece inteligente, podrá ser maestro, se le ve que tiene buena madera, le decía Gabriel en árabe a un hombre tocado con un turbante que se bebía sus palabras sentado junto a su mujer, los ojos ribeteados de kohl y hundidos en las cuencas, la piel casi negra. Se le hacía extraño que un soldado francés de ojos claros hablase tan bien el árabe, hubiérase dicho que era de allí. Soy de aquí, le dijo Gabriel como si le hubiese leído el pensamiento, soy de Constantina, pertenecemos al mismo bando, ¿ves?, estamos aquí para protegeros, di a los demás que la reunión tendrá lugar dentro de dos horas a la entrada del pueblo, los camiones ya han llegado, por supuesto que iréis en camión, no vamos a dejar que vayáis hasta allí a pie. Y Gabriel reanudaba el camino hacia otros pueblos, se dirigía exclusivamente a los hombres, sabía que habría cometido un grave error si hubiese hablado con las mujeres y que habría echado por tierra todos los esfuerzos por evacuar con tranquilidad a la población de la zona prohibida, donde en adelante resultaría más fácil luchar contra el enemigo: abatirían sin previo aviso a cualquier persona ajena al ejército francés que encontraran allí con vida, por considerarla rebelde y hostil al plan de pacificación que Francia había puesto en marcha. Eso era lo que les había explicado el capitán de la sección, un bordelés que se había granjeado la admiración inmediata de Gabriel, tal vez por su edad, era un poco más joven que Abraham; por aquella manera marcial que tenía de mirar a sus hombres, de mostrar que no tenía dudas, solo certezas, y por el dominio de una violencia que se regía por lo que él consideraba la ética. Gabriel había sentido que albergaba lo que el oficial estaba esperando, y cuando este había preguntado ¿hay alguien que hable árabe en la unidad?, Gabriel se había llevado la mano a la frente con un movimiento preciso y seco y había contestado, yo, mi capitán, y el gesto de asentimiento acompañado de las palabras, bien, lo necesitamos, le produjo un sentimiento de orgullo desconocido. Al principio del servicio militar se avergonzaba del árabe delante de los franceses de Francia, que hablaban, pensaba él, sin acento. Ahora se erguía, dominar la lengua del enemigo suponía una ventaja, ya tenía asimiladas esas palabras, la lengua del enemigo, y las empleaba sin tener en cuenta que también se trataba de la lengua de su padre, de su madre, de sus abuelos, la lengua en la que se había criado, pero no deseaba recordar que había tenido una infancia, había empezado a vivir en ese momento, en el ejército, al sentirse hombre entre hombres, eso era lo que le infundía seguridad para abordar a las

chicas cuando estaba de permiso, para seducirlas, tocarlas, tomarlas, disimulando el pánico inicial, pero también aliviado porque al fin podía abandonarse a las imágenes irreprimibles que le suscitaban sus hermanas, quienes dormían a escasos centímetros de él; todas las noches la misma tortura mezclada con la repugnancia que le entraba cuando sus padres se acercaban en el catre, veía sus sombras pegadas una a la otra en el silencio rasgado por el refrotar de sábanas, siempre fascinado y presa de una angustia tremenda que mojaba su cama aquellas noches. Pero todo eso había terminado, Abraham estaba desmejorado, escupía sangre, solo trabajaba tres meses de cada doce, y Gabriel, por su parte, le había hecho entender que servía al ejército francés y no tenía por qué darle cuentas a nadie, ni siquiera a él, solo al capitán, que en ocasiones les hablaba de la otra guerra, aquella en la que habían expulsado de Francia a los alemanes, y un día Gabriel se atrevió a decirle, mi tío tomó parte en el desembarco de Provenza y murió en Alsacia, a lo que el capitán respondió con una sonrisa, eso está bien, eres su digno heredero, matarás tantos *fellahs* como boches mató él.

En la ciudad, las frases se precipitaban como dragones negros por las callejuelas, golpeando a las puertas y a las persianas para anunciar, ha habido un atentado en Correos, en el cine Royal, en el café Mazia, han lanzado granadas, han disparado a los que huían, hay muertos, heridos. Las preguntas se superponían, moduladas por la zozobra y la agresividad. ¿Quién estaba sentado a las mesas? ¿Habían salido ya los hombres de la sinagoga? Sí, acababan de salir, los más practicantes iban directamente a casa para reunirse con su familia, los demás se demoraban, pasaban sin complejos de la oración al anisete, Dios les había ordenado descansar el sábado, no que se murieran de aburrimiento, en el café también descansaban, o, en todo caso, morían, porque desde hacía cuatro años ellos habían decidido matar, sembrar el terror, reclamar de repente aquel país, a ellos, para ellos, como si no perteneciese a todos cuantos habían nacido y vivido en él, y muy pocos de los hombres y mujeres que se alarmaban, sorteaban las barreras levantadas por el ejército para subir al hospital o trataban de comprender lo que se cocía a su alrededor, el deseo imperioso de alzar la cabeza como hombres y mujeres libres. La mayoría no trataba de averiguar cómo los castigaba el ejército francés y los asesinaba en masa, mil ojos por un ojo, mil dientes por un diente, no querían comprender, no comprendían qué se les reprochaba súbitamente, de qué eran culpables.

Tardaron años, no ya en comprender, sino en decidirse a partir, en medio del pánico y la agitación de aquel 22 de junio de 1961, cuando Madeleine, tras salir del hospital donde trabajaba desde la muerte de

Abraham un año antes, enfiló el puente colgante después de un ligero titubeo porque, a pesar del terror que este le inspiraba, le permitía acortar el camino de vuelta a casa. Aunque caminaba demasiado despacio para su gusto, ya sin resuello, aguantando la respiración como si intentara contener el vértigo, con los pies hinchados por el trabajo y el aplastante calor, la cabeza gacha y los ojos clavados en sus zapatos, había conseguido recorrer la mitad de la distancia que la separaba del otro lado del precipicio y se hallaba en el lugar donde los tirantes descienden suavemente para rozar la barandilla. Al cabo de unos instantes estaría de nuevo en tierra firme. Un ruido la alertó, como un crujido de papel arrugado envolviendo el bote de un guijarro, apenas tuvo tiempo de ver a un hombre acercándose a ella, con el brazo derecho extrañamente alzado, apretando un objeto en la mano, gritando algo que ella no entendió, pues todo sucedía con demasiada rapidez. El hombre se hallaba ahora a pocos metros de ella, desde donde estaba apreciaba las nutridas cejas, los labios finos, los rasgos deformados por una ira dirigida a ella, sin embargo, no recordaba haberlo visto antes, es cierto que no lo había visto nunca: Karim Ouabedssalam, hijo de Amed Ouabedssalam, soldado raso, 3.ª d.i.a., 1.ª r.t.a., herido en el campo de batalla pero jamás condecorado por haber liberado Francia. El muchacho gritaba palabras que ella seguía sin comprender, me he vuelto sorda, pensó, me va a tirar del puente como si fuera un montón de fruta podrida, no, primero quería matarla, era un cuchillo lo que blandía, una hoja ancha como la mano de un niño, refulgente como la cubertería de plata más hermosa, Madeleine no podía despegar los ojos del músculo tensado bajo la piel del brazo, hinchado de una saña que acabaría con ella. Entonces sintió unas ganas repentinas de hacer pis y se le contrajo el bajo vientre, se asustó, no voy a hacer pis fuera, de pie en el puente, y creyó que era de vergüenza de lo que iba a morir, Karim Ouabedssalam se quedó súbitamente clavado, como si lo hubiese golpeado una mano invisible, empuñando aún el cuchillo pero transformado en estatua de sal, no es posible, pensó Madeleine, no es posible que mi grito lo haya detenido, ni siquiera yo lo he oído, se me ha quedado atascado en la garganta. El muchacho lanzó una mirada brusca a su espalda, arrojó el cuchillo por encima del pretil, le escupió a la cara y entonces, rozándola, echó a correr en dirección al hospital, como perseguido por una manada de lobos, pero no, se trataba de hombres y mujeres, una turba que invadía el puente y se aproximaba a su vez, cientos, miles de personas que hacían vibrar la larga pasarela bajo sus pasos, sumergiendo a Madeleine, que se llevó la mano a la boca. Todos los rostros le resultaban familiares, allí estaban su vecina Marie, la señora Attal, la casera, Lucette, el taciturno empleado de correos con el que esta había aceptado unirse tras varios años de rechazo que llevaban el nombre de

Jacob, caras que flotaban como tapones de corcho en la superficie de un río, y Camille, que, al ver a su madre con la mano crispada en la barandilla, apartó a los demás con presteza para acercarse a ella y besar su rostro desencajado, confundiendo la causa de su conmoción. ¿Te has enterado, mamá?, es terrible, y ningún sonido pudo salir de la boca de Madeleine, que miraba a su hija estupefacta, con una interrogación en sus ojos trigueños, ¿te has enterado, mamá?, han asesinado a Cheikh Raymond en el mercado de la plaza Négrier, estaba comprando, alguien le ha disparado. Madeleine se echó a temblar de pies a cabeza, el gentío las dejó atrás, una oleada de hombres y mujeres con ropa de verano que arrastraba un murmullo incrédulo, han matado a Cheikh Raymond, han matado a Cheikh Raymond. Camille sostuvo a su madre, que estaba en un tris de desfallecer, agua, agua, ¿alguien tiene agua?, gritó agarrando a los transeúntes. Una mujer sacó un frasco de leche de su capazo, ella también estaba haciendo sus compras en la plaza Négrier en el momento en que un hombre le había descerrajado un tiro en la nuca a Cheikh Raymond antes de salir huyendo; no se había molestado en volver a su casa y se dirigía al cementerio como los demás, para el entierro, no lejos del sitio en el que yacía Abraham tras cuatro años de hospital, mejorías, breves estancias en su casa, que su presencia, en lo sucesivo sosegada, había colmado de una dulzura conmovedora. Su hortelano preferido, el maestro silbador, había muerto al día siguiente, un cuerpecito con las patas dobladas sobre el plumaje frío que contemplaron sin entender los otros dos pájaros, los cuales dejaron de cantar ese mismo día.

El 20 de noviembre de 1961, meses después de aquellos instantes en el puente que instalarían definitivamente el terror en el cuerpo de Madeleine, la jaula descansaba en la parte trasera de una carreta, sobre los colchones enrollados, en cuyos pliegues Madeleine, Camille y Fanny habían embutido su ropa. Camille se había ocupado de todo, después de la muerte de su padre y el distanciamiento de Gabriel, el campo quedaba libre, le oprimía el corazón tener que dejar su ciudad natal, ver los ojos enrojecidos de Madeleine, aterrorizada por aquel nuevo desarraigo, pero no podía remediar que la recorriera una ola de excitación. Allí, en Francia, adonde Rachel ya se había ido con Isaac y la familia de este, otra vida la esperaba, quizá algo que se asemejara más a la idea que se había hecho de la vida, un poco más libre, eximida de las ataduras familiares que la asfixiaban. Pidió al cochero que pasara por el puente Sidi Mcid y este asintió con la cabeza, todos se lo pedían, los que se iban, las decenas de miles de judíos de Constantina que habían comprendido que el asesinato de su músico y cantante, idolatrado por los judíos y los árabes, era más que un aviso: un signo funesto. Marchaos, marchaos, hemos decidido romper el

vínculo que nos unía desde hacía siglos. Seguís hablando nuestra lengua, embadurnándoos las manos con henna para los esponsales de vuestros hijos, cocinando como nosotros, pero sois unos traidores, aliados de los franceses desde hace cien años, os henchís de orgullo de solo pensar que poseéis sus carnets de identidad grises. Pues ya veis, somos capaces de hacer daño al ser que más estimáis y al que también nosotros amábamos, un cantante que nos conmovía y sumía en un trance, que acompañaba nuestras bodas y nuestras penas, describía mejor que nosotros lo que sentíamos. De modo que tomaron la decisión de abandonar la ciudad-fortaleza que ya no podía protegerlos, convertida en una trampa, en un campo de batalla y de muerte, y aquel era su último deseo, cruzar el puente, recorrer una última vez la pasarela del vértigo suspendida sobre el vacío. Contemplaban el precipicio, el cementerio donde habían dejado a los suyos, a Jacob, Haïm, Abraham y otros muchos, miraban fijamente el Rhumel, como si quisiesen arrancarlo con los ojos y llevárselo consigo, todos pensaban en la primera vez que habían pisado el puente, ufanos y atemorizados; en los días de invierno, cuando este se orlaba de nieve; en los días de otoño, cuando desaparecía entre la bruma, a la sazón no imaginaban que habría un final, no sabían que, temblorosos, llegarían al otro extremo una última vez y que él, indiferente a su partida, iría empequeñeciéndose a sus espaldas y desaparecería de su vista, de sus vidas.

Pero el agua seguía corriendo bajo el puente, y en las galerías de las memorias que brillarían y se apagarían una a una al otro lado del Mediterráneo, aún emergía el nombre y el recuerdo de Jacob, aflorando a veces en la frase colectiva que los envolvía a todos de tristeza y amargura, hemos dejado a nuestros muertos allí, para luego replegarse a estratos más profundos, un tenue hilillo de agua que se filtraba por debajo de la roca a medida que el tiempo iba añadiendo horas a los días y años al siglo y les obligaba a aclimatarse a una nueva manera de hablar, más suave y pausada, a tender la ropa dentro del piso, o en un balcón cuando se era afortunado, pero nunca más en la azotea, pues los edificios en los que vivían estaban desprovistos de una; les obligaba a no instalarse en los patios para destilar juntos el agua de azahar, a controlar su algarabía durante las fiestas en las que se reunía la familia para no causar mala impresión a los vecinos, que, de todos modos, los miraban con inquina, a ellos, aquella gente que supuestamente eran franceses pero que tenían pinta de extranjeros, hablaban como árabes y siempre parecían tropecientos. Y el nombre de Jacob se volvió casi imperceptible tras la muerte de Rachel, en 1969. Aquel día, Camille había ido a verla, y una inusual sonrisa había iluminado el rostro de su abuela, que había adivinado, estás

esperando un hijo, has de tener hambre, ven, vamos a preparar unos buñuelos juntas. Y mientras la harina acariciaba la ensaladera con una lluvia fina a escasos centímetros de la lamparilla de aceite que se encendía a diario en recuerdo del hijo perdido, Rachel, que daba vueltas a la cuchara trazando apacibles círculos a fin de evitar que se formasen grumos, murmuró quizá el nombre de Jacob para decir una vez más, pesarosa, a él le gustaban los buñuelos. Y la niñita, que crecía plácidamente al abrigo del vientre materno, tal vez oyó, tal vez no, el nombre pronunciado con amor y triste suavidad, las últimas palabras de una anciana ante su bisnieta, que estaba ya allí aún sin estarlo, y Rachel se apagó aquella misma noche, y la niñita creció, con un nombre inscrito en el vacío del silencio inicial, que, semejante a un rizo sedoso, se había enrollado y fue desplegándose a medida que ella se adentraba en un nuevo siglo, planteándose preguntas a las que nadie respondía. Pero Jacob nunca habría pensado, ni durante los combates, ni delante de Maryse, ni sumido en el delirio de su agonía en la habitación del doctor Worms, que, sesenta y ocho años después de su muerte, ella contemplaría la foto de cuatro soldados posando delante de una réplica del Normandie, inventaría los apellidos de tres de ellos: Ouabedssalam, Attali y Bonnin, partiría en busca de su tumba en Constantina, de su nombre en una placa conmemorativa en Thann, no encontraría ni una cosa ni la otra, pero percibiría su presencia a cada paso, en las impetuosas aguas del Rhumel y en las aguas serenas del Thur, donde unos patos se sacudían tras un aguacero otoñal; ignoraba que su nombre brotaría de nuevo, Jacob, Jacob.

ESTA EDICIÓN, PRIMERA, DE *JACOB, JACOB*, SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN MADRID EN LA IMPRENTA DE GRÁFICAS COFÁS, S.A. EN OCTUBRE DE 2017

www.armaeniaeditorial.com

NOTAS

[1] Barcelona, Tusquets, 1994, trad. de Aurora Bernárdez. (Todas las notas son de la traductora).

[2] Sorbete típico de Argelia a base de limón y clara de huevo.

[3] Quinto año de educación secundaria en el sistema educativo francés. Equivaldría al quinto de bachillerato de la época y al actual cuarto de secundaria.

[4] *Maure*, en francés «moro».

[5] Siglas de *Government Issue* (material o propiedad del Gobierno), con las que se llamaba irónicamente a los soldados rasos estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial.

[6] Hugo, Víctor, «A una joven», *Odas y baladas*, F. Seix, Barcelona, 1900-1910, trad. de D. F. Girbal Jaume.

[7] Nombre que reciben las tapas que suelen servirse junto con el aperitivo en los países del Magreb.